



JT  
COM



f. 1132264

C.

# BIBLIOTECA

INFANTIL;

OBRA DEDICADA A LOS NIÑOS Y A LOS AMIGOS  
DE LA NIÑEZ,

POR

Cristoval Schmid,

traducida directamente del aleman

por J. M. de F., A. de M. y A. B. de las C.

*M. Loh*—

TOMO SEGUNDO.



**Barcelona.**

IMPRESA DE A. BERGNES Y C.

1840.

REPUBLICA FEDERAL DE ARGENTINA

SECRETARÍA DE INTERIORES

COMANDO EN JEFE FUERZAS ARMADAS Y FUERZAS AERONAUTICAS  
BUENOS AIRES

Comando en Jefe

Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas y Fuerzas Aeronauticas



LEON SETIÑO



Buenos Aires

SECRETARÍA DE INTERIORES  
BUENOS AIRES



# EL DESHOLLINADOR.

COMEDIA EN UN ACTO.

## PERSONAS.

SR. DE VALVERDE.

SRA. DE VALVERDE.

AMALIA, de doce á catorce años.

FEDERICO, de diez á doce.

JULIA, de seis á ocho.

LUISITA, de cuatro á cinco.

MAURICIO, deshollinador, como de la edad  
de Federico.

FRANCISCA, doncellita de doce á catorce años.

Representa la escena una estancia  
lujosa. En el primer término, por  
ambos lados, su mesita; en la una  
un canastillo de flores; en la otra un

*sombrero con plumaje , espada y un reloj dorado. Sobre cada mesa un espejo de cuerpo entero ; á la espada por la derecha una puerta para otro cuarto ; á la izquierda la entrada , y en medio chi menea italiana.*

### ESCENA I.

#### AMALIA.

*Sentada ante la mesa del canastillo, va aliñando las flores en ramillete ó en guirnalda , y una vez arregladas, canta :*

Campea la guirnalda  
De rosa y de esmeralda ,  
Y es, cual perla en anillo ,  
De la azucena el brillo.

Cual, de carmin bañada ,  
La azucena nevada ,  
O cual risueña dora  
Su blanca tez la aurora.

Asi al pecho vacío  
El trato es el rocío ,  
Y al par se ve, n espejo  
Del alma el fiel reflejo.

**ESCENA II.**

**JULIA Y AMALIA.**

**JULIA.**

Buenos dias , Amalita ; ¡ cómo madrugas á tus quehaceres !

**AMALIA.**

Felicísimos , Julita.

**JULIA.**

¡ Ay , qué guirnalda tan linda ! ¡ Qué mañosa eres para todo ! y ¿ para qué la quieres , niña ?

**AMALIA.**

Calla , que no lo han de saber ; es para una funcion casera.

**JULIA.**

Y ¿ go ; para el cumpleaños de  
el le co.

**AMALIA.**

Cabalito ; y la guirnalda es para él , como todo el canastillo de las flores , que se han de poner en realce junto á

la mesa , y en suma , todo á los mil primores.

JULIA.

Tú , como hermana fina y cariñosa , estás en todo , sin desperdiciar coyuntura de recrear á la hermandad entera.

AMALIA.

Tambien tú puedes echar tu cuarto á espadas en la funcion.

JULIA.

¿ Yo? ¿ cómo? habla, ¿ qué es lo que quieres ?

AMALIA.

Trae aquel naranjillo tan mono de tu ventana , con sus tres lindas naranjas ya sazonadas; pues con sus visos dorados darán precioso alce á mi ramillete.

JULIA.

Allá voy con toda el alma. (*Da un campanillazo y ase á Amalia de la mano.*) No te basta, hermanita de mi

corazon , el proporcionar recreos á los demás , sino que tambien me enseñas el camino para que yo haga otro tanto. Una y mil veces te lo agradezco.

AMALIA.

Agradécelo ante todo á padres , pues cuanto hay recomendable en nosotras es todo obra y primor de la educacion que nos están dando.

### ESCENA III.

AMALIA , JULIA Y JUANILLA.

JUANILLA.

¿ Qué mandais , señoritas ?

JULIA.

Juanilla , haznos pronto el favor de traer aquí el naranjillo de mi ventana.

JUANILLA.

Voy volando. *Vase.*

AMALIA.

¡Ay el papá del alma!, ¡qué regalo tan primoroso ha hecho á Federico! Allá está junto al espejo.

JULIA.

¡Ola, ola! Esto sí que es lujo; ¡repetición de oro con brillantes! Esta sí que es gloria, esta sí que es función para ti.

JUANILLA.

*Con el arbolito.* Aquí está en cuerpo y alma; pero en suma yo estoy fuera de mí, como que no alcanzo una jota de todo esto.

JULIA.

¡Dios mio! ¿y mis tres naranjas tan preciosas? Esto es un robo, esto es una desesperacion. Juanilla, ¡venga al arbolito y ven conmigo. Va no á rastrear el salteador. Ya lo desc. bri-ré yo... Ven.

AMALIA.

*Deteniendo á la Julia.* No te enco-

lerices , Julia mia. Déjalo estar , y quédate aquí.

JULIA.

*Mas sosegada.* No es de estrañar el que una se enoje con tanto motivo. Me tenían enamorada las naranjillas; pero me incomodo principalmente porque no me cabe otro arbitrio para agasajar á Federico. Mas es preciso enterarse. *Vase con Juanilla.*

2.<sup>o</sup>  
**ESCENA IV**

AMALIA.

Es una pequeñez , pero siempre se hace desagradable. Bien pudiera yo bojarme , y con harto fundamento. Pero... son estas florecillas tan apacibles nalagüeñas y cariñosas... y sería una niña tan destemplada. El Criador se nos muestra aquí tan á las claras ; y ¿no le imitaria yo en su

agrado? Sí , voy á permanecer apacible y suave como él mismo.

**ESCENA V.**

**AMALIA Y LUISITA.**

**LUISITA.**

*Llega corriendo como despavorida y en busca de Amalia para guarecerse. ¡ Amalita , Amalita , socorro , socorro !*

**AMALIA.**

¡ Cielos ! ¿ qué te sucede , Luisita ? vamos, habla.

**LUISITA.**

¡ Ay Amalita ! Un hombrezuelo negro como un carbon ; cara, manos, y vestido, todo es de un carbon negro negro ; y trae debajo del brazo un garrote como hoy y mañana.

**AMALIA.**

¡ Ay qué muchacha tan bobilla ! ya estás ahí temblando de piés á cabeza ;

sosiegate , pues ese negrito que has visto no es mas que un deshollinador; y por de contado, á nadie hace daño.

LUISITA.

¿No? ¿pues á qué fin trae ahí ese garrote? ¿y porqué ha de ser tan sumamente negro?

AMALIA.

La desdichada criatura tiene que trepar por la chimenea , y se ha de valer de ese escobon corto y macizo, como lo podrás ver en nuestra chimenea italiana.

LUISITA.

¿Y porqué han de llamar á esa estufa una chimenea italiana?

AMALIA.

Sin duda porque en Italia son tan comunes , y de ahí les vendrá ese nombre. Hazte cargo de que por aquí debajo, como sabes, se enciende esa llama tan vistosa y tan hal-

güeña , á cuyo derredor nos agolpamos placenteramente en la crudeza del invierno , y el humo se marcha por ese respiradero. Mira para arriba , pues por ahí tiene que trepar el rapaz limpia chimeneas , y el cuitadillo tiene que ir raspando todo el bollin para que no se prenda fuego. De ahí le proviene la negrura; pero en realidad es nuestro bienhechor, y como á tal debemos estarle agradecidas: por tanto en estando corriente , podrás hablarle y aun alargarle la mano.

LUISITA.

No por cierto, ni por sueño; si horroriza y asusta...

AMALIA.

Pues no, Luisita, no seas la niña. Ya verás cómo tengo razon, y nada hay en él que lo haga tan terrible. Pero ¿qué traes por acá?

LUISITA.

Quiere el papá desayunarse en el

jardin, y tenemos que juntarnos allí todos por ser los dias de Federico.

AMALIA.

Entra pues tú , que luego te sigo. Ahora tengo que decírselo á la mamá que está despachando el correo en su gabinete.

LUISITA.

Yo no voy sola , ni me asomo á la puerta. ¡ Ay de mí , con ese negrilla tan fiero !... (*Con voz balbuciente*) ya puedes acompañarme.

AMALIA.

Luisilla mia , tendrás que ir solita, para que vayas perdiendo ese miedo puramente de niña , y llegues á ser una muchacha ajuiciada y resuelta, pues no cabe aquí contingencia ; ¿ y acaso te figuras que tanto me habia de costar el acompañarte, si recelase lo mas mínimo en daño tuyo ?

LUISITA.

Pues vamos, tendré que ir. Pero...

pero... ¡ay, cómo me late el pecho!  
*Vase.*

AMALIA.

¡Ay qué niña tan apreciable! Mas ¡cuánto no puede el empeño contra ese apocamiento pueril! pues en logrando aventarlo, con un dedo se vuelve á diestro y siniestro. (*Hacia el gabinete.*) Mamá, quiere el papá almorzar en la glorieta.

LA SEÑORA VALVERDE.

*Desde adentro.* Ya estoy cerrando las cartas, y en un minuto me avio y estoy contigo.

AMALIA.

Voy ahora tras la niña, á ver en qué quedamos.

## ESCENA VI.

MAURICIO EL DESHOLLINADOR.

*Antes que se aparezca, se le oye, ya*

*el eco del raspador , ya su cantar-  
cillo.*

Hay quien me ha visto infante  
Y me ha de ver gigante;  
Y el hombre mas famoso  
Es menos asombroso.

El alcázar dorado  
Fuera sin mí abrasado ,  
Y nadie , ¡ ay Dios ! me halaga ,  
Y allá vuela mi paga.

La suerte allá me empina  
Con riesgo de ruina ,  
Y así muchos trepando  
Van timbres ostentando.....

*Luego se descuelga , y va mirando  
en derredor.*

¡ Ay ! Esto sí que es vistoso , y no el  
cañon de la chimenea ; y me sucede  
como si le abriesen al mundo una  
grieta y estuviese uno mirando el in-  
terior de los cielos. (*Lo va escudri-  
ñar. ¡ lo todo.*) Ni siquiera un ratonci-  
llo se menea ; no hay una alma. Ea,  
vamos fuera. (*Se marcha corriendo.*)

Ola , ola ; aquí hay una estufa ; no hay tal por todo mi país. (*Todo absorto y atónito.*) ¡ Ay , ay , ay ! Esto sí que es primor ; esto sí que es lujo. Si el cielo es tan hermoso , voy á ser honrado y bueno en todo y por todo para encaramarme luego á él y gozarlo. (*Se espeja, y dando un grito se retira asustado.*) ¿ Ay qué vendrá á ser eso? (*Madama Valverde sale del aposento inmediato y se queda por atrás, fuera de la vista del muchacho, y manifiesta con jestos y ademanes lo mucho que le interesa el soliloquio que está oyendo.*) ¿ A qué conducirá esto de una estufa, y otra? Vaya que estoy atónito. (*Se espeja y se estremece de nuevo.*) Ya voy creyendo que soy yo mismo... Sí , sí , no cabe duda ; otra vez me estoy viendo. El espejo es seguramente mayor que el de valor de una peseta ; y habrá costado por lo menos , menos , has ta

veinte y cuatro... ¡ Ay qué sombrero tan chusco ! Voy á probármelo. (*Lo va volviendo en las manos , y luego se lo encasqueta hasta las cejas.*) Tambien hay sable; pues tambien me lo encajo. (*Se lo pone , y con la mano en él se está mirando al espejo que lo abarca todo.*) Que me entren: soy ya un buen mozo. ¡ Así, Dios mio, te pluguiera el hacer de mí algo de provecho , pues soy hombre todo, pues á lo menos en comer y en beber á nadie le voy en zaga. (*Andando á diestro y siniestro.*) Harto bien representaria yo á un señor , si como á tal me agasajasen... (*Se hace rendidos acatamientos á sí mismo al espejo.*) Soy vuestro servidor , muy señor mio.... Todo esto es pamema ; no doy en el hito , ni me manejo á derechas. (*Tiene la cabeza toda polvorosa , y dejando el sombrero y el sable se la sacude atropelladamente.*) Corriente ; aquí

en el sombrero traerian comida , como yo á veces fresas ó cerezas. ¡Cuánta razon tenia mi madre, que solia decirme , hogar que no arde para ti no lo soples! Ahora bien, toda blancura se ennegrece en la chimenea, y porque estoy negro, negrísimo, nadie hace alto..... (*Repara en el reloj.*) ¡Ay qué alhaja tan relumbrante! ¿qué será? ya, ya, es un reloj de faltriquera. Conceptuaba que nadie en el mundo era bastante rico para comprarlo, sino nuestro prevoste de la aldea, que fachendea sin término con su reloj de plata, y á cada cuarto de hora lo está sacando y mirando y remirando para contar los minutos por dos ó tres veces. Pero este reloj, por la cuenta , no es de plata, sino muy de oro, con perlitas muy relucientes por todo el derredor. Es.o sí que es sobresaliente ; esto sí que es primor. Pero ¡ay ! el reloj está vivo.

(*Se lo aplica al oído.*) ¿Cómo demon-ches hace ahí siempre con su tic, tic, tic. El artífice que compuso este prodigio tendría una cabeza mayor que una colmena... Pero ¿qué sucedería, si yo cargase con este reloj?... ¿lo haré?... ¿no lo haré?... Pero entonces sería yo un raterillo, y ni dormiría con sosiego, ni acertaría á mirar á nadie á la cara. No, no, ya no me llevo el reloj, pero voy á escudriñar por dentro, qué es lo que lo mueve. (*Se empeña en abrirlo.*) Veamos si aprieto... (*Suena la repetición y brinca de alborozo.*) ¡Cómo golpea! cargo con él, no lo suelto ya de la mano. Pero ¿cómo harémos? ¡Oiga! Nadie asoma. ¿Nadie? ¿pues no lo está viendo el mismo Dios, que en todas partes, y aquí.... aquí también, está presente? Aun cuando lograrse completamente el robo, ¿me cabría ya el mirar al cielo con satisfacción?

¿Vendría luego á morir con sosiego?  
 ¡Ay Dios! ¿qué es lo que me está ya  
 sucediendo? Ya tiemblo de piés á  
 cabeza. ¿Y en suma, qué es esto?....  
 ¿Qué ha de ser sino la conciencia que  
 me está remordiendo? A su aviso me  
 atengo. No me encargó poco esto  
 mismo al morir mi escelente madre.  
 ¡Ay Dios! No parece sino que estoy  
 sintiendo su mano yerta, y con los  
 trasudores de la agonía, ahora mis-  
 mo aquí pintiparada. Sí, madre del  
 alma, á ti me atengo. ¡Dios mio! per-  
 dóname este malvado pensamiento.  
 Ahí está el reloj; una conciencia sa-  
 na vale mas que mil relojes de oro.  
*(Madama Valverde pasa arrebatada-  
 damente al gabinete sin que él lo ad-  
 vierta.)* Ahora vivo, vivo, al escondite  
 antes no me sobrevenga otro. *Se me-  
 te por la chimenea y trepa á lo alto.*

**ESCENA VII.****MADAMA VALVERDE.**

Se fué, y ahí queda el reloj; ¡ precioso muchacho! ¡ Dios mio! ¡ con que en todos los estados, y entre la infima plebe, hay jentes que te aman y te honran! Pues cabalmente es el punto principal, y el que nos infunde un mérito permanente y perpetuo. Todos los demás, aunque relumbren y embelesen, vuelan luego y desaparecen como el polvo... ¡ Muchacho bondadoso! Este arranque tan bello te va á merecer un premio, sirviendo de espejo para todos mis niños. Y su madre tambien me ha de servir de modelo. Su boca se cerró, allá y enmudeció, y sin embargo está hablando á su propio niño, y aquellas lecciones viven todavía en el corazon de su hijo. Aquella mano, que

al morir estrechó en la suya y yace consumida , lo detuvo y lo retiró de la orilla de su despeñadero. ¡ Ay qué frutos tan preciosos acarrea una educación esmerada !

### ESCENA VIII.

VALVERDE , JULIA Y DICHA.

VALVERDE.

*A Julia al entrar.* ¿ Es cierta esa historia , Julia ?

JULIA.

Sí , papá ; el jardinero anciano ha estado viendo cuando Federico arrancaba las naranjas.

MADAMA VALVERDE.

*Saliéndole apresurada y conmovida al encuentro.* Esposo querido , acabo de presenciar un lance en este gabinete , que me ha conmovido hasta lo sumo. Figúrate que el deshollinador se descuelga de la chimenea aquí

al cuarto ; se le aparece y le sorprende el reloj ; se alborozaba todo. Trata luego de apropiárselo ; pero se acuerda de Dios y de su madre moribunda que le atan la mano ; como que presencié ahí encubierta sus violentos vaivenes y su victoria esclarecida.

JULIA.

¡ Ay qué primor ! ¡ ay qué gloria !

MADAMA VALVERDE.

Pues no le ha de faltar su galardón. Vamos pues.... pero ¿ qué tienes tú, esposo mio ? ¿ Con qué no te embelesas?... Te apareces ahí tan mustio, pues tales procedimientos suelen prendarte en extremo ; ¿ y esto no te hace mella ?

VALVERDE.

En el alma , querida mia , pues en este mismo punto me estoy hechizando con esa acción mas que tú misma ; pero acabo de enterarme de la

demasia de uno de mis niños, que es el extremo opuesto de la ocurrencia con ese muchacho.

MADAMA VALVERDE.

Me asustas ; ¿ qué viene á ser eso ?

VALVERDE.

¿ No estás ahí viendo el naranjillo de Julia ?... ¿ No es así , Julia ?

JULIA.

Sí, papa; mire Vd., mamá, cómo se han llevado las tres lindas naranjillas ; Federico ha sido el robador.

MADAMA VALVERDE.

¡ Ay Dios ! ¿ Con qué es un muchacho tan desmandado ?

VALVERDE.

Desmandado , y aun algo peor ; pero yo lo enderezaré. Aun la historieta del deshollinador me viene de molde... pues me llega al alma el que un deshollinador se porte con mas hidalguía que uno de nuestros niños, con todo nuestro esmero por su edu-

cacion. Pero ya se hará cargo Federico de cuanto yo padezco: yo le daré á entender cómo, en medio de su nacimiento y riquezas, viene á quedarse muy en zaga de un deshollinador tosquísimo. Voy á abochornarlo..... Anda , Julita, ve en busca de Federico , sin darte por entendida con él.

MADAMA VALVERDE.

Di al paso á Amalia que se traiga al deshollinadorcillo , enterándola de todo , pero chiton con él.

JULIA.

Como que es un muchacho precioso, me alegro mucho de ir en su busca ; encargo que me acomoda mas que el llamamiento de Federico ; pero á saber que el papá lo habia de tomar tan á pecho , lo callara todo : pues me llega al alma el que alguno de la familia pueda apesadumbrarle.

**ESCENA IX.**

**VALVERDE Y SU ESPOSA.**

**MADAMA VALVERDE.**

*Va aliñando las flores y calla.*

**VALVERDE.**

*Se anda paseando todo pensativo.*

**MADAMA VALVERDE.**

¡ Qué niña tan ajuiciada y tan preciosa! y ¡ qué muchacho tan calavera y tan fatuo! ¡ mostrarse ahí tan zafio y tan descastado con su hermanita primorosa!

**VALVERDE.**

*Para sí.* Corriente; vamos andando, será lo mas acertado. Dispongo que el muchacho.... vamos.... en suma, verémos lo que se ha de providenciar.

**MADAMA VALVERDE.**

Mira qué guirnalda tan linda. Ese botarate nos agua toda la funcion.

VALVERDE.

*Con muchas veras.* Sí... la funcion que teníamos dispuesta tomará ahora otro rumbo.

MADAMA VALVERDE.

No hay tampoco que poner tanto ahinco en el asunto, esposo mio, pues en suma viene á ser una muchachada de poca monta...

VALVERDE.

¿De poca monta?... No... con los niños no hay pequeñeces; pues con ellos un puñado de avellanas es lo mismo que para nosotros un puñado de doblones. En dejando que un muchacho arrebate á su compañero las avellanas, apuesto diez contra uno que, en siendo hombre, no escrupulizará en estafar á otro el oro. No castigues al muchacho el robo de una sola naranja, que á su tiempo, si se le rodea la coyuntura, alargará la mano á una corona. De un granillo de simiente

crece luego un árbol empinado.

MADAMA VALVERDE.

No te digo lo contrario; antes bien opino lo mismo; no ha hecho bien Federico por supuesto; pero tampoco encierra tanta maldad el asunto.

VALVERDE.

¿Con qué no? pues yo conceptúo que sí. ¿Fué ó no desobediente al mandato espreso de los padres? ¿no se muestra descastado con su hermanita? ¿no es golosina, antojo, robo, sinrazon, y aun ofensa del mismo Dios? Deja pues crecer toda esa zizaña en su corazon... ¡Ay Dios! ¿y en qué vendria á parar el muchacho? ¿será obediente á las leyes? ¿dejará de ser inhumano con los demás hombres? ¿se hallará nunca en estado de doblegar sus antojos? ¿mirará todo lo ajeno como un sagrado? ¿llevará por norma única de todos sus pasos la voluntad del Señor?... ¿no estás ya

viendo el árbol entero grandioso y enramado salido de una semilla?

MADAMA VALVERDE.

A nada de eso me puedo oponer; pero Federico no ha trascendido á tanto. No cabe que el niño lo vea todo tan á las claras como el padre.

VALVERDE.

En eso estoy contigo, y por lo mismo tuvo el Señor buen cuidado de colocar al padre junto al hijo de menos alcances, con su vista mas despejada, para que acierte así á guiarle por el sendero de la razon. Mira, al extremo de este rumbo estoy divisando un despeñadero... cuidado con él. Aquel otro camino lleva al campo del recreo, aunque en el arranque todo parezca maleza.—Con que anda. Mas ahora no bastan palabras, y se han de emplear medios mas ejecutivos.

MADAMA VALVERDE.

No pretendo que la culpa quede

impune ; mas una madre cariñosa puede amansar las iras del padre.

VALVERDE.

Sí ; amansar ! á tiempo has hablado, madre cariñosa: ablandar, mas no evitar ; suavizar , mas no inutilizar. Por tanto crió Dios al padre de mas entereza y brio , y á la madre mas blanda y suave, para que esa suavidad mujeril, como has dicho, tuviese por arrimo, como añadido, la entereza varonil, á fin de que tanta blandura no dejenere en flaqueza. Suavidad y firmeza deben correr parejas , para que unidas redondeen un conjunto cabal.

MADAMA VALVERDE.

Ahora bien; ¿qué es lo que intentas con Federico ? ¿tratas de castigarle ?

VALVERDE.

El reloj ofrecido para el dia de su cumpleaños no parará en sus manos, en castigo de su vileza ; y al contrario, se lo voy á enviar al deshollina-

dor en premio de su honradez.

MADAMA VALVERDE.

¿El reloj? ¡oh, no! eso fuera demasiado, y el enojo te saca de tus casillas. Perdóname, pero es ya pasarse de la raya y salir de tu asiento.

VALVERDE.

¿Propasarme y salir de mi asiento?.. Vaya, vaya. Vamos por partes á poner en claro el asunto. Pudiera escarmentar mas dolorosamente á Federico para que se le estampase todo lo execrable de su vileza y lo recomendable de la honradez; pero conceptúo lograr mejor el intento, defraudando á Federico de esa alhaja que le tenia tan embelesado, y dándosela al honrado deshollinador. ¿Te parece que no ha de servir de enmienda á Federico? No es tampoco tan crecido el desembolso. Dí por el reloj unos veinte doblones para hacer ese agasajo á Federico; y á ver, ¿no

debo dar por bien empleado ese dinero á trueque de que Federico sea un sujeto pundonoroso ? ¿ seria escesiva la suma ?

MADAMA VALVERDE.

No por cierto ; y aun estoy yo misma deseosísima de premiar al deshollinador decorosamente por su honradez ; pero un deshollinador con repetición de oro , perdóname, que se me hace un personaje ridículo.

VALVERDE.

Vamos , déjate estar. En verdad que una repetición no corresponde á un deshollinador, pero ella podrá tal vez estimularle para que este le corresponda. ¡Y cuántos no van cargados con reloj , espada y venera , y todo esto les cuadra como la repetición al deshollinador !

**ESCENA X.**

FEDERICO, JULIA Y DICHOS.

MADAMA VALVERDE.

*Se coloca de modo que Federico no vea el asaltado arbolillo.*

FEDERICO.

¿Qué me mandas, papá?

VALVERDE.

Federico, ¿te acordarás todavía de aquella linda fabulilla que leiste ayer y luego por la noche nos la recitaste?

FEDERICO.

¡ Ha ! será la fábula de Natan. Sí, señor, la tengo muy presente.

VALVERDE.

¿Tendrás á bien recitárnosla otra vez?

FEDERICO.

Con mil amores ; allá va : Habia en

una ciudad dos hombres , el uno riquísimo, el otro menesteroso. El rico era dueño de infinitas ovejas , y el menesteroso tan solo de un corderillo , que participaba de sus bocados y bebía en su vasija , y era su querido del alma. Sobrevino al rico un huésped , y se le hizo cuesta arriba el matarle una de tantísimas ovejas. Las quiso conservar , se apoderó del corderillo único del pobre , y lo degolló para el forastero.

VALVERDE.

Lindamente recitada , pero á ver ahora cómo conceptúas tú á ese richo, y en qué predicamento lo pones.

FEDERICO.

El perillan era un bribonazo rematado.

VALVERDE.

Vaya que te espresas con alma. Corriente... pero tú corres parejas con él.

FEDERICO.

¡ Yo, padre mio !

VALVERDE.

Sí... tú.

FEDERICO.

En verdad que no te entiendo, ni alcanzo lo que me quieres decir.

VALVERDE.

¿ Conoces ese arbolillo ?

FEDERICO.

*Todo cabizbajo.* Sí, papá.

VALVERDE.

Pues mírame en derechura á la cara.

FEDERICO.

No me es posible.

VALVERDE.

¿ Quién es el despojador de este arbolito ? Responde sin rodeos.

FEDERICO.

*Sin levantar la vista y con voz apocada.* Yo.

VALVERDE.

¿Sabes tú además que eso es una maldad?

FEDERICO.

Esa espresion me horroriza y me enciende la sangre... pero al cabo es una niñería...

VALVERDE.

Un robillo es en suma un robo, y el desleal en pequeñeces procederá deslealmente en lo mas importante.

FEDERICO.

Créeme, papá, si las naranjillas fueran de oro, no les arrimara un dedo.

VALVERDE.

Todo lo que nos merece aprecio es más aventajado que el oro, y Julia no las diera por todo el oro del mundo. Pero contéstame; ¿no te cuadra de medio á medio la fabulilla de Natan?

FEDERICO.

¡ Ay mi Dios !... si cierto.

VALVERDE.

¿ No estás tú en ella rétratado al vivo?

FEDERICO.

¡ Ay de mí!

VALVERDE.

Chanza y devaneo vienen á ser todas nuestras lecciones , puesto que no os escarnan hasta el corazon , y no os hacen mejores sujetos. Encara ahora esa leccion contra ti mismo. ¿ Qué tal te conceptúas al mirarte en ese espejo ?

FEDERICO.

¡ Ay papá ! He faltado muy gravemente.

MADAMA VALVERDE.

Mira, querido Federico, Julia plantó el arbolito por su propia mano , lo ha estado cultivando y regando mañana y tarde, se lo estaba viendo cre-

cer, florecer, dar fruto y sazonzarse con suma delicia; te hemos enviado del invernadero un hermoso naranjo cargadísimo de fruta exquisita. ¿Porqué no la has cojido? ¿Con que te habias de regalar con las naranjas del arbolillo de Julia? Me abochorno yo misma por ti.

JULIA.

Mamá; perdonarle con todo. Ya ves cómo remuerde á Federico su demasia, y sin duda no era tan grave en su concepto. Quizás no ha sido mas que una chanza inconsiderada

MADAMA VALVERDE.

Y tu hermanita preciosa, que tan cariñosamente te está disculpando estaba en ánimo de regalarte fruta y arbolito en celebridad de tus dias, Amalia te ha entretejido esta guirnalda tan linda, cojiendo ya sus flores al amanecer, para realce de tus dias y agasajo de tu persona.

FEDERICO.

Mamá mia; conduélete de mí, que estoy ya traspasado de dolor.

MADAMA VALVERDE.

Ya que te has apropiado el fruto, tómate tambien la guirnalda, antes que entre Amalia. Vamos... anda.

FEDERICO.

¡ Ay mamá! Ya me hago cargo de que no soy acreedor á la guirnalda, ni merezco por ningun título que se me corone.

VALVERDE.

*Viendo al deshollinador descolgarse.* Ahora, Federico, te queda que recibir otra leccioncita.

## ESCENA XI.

MAURICIO EL DESHOLLINADOR, AMALIA Y DICHOS.

DESHOLLINADOR.

*Se limpia el hollin del rostro y que-*

*da lozano y sonrosado. Se quita la capucha denegrada , y los rizos le cubren la cabeza, ostentando sus manos aseadas y blancas ; hace torpemente un acatamiento, mira á la chimenea y á la mesa del reloj, y se está rascando un tantillo detrás de la oreja.*

VALVERDE.

No te acobardes, muchacho , acércate.

MADAMA VALVERDE.

¡ Qué buena traza tiene el mozito!

VALVERDE.

*Asiéndolo.* For labrar todavía, perla preciosa.

MADAMA VALVERDE.

Vamos , mira cuanto quieras el relojillo , ¿ qué tal ? ¿ te gusta ?

AMALIA.

*Se lo enseña.* Este es.

MADAMA VALVERDE.

¿Y porqué no lo tomaste antes ?

DESHOLLINADOR.

*Se le arrodilla.* ¡ Ay , señora mia muy respetable, nadie os irá á la mano. Nuestros padres no me enseñaron á conversar con personajes tan altos. Pero perdonadme aquel pensamiento malvado de llevarme el reloj. (*Luego arrodillado á Valverde.*) ¡ Ay, señor conde ó lo que seais ; os imploro una y mil veces mi perdon. No me mandeis apalear, porque estoy aquí encarcelado. (*Levantándose y mirando al cielo.*) ¡ Ay madre mia de mi vida, ya esperimento lo que me anunciabas. Por mas delgado que sea el hilo, ya llega el caso de salir al sol. Gracias al Señor, por fin no cojí el reloj; pues eutónces seguramente diera con esta cabeza (*se la agarra*) al suelo.

VALVERDE.

Alma honradísima , descuida. Nin-

gun daño se te ha de hacer.

MADAMA VALVERDE.

¿No por cierto; te has portado gallardamente, y te saldrá la cuenta. Estoy enterada de todo, y así ya que la virtud te fué provechosa, podrás blasonar de tu victoria.

VALVERDE.

Sí cierto, y mas ufano que un general tras una batalla ganada.

MADAMA VALVERDE.

*A Federico.* Ahora mira á ese muchacho. Se creia solo en el cuarto, y vió ahí el reloj; lo apetecia infinito, pareciéndole mas precioso y halagüeño que la corona de un príncipe; pero se venció y dejó estar la alhaja. Tanto le enamoró la hermosura de la virtud, ó mas bien el temor de Dios; y tú te portas ahí tan inconsideradamente...

VALVERDE.

Acércatele, Federico.

FEDERICO.

*Arrimándose á Mauricio.* No puedo de vergüenza , como que me abochorno.

VALVERDE.

Corriente. Ya conoces tu desliza, lo sientes , lo reconoces sin rebozo , y por tanto estás perdonado , y no te hablo mas palabra de tu desobediencia y liviandad que tanto han incomodado á tu excelente madre; mas por cuanto el escarmiento te ha de ser provechoso , no me cabe el dispensártelo. Mira y remira ese reloj (*se lo entrega*): era mi ánimo el dár-telo por aguinaldo de tu cumpleaños; mas ahora ya el regalo te redundaria en mas pesadumbre que regocijo, pues te está diciendo la conciencia que no eres acreedor á tamaño agasajo , como que te recordaria de continuo un descarrío. Pero me cuadra el reloj para dos miras; es la una, Fe-

derico, el castigarte á ti por tu robo, y á ti, muchacho, el premiar tu virtud, que es la otra. Ya ves, Federico, mi formalidad, y que nada me suponen veinte doblones, mediando el afan de sacarte virtuoso, y así te quito el reloj para entregárselo á este.

FEDERICO.

*Se muestra apesadumbrado, y mira con semblante revuelto el reloj en manos del deshollinador.*

DESHOLLINADOR.

¡ Ay mi querido, preciosísimo señorito; no hay que apesadumbrarse por eso. Ved por cierto que el enemigo malo quiso tentarme antes con el reloj, pero luego ya lo he pensado mejor. El mundo todo iba á reventar de risa al ver á un mozuelo zafio como yo, tan rozagante con una presea vistosa, pues vendria la jente a parangonarme con el cerdo todo ufano con su collar de oro. Niugun reloj

necesito, pues el maestro es para mi un reloj vivo, que me avisa puntualmente en llegando el minuto de acudir al trabajo; y aquel es un reloj que nunca suena á deshora. Con que allá va, señorito, vuestro reloj, y así se me concediera otra fineza.

MADAMA VALVERDE.

¿Y qué otra fineza es esa? Vamos á ver.

DESHOLLINADOR.

Mis padres fallecieron hace años; quedé pues solo y sigo ahora mismo igualmente desamparado; teniendo que andar por ahí de aldea en aldea, como ovejilla descarriada, en un día crudísimo de invierno, llego temblando con un viento helador á la puerta de un jornalero; me hace entrar la mujer, y puesto al abrigo, me sienta en medio de sus chiquillos á la mesa y me da una cena caliente. Una vez satisfecho y templado, en-

puño mi varal en ademan de continuar mi viaje arrojando el aguanieve , y no puedo contener mis lágrimas , sino que prorumpo en amarguísimo llanto...

AMALIA.

¡ Ay Jesús , qué desconsuelo ! Ahora mismo se me arrasan los ojos.

DESHOLLINADOR.

Los niños del jornalero se ponen también á llorar , y se empeñan con los padres para que me alberguen. Condolióse aquella buena jente ; me albergaron , me hicieron ir á la escuela con los niños , y por fin me proporcionaron en el pueblo trabajo para ganarme el pan.

VALVERDE.

Se portaron gallardamente contigo ; pero en suma , ¿ qué es lo que podemos hacer por ti.

DESHOLLINADOR.

Por mí absolutamente nada ; mas

aquella pobre jente sigue ahora mismo en el mayor desamparo, pues enfermó el padre y no puede trabajar, y luego la madre harto afan tiene con cuidar de la familia; y así suplico encarecidamente á vuestras señorías y con mis manos abiertas que acudan con algun socorro á tan buena jente.

MADAMA VALVERDE.

¡Ay qué hidalguía!

AMALIA.

¡Jesús, qué entrañas tan agradecidas está manifestando el muchacho!

VALVERDE.

Quedará esa pobre jente socorrida, pues la tomo á mi cargo.

FEDERICO.

Pues ahora mas que nunca mereces quedarte con el reloj, como que eres mas acreedor que yo.

MADAMA VALVERDE.

Viva mi Federico, que desde ahora vuelve á ser mi regalo; ven y dame un abrazo.

VALVERDE.

El muchacho ha sonrojado á Federico ; y ¿qué conceptúas tú, esposa, que hemos de hacer por esos pobres jornaleros , de quienes el mozo nos cuenta ahí tales divinidades, que nos sirven de sonrojo á nosotros ?

MADAMA VALVERDE.

Eso no por cierto , no ha de suceder tal , pues cuanto ha dicho me ha enternecido en gran manera.

AMALIA.

Escúchame , Federico ; tú has hecho hoy una travesura que desaira tu cumpleaños ; pero en tu mano está el realzarlo sobre todos los de tu vida. Bien puedes acudir á este huerfanillo, pues en realidad carece de padre y madre , mereciendo al papá y la mamá una palabrita y hacerlo así feliz para toda la vida ; y siendo tu cumpleaños , no desairarán seguramente tus ruegos.

VALVERDE.

Eso sí que es lindo rasgo , Amalia  
mia ; te lo celebro muy de veras.

AMALIA.

Vamos, Federico, ¿ no te acomodas?

FEDERICO.

¡ Ay papá , ay mamá ! Quedémonos  
en casa con el precioso muchacho.

JULIA.

Sí , sí , es tan pobrecillo y tan agu-  
do y honrado , que os lo pido con  
empeño.

VALVERDE.

Con que , niño , te quedarás con  
nosotros. Se te dará la debida ense-  
ñanza , y llegará tiempo en que pue-  
das ostentar tu reloj decorosamente.

MADAMA VALVERDE.

Y tú , Federico , en demostracion  
de lo mucho que aprecias al mucha-  
cho , dale la mano , y trátalo como á  
un hermanillo muy bien llegado.

FEDERICO.

*Le alarga la mano.* Seamos hermanos , buen muchacho.

DESHOLLINADOR.

¡ Ay Dios mio , Dios mio ! No me agracies con tantas finezas ; pues no las merezco por cierto. No alcanza mérito el que se porta tan honradamente que no le resulta cárcel ni palos , pues el ser hombre de bien es obligación , y eso no es hacerme acreedor á alabanza. (*Mirando al cielo y juntando las manos.*) Ay querida del alma , buena y preciosa madre ; de rodillas debo darte las gracias por todos tus honradísimos encargos. (*A Federico.*) Hazte cargo. Allá cuando estábamos tan necesitados, desenteraré tal vez por el campo alguna patatilla. ¡ O cómo me castigó y me habló al alma la madre , haciéndome devolver las patatas á sus dueños , implorando su perdon! (*Volviendo á mirar*

*al cielo.*) ¡ Cuántas gracias te doy ,  
 pues esos impulsos tuyos son los que  
 ahora me hacen feliz! Si tú no me  
 castigaras por las patatas , no me  
 horrorizarían ahora tanto los robos,  
 me apropiara el reloj y sería ahora  
 un infeliz y un desastrado. Todos me  
 tendrían por un picaruelo , y nadie  
 se fiaría de mí. (*A todos los circuns-*  
*tantes*) Es muy cierto y ciertísimo  
 que en todo el discurso de mi vida  
 no alcanzaré á dar las debidas gracias  
 á mi buena madre por haber castiga-  
 do tan oportunamente mis deslices.

VALVERDE.

Ya ves , Federico , las resultas ven-  
 tajosas de castigar á los muchachos  
 por sus yerros. Niños, todos vosotros  
 veis también cómo fuera bondad in-  
 humana y lástima ajena de compa-  
 sion, el desentenderse de vuestros  
 deslices.

JULIA. Sí cierto ; así lo entendemos todos , y eso está bien patente.

DESHOLLINADOR.

Amado señor , señora del alma , os doy miles de gracias por dignaros tenerme en esta casa ; y vos , señorito , ahí está el reloj , tomadlo , yo os lo ruego encarecidamente.

FEDERICO.

De uingun modo cargo con esa alhaja , estoy penitenciado : reverencio mi castigo , y por él beso al papá y á la mamá sus manos.

DESHOLLINADOR.

¿ Con que he de cargar con el reloj ? Quiero ahora y en todos tiempos temer á Dios honradamente ; para lo cual todas las horas son oportunas , sin tener que mirar antes á la muestra.

VALVERDE.

Vamos á cuentas ; dispongo que

hasta tanto que puedas traer decorosamente el reloj, se cuelgue en nuestra sala de tertulia, estampando en torno con letras de oro las palabras siguientes: «PARA LOGRAR LA VERDADERA DICHA, HAS DE SER A TODA HORA HONRADO Y JUICIOSO; Y PARA SER A TODA HORA Y A TODO MOMENTO JUICIOSO Y HONRADO, RECAPACITA SIEMPRE LA PRESENCIA PERPETUA DE DIOS Y VENERA EN TODO SU VOLUNTAD SANTA.»

## ESCENA XII.

LUISITA, JUANILLA Y DICHOS.

LUISITA.

¿Y porqué será que nadie acude al desayuno? Nuestra leche se recalentará, y el café para el papá y la mamá estará frío. (*Ve al deshollinador, se le acerca y da un grito*) ¡Ay, ay, ay! que está aquí el deshollinador tan

pequeñuelo y malvado. *Quiere huir.*

JUANILLA.

No hay que huir , que á nadie hace daño.

MADAMA VALVERDE.

No seas niña , Luisita ; mira qué risueño y cariñoso está.

LUISITA.

*Levantando un poco la vista junto á Juanilla.* ¡ Ay sí ! está mas bonito que antes ; así no llevase ahí esa ropa tan sucia...

MADAMA VALVERDE.

Se va á quedar con nosotros , y será hermanito tuyo. ¿ No te parece bien ?

LUISITA.

Como el papá le ponga mejor ropa...

MADAMA VALVERDE.

La ropa galana alegra desde luego á estas cabecillas. ¿ Con que no te gusta esa ropa ?

LUISITA.

*Meneando la cabeza.* No, señora.

MADAMA VALVERDE.

Pero Federico, con su vestido flamante para celebrar su cumpleaños, no dejará de gustarte.

LUISITA.

*Se inclina.* Por supuesto, como que está hecho un príncipe de galano.

MADAMA VALVERDE.

Escucha ahora. Federico quitó á Julia las hermosas naranjas que tenia en su arbolito. ¿Te gusta eso?

LUISITA.

No por cierto.

MADAMA VALVERDE.

Sin embargo trae un vestido brillante.

LUISITA.

Pues con todo eso no me gusta.

MADAMA VALVERDE.

Pues escucha todavía. El muchacho, con toda esa ropa tiznada, tuvo en

su mano el cargar á hurtadillas con el reloj, por lo menos en su concepto; mas no lo hizo, por cuanto no es lícito el robar, y Dios lo está viendo todo y castiga todas las maldades. ¿Te gusta el que fuese tan honrado?

LUISITA.

Sí por cierto.

MADAMA VALVERDE.

Sin embargo estaba asquerosamente vestido.

LUISITA.

Pero no deja de ser muy honrado.

MADAMA VALVERDE.

Vamos á ver ahora. ¿Qué vale mas, estar muy bien vestido y ser un malvado, ó llevar malísima ropa y ser bueno?

LUISITA.

Lo mejor es ir bien vestido y ser honrado.

MADAMA VALVERDE.

Hazte bien cargo: ¿á que te inclinas

tú mas, á tener ricos vestidos, ó á ser buena?

LUISITA.

A uno y á otro.

MADAMA VALVERDE.

Corriente; pero no pudiendo tu lograr uno y otro, sino tan solo alguno de esos extremos, y teniendo que escoger entre la honradez y la gala, á ver, ¿á qué te atendrias?

LUISITA.

Oh, la preguntita es peliaguda, pero vamos; yo... yo... tomaria la honradez.

MADAMA VALVERDE.

Entonces, ven, ven á mis brazos, preciosísima niña.

JULIA.

Pero ahora, ¿qué haremos con la linda guirnalda?

VALVERDE.

Vamos, Luisita, ¿entiendes tú para quién ha de ser la guirnalda?

LUISITA.

Por supuesto, para alguna novia.

VALVERDE.

Muy lindo; pero la virtud... á que se atienen los niños ajuiciados y apreciables, tambien merece su guirnalda: ¿ á quién corresponderá pues la guirnalda entre todos?

LUISITA.

A mí.

MADAMA VALVERDE.

Corriente; á ti misma, con tal que seas muy obediente y nada antojadiza.

VALVERDE.

Mas no debes alabarte á ti misma; tanta presuncion es impropia; y en cuanto á la guirnalda, es mi ánimo muy diverso.

MADAMA VALVERDE.

Vas á coronar de esos dos muchachos al que mas lo merezca; con que á ver, á quién haces ese regalo.

AMALIA.

¿Al del vestido galano, ó al del tiznado?

LUISITA.

*Alargando la guirnalda al deshollinador.* Ea... allá va á mi nuevo y denegrido hermanillo.

MADAMA VALVERDE.

Has dado en el ito, Luisilla mia; pues en ese corazoncito tiene mas cabida lo bueno que lo agradable.

JULIA.

¿Qué harémos ahora con el cantar que debíamos entonar para el cumpleaños de Federico?

VALVERDE.

Guárdese para el otro cumpleaños, en que espero ha de ser nuestro muchacho mas acreedor. Por hoy entonad aquella cancion de las varias coronas, para que me alcance á mi tambien parte en el recuerdo de la guirnalda:

## CANTAN TODOS.

Quien con su corona  
De fama blasona ;

A ver de los tres  
Cual mas hábil es.

Allá el varon fuerte  
Que su sangre vierte  
Por la patria , ostente  
Laureada su frente.

El roble sagrado  
Cña al que es dechado  
De virtud casera ;

El mundo venera  
La augusta matrona ,  
Y su sien corona

Guirnalda florida  
Al par de su vida.

De gloria modelo  
Vuela el santo al cielo  
Y brilla realzado

Con cerco estrellado.

**LA GUIRNALDA.**



---

# LA GUIRNALDA.

---

COMEDIA EN UN ACTO.

## PERSONAS.

CONDESA DEL SOTO.

CARLOS, de unos nueve años.

CARLOTA, de ocho. . . . . } sus hijos.

ROMERO, cazador.

FEDERICO, su hijo, de unos diez años.

JUANITA, zagalilla, como de doce.

*Representa la escena un soto amenisimo, á unos de sus linderos descuel-  
la una encina grandiosa, en cuyo  
tronco macizo hay encajada una imá-  
jen de santa Margarita, como al re-*

*medo de la famosa pintura de Rafael, de la cual corren muchas láminas; hácia el opuesto lindero y un tanto rezagado, un peñon con una fuéntecilla, que sale por una canaleja y va á parar á un estanque de piedra, y á la espalda un poyo enramado de flores. A lo lejos asoman las ruinas de un castillo antiguo, que sobresale á un cerro arbolado.*

### ESCENA I.

ROMERO, EL CAZADOR, Y FEDERICO,  
SU HIJO.

*Entrambos vestidos de verde y con escopetas.*

CAZADOR.

*Se adelanta, y se encara abriendo los brazos con la encina.*

Aquí está la encina, pero no asoman guirnaldas.

FEDERICO.

*Llega luego, corre al árbol y hace alto en la pintura.*

¡Ay qué retrato tan primoroso! Con efecto es de alguna santa preciosa y benéfica. ¿Cómo se llama?

CAZADOR.

Es santa Margarita.

FEDERICO.

Pero el dragon que se enrosca á sus piés horroriza. ¿Hay ahora tales monstruos sobre la tierra?

CAZADOR.

En cierto sentido, de sobras; hablo de las pasiones aviesas, que son mas asoladoras por la tierra que todos esos abortos; por donde quiera que asomen.

FEDERICO.

Pero es maravilla que una niña tan tierna, sin temor ni sobresalto, esté ahí hollando tan horroroso monstruo con semblante placentero y pasos briosos. Animososa era.

CAZADOR.

Se atenia á su creencia , amado Federico. El creer ajuiciadamente en Dios y en el cielo nos robustece para arrollar todas las maldades y todo el pavor de este mundo.

FEDERICO.

¿Y porqué trae la santa virgen esa palma verde en la mano?

CAZADOR.

Simboliza la palma el vencimiento de toda maldad. Quien se sobrepone á los ímpetus viciosos de su interior es mucho mayor héroe que todos esos robamundos avasallados por tales ímpetus. Le correspondia con mil razones, en vez de laureles ensangrentados y pasajeros, empuñar una palma pura é inmarcesible.

FEDERICO.

¿Y quién habrá venido á colocar aquí tan preciosa imájen?

CAZADOR.

Cuentan que allá se apareció en este sitio, según historias portentosas.

FEDERICO.

¿Historias? Contádmelas, padre mio.

CAZADOR.

*Arrima su escopeta á un árbol y reficre.*

Vivia allá, hace mas de cien años, en ese castillo antiguo y ahora arruinado, que está descollando sobre la arbolada cumbre, una muchacha muy santa, que frecuentaba diariamente la iglesia de la aldea inmediata. Dedicada al servicio de Dios, andaba, con un canastillo lleno de limosna debajo del brazo, visitando y socorriendo en sus chozas á los enfermos y menesterosos.

FEDERICO.

¡Qué niña tan ajuiciada y cariño-

sa! ¡así tuviera en el dia muchas semejantes!

CAZADOR.

Un dia que la buena muchacha pasaba por aquí junto á esa encina, que tendrá ya mas de doscientos años, se desembosca del soto un lobazo sañudo y enorme, que acudia á beber ahí en la fuentecilla.

FEDERICO

*Revolviéndose asustado.*

¿Hay por aquí lobos todavía?

CAZADOR.

Ahora ya ni rastro. Al ver el lobo á la muchacha, redobló la carrera acercándosele mas y mas con los ojos centellantes, de modo que no habia escape para la infeliz. Invoca á Dios en su auxilio, y Dios la oye, inspirándole medios de salvarse. Halla, con el amparo de Dios, á sus piés un pedernal enorme y de picos agudos, lo ase con

entrambas manos , lo enarbola y arrostra al lobo.

FEDERICO.

Me entremezco todo , y á ver cuanto antes el paradero.....

CAZADOR.

Al estar ya el lobo encima y todo boquiabierto en ademan de asir y despedazar su presa , le dispara la muchacha su guijarro y le acierta en el mismo testuz que le destroza , y lo tiende muerto á sus piés.

FEDERICO.

Alabado sea Dios que ya tenemos al lobo muerto , porque yo estaba ya temblando con la preciosa muchacha.

CAZADOR.

En conmemoracion de la historia y gratitud al Señor , los pádres de la niña afianzaron esa tablita en la encina , donde se ve figurada una santa , que confiada en Dios , venció á un monstruo horroroso. Los campesinos de

la comarca veneran aun, hace ya mas de cien años, la imájen; y á cuantos pasan por aquí, al mirar la pintura, se les robustece su confianza en Dios. Ya la imajencita se iba borrando con el tiempo; pero la dueña del castillo, condesa del Soto, hizo renovar la pintura, y labrar aquel poyo en el peñasco, junto á la fuentecilla.

FEDERICO.

¿ Y esa imájen quisiste tú tambien ahí enramar con tantas flores?

CAZADOR.

Hasta tres veces, al volver de la caza sediento para beber en la fuentecilla, me empeñé en averiguar quién es el que cubre de lindas flores la imájen colocadas á manera de marco, y con guirnaldas tan primorosas, cuales nunca se hayan visto ni pintado.

FEDERICO.

Bien así como entretejidas de flores selectas por los jardines.

CAZADOR.

No cierto; una vez la guirnalda se componia de meras violetas y amapolas, tan donosamente entretejidas que el azul y el amarillento se matizaban á los mil primores. La otra era de césped tierno y verde, salpicado de pajizo y realzado con alelíos que parecian otras tantas estrellitas. La tercera guirnalda era únicamente de hojarasca verdosa de encina, con el realce de azucenas que sobre el campo verde parecian blanquísimas perlas.

FEDERICO.

No podia menos de ser así: ¡quién pudiera ver la guirnalda!

CAZADOR.

Como que me complacia y embelesaba en mirarla....

FEDERICO.

Será el autor probablemente algun zagalillo que anda emboscando por

acá sus ovejas ó sus cabritos. Estoy ansioso de saber quién es.

CAZADOR.

Pues atiende bien , que luego vas á verlo. Esa guirnalda ya pasada y marchita, que al anochecer, recojido ya su hatillo de ovejas y cabras , trajo ayer y colgó ahí mismo, no se acabará la mañana sin que ceda ya su lugar y sazón á otra mas fresca, que entiendo asomará luego. Entretanto voy á encaramarme por aquel cerro en pos del ciervo que estoy rastreando. Volveré por aquí al paso, y nos iremos juntos. (*Riendo*). Alerta pues. (*Se embosca.*)

## ESCENA II.

FEDERICO.

*Toma su retaquillo al hombro, y se pasea á diestro y siniestro.*

Me estreno ahora en esto de hacer

mi centinela, y voy á desempeñar honradamente mi nuevo cargo. (*Otea en rededor*) Pero á ver dónde hallo por aquí un escondite para acechar quién es el que enguirnalda la imájen.... Alto pues aquí. (*Se oculta por la maleza, y luego habla mas quedo*) Corriente; venga ahora el consabido... por supuesto... pero no es zagalilla, sino señorita galana y primorosa, con su canastillo cuajado de flores. Será enviada por la guirnaldera. En fin me queda lugar para colocarme, escudándome con aquel matorral verde. *Se marcha alzando el paso militarmente.*

### ESCENA III.

CARLOTA.

*Con un canastillo de flores.*

Hartas flores de mayo he cojido ya. Voy á sentarme sobre el tupido cés-

ped, y formar con todas ellas un ramo para mi mamá del alma; y entretanto voy á entonar mi cantilena á las flores de mayo. *Canta:*

En la cañada  
 Tan retirada  
 Que el sol no flecha  
 De puro estrecha,  
 Creced sencillas,  
 Mis florecillas.

Tallos verdean,  
 Se abren, blanquean,  
 Y al soplo blando  
 Andan jugando.  
 Si hechiza el verlos,  
 Mas el cojerlos.

Brilla la pompa,  
 Suena la trompa,  
 Y el pecho humano  
 Suspira en vano,  
 Cuando se vicia,  
 Tras la delicia.

Retiro ameno,  
 Dame en tu seno  
 Dicha preciosa,  
 Y cual de rosa,  
 Sea mi vida,  
 Tierna y florida.

ESCENA IV.

CARLOS Y CARLOTA.

CARLOS.

*Brinca con impetu al frente y arroja el sombrero á los piés de su hermana.*

Por fin te alcancé; harto me has burlado.

CARLOTA.

*Huye sobresaltada.* ¡Cielos! ¿qué es esto? ¿te has vuelto loco? ¿Estás empeñado en matarme?

CARLOS.

¡Yo matarte, hermanita de mi corazón? ¡Cómo devaneas! ¡ay, ay, ay! Acabo de cojer una mariposilla y voy á empalarla (*La saca con tiento por debajo del sombrero*). Mira cómo le resaltan esos salpicones de púrpura

por las alas negras. Dame tu rascamoniño. Vamos, despacha.

CARLOTA.

¡Jesús, qué muchacho tan bárbaro y tan insensible! Me asustas, ¡y luego quieres que no me estremezca presenciando el martirio de un animalillo tan lindo y tan halagüeño! ¡Peregrina hazaña por cierto! No seas tan cruel... pero ahí está la mamá que va á sentenciar al preso.

## ESCENA V.

CONDESA Y DICHOS.

CONDESA.

*Elega paseando con una sombrilla que le sirve de baston.*

CARLOS.

Mamá, aquí tengo este primor de mariposa. ¡Ves qué linda! (*Entre cariñoso y desconsolado*). ¿Te la guardaré?

CONDESA.

Tan oportunamente como os habeis adelantado, niños; pues aquí junto á la hermosa encina, término de nuestro paseo, y lindero de estas posesiones, tenemos que juntarnos; pero estoy cansada, y voy á sentarme antes un rato. (*Se sienta en el poyo de piedra*). Vamos ahora á ver tu mariposa, Carlos.

CARLOS.

Pero se ha de tomar con sumo tiento, para no aventarle el polvillo volandero y esmaltado de sus alas.

CONDESA.

No pases cuidado. ¡Qué matices tan valerosos! Miradla mas y mas, queridos míos; y ahora con el anteojito. (*Saca un vidrio de aumento, metido con esmero en un estuche con su asita de la bolsa, da el anteojito á Carlota y mete dentro la mariposa.*

CARLOTA.

*Mirando por el vidrio.* ¡ Ay qué primor ! ¡ cada granillo es como una hojita de flor ! en la hechura se asemejan todos , pero ¡ válgame Dios , qué variedad y hermosura de matices ! Míralos , Carlos. (*Le da el vidrio*)

CARLOS.

*Mientras está mirando.* ¡ Cuánta gala ! Nunca me hubiera ocurrido que ese polvillo tan pegajoso en los dedos , al cojer la mariposa , fuese tan sumamente vistoso . Y ¡ con qué tersura están los granillos relumbrantes colocados como en tinglaldillo ! ¡ qué anillitos tan pulidos , qué rayitas y qué conchillas están ahí representando ! Es una especie de labor esquisita , pero infinitamente mas tierna y fina que esa cruz roja del almanaque estampada por nuestro vecino en azulejos nuevos sobre el techo antiguo y ahumado .

CONDESA.

Si observamos las especies de miles de mariposas, veremos sus polvillos así puntualmente coordinados. ¿Qué diestra los fué así colocando? ¡Cuán grande es Dios, aun en lo mínimo... en unos polvillos! Y luego, ¿iríamos á desbaratar esas mariposillas, esas criaturitas ahí tan lindas y amorosas, que, como unas mensajeras, están ostentando las grandezas del Señor? ¿Qué opinas tú, Carlos? (*Le devuelve la mariposa*).

CARLOS.

Nada queremos hacerle, preciosa mamá: y así, (*mientras echa á volar allá la mariposa*) querido, chiquito y vistoso animalillo, vuela y revuela, empápate por ahí en los regalos de la estacion.

CONDESA.

Eso sí que es lindo, Carlitos; y no me traigas ya mas mariposas ni vo-

lantones. Puedes cojerlos para reverenciar el poderío y la bondad del Señor, su sabiduría y cariño, y luego devolverles su libertad.

CARLOTA.

*Alargándole las flores de mayo.* Allá va ese ramito recién cojido de las flores predilectas.

CONDESA.

Con mil amores; como que son las primeras que veo en este año. ¡Ay qué limpias y tersas están todas estas florecillas! ¡qué perfume tan halagüeño! cada una viene á ser una conchita bruñida de aromas. En verdad, que deslucen la porcelana mas esquisita, y así se está viendo en todas el poderío y la bondad del Altísimo. (*Se prende el ramito al pecho*). Mil gracias, Carlotita mia.

CARLOS.

Si me lo permites, me voy en busca de un nido que he visto en medio de

un matorral. Quizás los pajarillos han roto ya su hermosa cáscara.

CARLOTA.

Y con tu permiso, lo acompaño, mamá mía.

CONDESA.

Andad en buen hora, hijos míos, pero cuidado con no salir de lo florido de la cañada, ni perder de vista la encina; y tú, Carlitos, cuidado de no estropear á los pajarillos.

CARLOS.

No les dañaré, ni los tocaré siquiera. *Se emboscan los hermanitos.*

## ESCENA VI.

CONDESA.

Voy á atar ramitos de todas las flores del canastillo. (*Sigue formando ramos y mirando de tanto en tanto al derredor*). Sitio en verdad ameno y

con razon llaman á este paraje el de la hermosa encina. Su ramaje anchuroso cuaja una bóveda verde y sombría, y el verdor del césped se realza con flores amarillas y encarnadas en grandiosa alfombra. ¡ Cuán halagüeño y benéfico es todo este sosiego! ¡ Cuántas gracias te tributo, ó mi Dios, por verme en salvo de todo aquel territorio tan asolado por la guerra! En vez del estruendo de tambores y el trueno de las descargas, con los embates mutuos y los estragos de los hombres, nada se oye aquí mas que el susurrillo de ambientes primaverales por la frondosidad de las plantas, el eco de las plateadas fuentescillas y el gorjeo de las aves. ¡ Oh qué bienaventuranza nos franquea la paz! ¡ No cabe dar suficientes gracias al Señor por tamaño beneficio! Así se dignara estenderlo á la tierra entera.

( *Carga con sus ramos, se va encami-*

*nando hácia la encina, y se para á contemplar la pintura*). Se conserva pasmosamente la imájen, pues nada absolutamente ha desmerecido; por lo visto se complacen las jentes en este portentoso, y me alegro de poderla renovar.

## ESCENA VII.

CONDESA Y FEDERICO.

CONDESA.

*Apuntando con la mano.* Ahí trepa un caracolillo voy á desviarle.

FEDERICO.

*Se desembosca corriendo por detrás de la encina y vocea.* ¡Ola señora mia! ¡Cómo os he cojido! ¿con que colgais aquí tambien lindas guirnaldas?

CONDESA.

¿Qué estás ahí hablando, niño? nada sé de guirnaldas.

FEDERICO.

Sí, sí; allí se ha de colgar la guirnalda. (*Se adelanta y se para junto á la encina.*) ¿Cómo? ¿no hay por ahí rastro de guirnalda?... ¿y ninguna teneis en la mano?... ¿ni la hay tampoco aquí por el suelo?... ¿la habeis traspuesto?... ó andais tambien ahí en este hechizo, ó no he podido ver á derechas por detrás del matorral.

CONDESA.

Lo último cabe muy bien; pero vienes ahí como del otro mundo con esa aprension de que haya yo colgado aquí guirnalda alguna.

FEDERICO.

¿Cómo es eso? Aquí todo me parece muy natural, pues ya van tres veces que han coronado de flores esa imájen del árbol; y por mandato superior, estoy aquí en acecho para descubrir quién es el colgador de guirnaldas; y aquí primero vi á la mucha-

chita y luego á vos entretejiendo flores, os acercasteis al árbol y alargasteis el brazo hácia la imájen, ¿y así á quién he de sospechar que sea el que cuelga la guirnalda sino vos, señora?

CONDESA.

¿Quién puede ser tan opuesto á las guirnaldas que te haya mandado estés aquí de centinela y armado para que nadie las cuelgue á la imájen?

FEDERICO.

No se estiende á todo eso el mandato. Mi padre, que es cazador por estos bosques, se suele regocijar al ver la imájen engalanada de flores.

¡Liciamos que algun zagal ó zagallilla eran los colgadores, y padre estuvo deseoso de saber quiénes eran; y me puso al intento de centinela.

CONDESA.

Entónces ya eso es muy diferente, y quedo enterada de todo. La apren-

sion aññada de enguirnaldar la imá-  
 jen es propia de almas cándidas y ha-  
 lagüeñas, y ya estoy ansiosa de cono-  
 cer á una muchacha tan apreciable ;  
 por tanto me detendré un poquillo  
 mas por acá, á pesar de que el sol va  
 calentando mas de lo que quisiera.  
*( Anda registrando la bolsa y mira por  
 el suelo. )* ¡ Ay que al bajar del castillo  
 he perdido el pañuelo de faltriguera,  
 y no puedo enjugarme el sudor! Haz-  
 me el favor de buscarlo por ahí , ten-  
 drás para beber , si me lo traes. ¿ Te  
 acomoda ?

FEDERICO.

¡ Oh ! nada de dinero, en cuanto  
 mí , pues quisiera recojer el pañ  
 de balde , y dar el dinero á mi pobre  
 padre.

CONDESA.

¡ Pobre ! *( amenazándole con el de-  
 do. )* ¡ Ah , niño , niño ! ¿ hablas ver-  
 dad ? ¿ con que tu padre, cazador de

príncipe en este bosque tan grande, se ha de hallar tan necesitado que le hagan al caso algunos realillos? No cabe.

FEDERICO.

*Llevándose la mano al pecho.* Vive Dios que mi padre es pobrísimo. Pues, señora, ya que os mostrais conmigo tan bondadosa y tan llana, hablando con toda confianza, sabed que mi padre no era de suyo cazador; la guerra le dejó en total desamparo, tuvo que emigrar, sirvió de oficial contra los enemigos, y salió herido. Un hacendado afectuoso é inmediato al campo de batalla, aunque de ninguna facultades, lo albergó en su casa, mas no necesitando luego á nadie, por cuanto se marchó á la guerra, vino á quedar el padre en situacion desdichada, que sin embargo fué mejorando. Se aficionó y se amaestró de mozo en la caza, con lo cual se ajun-

ció , por la proporcion de un amigo, la colocacion de cazador. Pero el empleado en propiedad, menos imposibilitado por la edad que por sus dolencias, vivia aun, y se escrituraron cediéndole la mitad , con la futura por entero , al fallecimiento del anterior.

CONDESA.

¿Y esa mitad de renta no es en realidad suficiente para el padre?

FEDERICO.

Eso es una equivocacion. Escasa como es esa mitad , acudia á nuestras necesidades; lastimábase mi padre de aquel buen anciano , á quien se hacia muy cuesta arriba el mecabro de aquella mitad , pues no le alcanzaba la otra suya á surtirle de buen tabaco y menos de vino. Con esto le cedió mi padre todas aquellas ventajas , redondeándole al honrado anciano su total ; pero convaleció de

poco acá el doliente , robusteciéndose en términos de prometer una docena de años para su propio y único desempeño.

CONDESA.

*Estrechándole* ¿Y todo ese plazo ha de estar defraudando á tu padre y disfrutando todo el sueldo ?

FEDERICO.

*Enardecido.* No por cierto ; no estremará tanto mi padre su bondad, que esté esperando así la vacante del hombre honrado que ya no necesita auxilio. Se alegró en el alma del restablecimiento de un servidor tan leal del príncipe , y sin avisar tenía comunicada su solicitud con el montero mayor para lograr su despido. Sabedor de esto nuestro montero antiguo, lo sintió en gran manera ; pero mi padre le aseguró que le quedaban arbitrios para busear su pan por otro rumbo. Pero sus miras no van muy

lejos , pues mi padre se ceñia á ciertos recursos por la vecindad, para dejar al anciano desahogado. Por donde echaréis de ver que mi padre no está sobrante de haberes.

CONDESA.

Noble y jenerosamente piensa tu padre, y por tanto es mas rico que si atesorase el oro y la plata.

FEDERICO.

¿Qué tal? ¿no es el hombre mas honrado del mundo? Pero voy en busca del pañuelo , antes que se atraviere otro hallador; pero entretanto habréis de tener cuenta con la guirnalda.

CONDESA.

*Riendo.* Haré tus veces , y relevaré tu centinela.

FEDERICO.

Esto se llama corresponder solladescamente. ¿Quereis tambien echaros mi arma al hombro?

CONDESA.

Nada de eso; dispénsame de llevarla al hombro.

FEDERICO.

Pues entónces la arrimo aquí á la peña; pero tened cuenta de que no me la roben. *Se marcha brincando.*

### ESCENA VIII.

CONDESA.

¡Qué muchacho tan cándido, placentero y cariñoso! y su padre no puede menos de ser muy honrado; pero me conduelo de que vivan con tamaña estrechez. ¡Cuán abortadora e infortunios es la guerra! por donde quiera que me revuelvo, tropiezo con víctimas suyas. ¡Ay! ¡quién tuviera caudales para socorrerlos á todos... Mas, ola, alguien viene. (*Está mirando hácia la maleza.*) Con efecto, ahí asoma una zagalilla... mucha-

cha lozana y preciosa, con una guirnalda tan linda en la mano. Mas voy á encubrirme un rato. *Se embosca por la maleza.*

## ESCENA IX.

### JUANILLA LA ZAGALEJA.

*Vestida como pastorilmente, con su sombrerillo de paja, un liito á la espalda, el cayado en una mano, y una guirnalda en la otra.*

Esta es la vez postrera que vengo á este sitio aciago, que fué mi predilecto de toda la montaña. ¡Cuán halagüeño y bienaventurado era allá cuando yo, sentadita en ese p. sombrío, apacentaba mis ovejillas por el verde césped, que luego saciaban su sed en esa fuentecilla tan cristalina! ¡Ya están vendidas las desventuradas! ¡ay cómo lloraré cuando otras las pastoreen! Tengo

que dejar mi ejercicio desde ahora mismo. ¡ Ay cómo se me traspasa el corazón! ¡ Cuán cuesta arriba se me hace el desviarme de estos sitios , de esa encina y de esos manantiales, unos y otros mis amigos del alma!

*Deja el hatillo y el cayado en el suelo.* ¡ Con que vengo á quedar muchacha sola y desamparada! Todo mi caudal se reduce á este lio mezquino, y nada mas debo al mundo entero. Ese cayado es mi único arrimo , sin tener un hombre que me ampare. No quiero apocarme y entristecerme sin embargo. Crió allá mi Dios amado el cielo y la tierra para regalarme los dones de su primavera. Este sol bonancible es tan despejado y amoroso para mí como para una emperatriz; hojas, yerba, pimpollos y flores, todo verdea, descuella y perfuma para mí tan cariñosamente como para ella; y con eso héteme ya rica de sobras.

*Mira devotamente al cielo, y cruza las manos.* Oh tú, querido Padre del cielo; tú te desvelas por todas tus criaturas de la tierra; tú haces que toda avecilla, saltando de rama en rama, halle sus granillos; tú vas repartiendo á cada florecilla que campea aquí á mis piés, su gotita de rocío que la baña y la recrea; tú imatizas al vistoso jilguerillo que se encarama sobre mi frente, y engalanas las florecillas encarnadas, azules y amarillas á mis plantas con mas primor que todas las sedas y terciopelos. Tú no me dejarás sin ropa ni alimento, y así quiero esplayarme consolada y placenteramente.

*Va entretanto contemplando y aliñando la guirnalda, y luego la cuelga á la imájen en el árbol.* Enguirnaldo por despedida la preciosa imájen en el árbol, pues allá desde tiempos remotos está consagrado este sitio so-

segado y solitario á la devocion. A propósito en extremo es la vista de una imájen tan halagüeña en este paraje tan retirado y silencioso para elevar el corazon al cielo. ¡Cuántas y cuántas veces me he parado á contemplar enternecidamente esta jóven heroína que, con su palma en la diestra, está ahí hollando victoriosamente el horroroso monstruo ! Sírvame de modelo. Estoy enterada de que una muchacha corre mil contingencias por el mundo ; y el desliz es un monstruo mas horroroso que ese dragón ; pero de aspecto , no horrendo , sino tal vez muy halagüeño. Por tanto , Dios mio , venid siempre conmigo , paraque me sobreponga á todo devaneo y empuñe tambien mi palma de victoria. Si tal es mi logro , y hallo luego un asiento allá en nuestra patria celestial , esto es lo único que en esta vida peregrina me ha de caber.

*Sigue con su traje de camino , y alzando los brazos al cielo, dobla una rodilla. En fin , amado Padre de los cielos , antes que cargue de nuevo con mi lio y empuñe mi bordon de viaje, te doy las gracias por todos tus beneficios que por la tierra he ido disfrutando ; por todas las madrugadas de florida primavera que he merecido á tu dignacion; por la sombra de este árbol, que en los ardores del mediodía me franqueó su refrijerio; por el de esa risueña fuentecilla, que me templó la sed , y por cada flor que me confortó con su aroma. Acompañadme por allá lejos , Dios bondadoso ; pues allá me entrego toda á tu amparo. Haz que donde quiera que llegare , halle al punto paraje apacible para servirte; haz que encuentre hombres benéficos que te conozcan y amen y se conduelan de esta niña desamparada. *Calla un rato**

*se enjuga los ojos con su pañuelo y va á tomar el lio y el bordon para continuar su viaje.*

## ESCENA X.

### CONDESA Y JUANILLA.

CONDESA.

*Con estremado cariño.* Así Dios te salude, querida niña.

JUANITA.

La guirnalda nada supone. Mi madre se llamaba cabalmente Margarita; y así al venir por acá, al punto clavaba el pensamiento en mi preciosa y dorada madre, y cubria en seguida la imájen de flores.

CONDESA.

Muy lindo va todo; eres una muñacha de lo que no hay, y ante todo buena hija. ¿Mas porqué te muestras ahí tan desconsolada?... Has llorado,

y aun te quedan lágrimas por las mejillas.

JUANITA.

Venia cavilando desde el redil del castillo en las ovejas. Pero las han vendido, y se acabó mi desempeño. Mas no me quejo, pues logré mas de lo que merecia, como que Vd. me ha hecho pagar el salario por entero. Solo que para adelante no sé en qué ni cómo emplearme.

CONDESA.

¡ Ay Dios mio ! me llega al alma el haberte causado ese lloro, sin haberte jamás visto, muchacha preciosa. Tenia que ir haciendo mejoras en mi hacienda desde la toma de posesion. Dispuse la venta de ese hatillo, que no era de reses aventajadas, para comprar ovejas merinas, ajenciando un pastor ya diestro en la ganadería; y esta fué la causa de tu despido. Mas estaba muy ajena de saber que fue-

ses una muchacha tan cabal , y que te fuese tan trabajoso el hallar otro jénero de acomodo; con que así consuélate y enjuga tus lágrimas. (*Toma el pañuelo de Juanita y le va enjugando maternalmente su llanto.*) Con que no tienes que seguir adelante, porque te quedas conmigo ; pues corre por mi cuenta el colocarte de un modo ú de otro en mi hacienda.

JUANITA.

¡ Ay preciosa señora ! ¡ tantísima bondad con esta pobrecilla desamparada ! Vuestra piedad me llega al alma , en términos que no puedo menos de llorar tributando gracias al Señor por su paternal desvelo para conmigo. Dios es quien ha traído vuestros pasos por acá.

CONDESA.

En eso lo aciertas colmadamente. Pero dime...

## ESCENA XI.

FEDERICO Y DICHOS.

FEDERICO.

*Llega brincando. Aquí está el pañuelo. ( Se queda braci-abierto y tan atónito , que se le cae el pañuelo de la mano y prorumpe en un alarido... )*  
 ¡ Dios del cielo !... Hermana , ¿ tú ?...  
 ¡ Ay !... ( Como dudando interiormente. ) El gozo me ha trastornado de modo que ni alentar puedo.

JUANITA.

*Con asombro gozoso prorumpe. ¡ Federico..! ¡ tú !... ¡ Ay Dios , cuán impensadamente !..... ¿ Vive todavía el padre ?*

FEDERICO.

Sí cierto; es el montero de este bosque , habita como una hora de aquí.

JUANITA.

¡ Ay, aquel hombre tan graciable y cariñoso que encontré por la espesura, yendo en busca de un corderillo descarriado! Me anduvo acompañando hasta que dimos con él; y luego me quiso enseñar los atajos por lo más enmarañado. ¡ Ay que me despedí de él sin conocerle! ¿ Pero es posible que sea él mismo?

FREDERICO.

No lo dudes, porque lo es positivamente. ¡ Ay cuánto, cuánto afán trabajo contigo! (*Se dan las manos.*) Vamos, vamos volando en su busca.

CONDESA.

Preciosos muchachos, esperad un poquillo. Me pasmo y me intereso entrañablemente en vuestro reconocimiento tan impensado, pero explicadme tan solo cómo cabe que el padre desconociese á su hija, y que en-

trambos aquí os hayais conocido al golpe como hermanos.

FEDERICO.

Pues consiste en que mi padre ha estado seis años sin ver á mi madre, y tan solo hace un año que la vi yo la última vez. Sucedió así: Tenia mi padre, como ya os llevo dicho, que dejar el pais por causa de la guerra; y entónces nos llevó á entrambos hermanillos á una hermana suya que vivia allá en una aldea lejana y nos recibió muy cariñosamente. Vivimos allí felizmente por cuatro ú cinco años, pues por entónces tan solo sabíamos de guerra por oidas. Pero tambien asomó el enemigo por aquel paí, perdiendo mi bondadosa tia todos sus bienes, hasta que vino á morir de puro desamparo. El vecino, hombre honradísimo, cargó con nosotros y nos llevó, pues tambien le alcanzó el azote, á casa de una hermana suya,

que poseia un cortijo lucido á corta distancia del suyo. Como entretanto mi padre se fué granjeando el concepto de montero de todo desempeño, apenas se alejó el enemigo de aquel paraje, acudió en busca nuestra. Dió luego conmigo, mas no tuvimos noticia de la hermanita, pues los enemigos quemaron el cortijo de su paradero, y nadie acertó á informarnos sobre el particular.

CONDESA.

*A Juanita.* ¿Pues en dónde estuviste tú entretanto, y cómo viniste á parar á mi castillo?

JUANITA.

Era excelente la cortijera que me cupo, pero tenia un marido interredadísimo, y me miró desde el principio de mal ojo. Entretanto tenia yo que pastorear sus cabras, obligándome con la necesidad. Al acercarse de nuevo el enemigo, vendió el cortije-

ro casi todo el ganado , temeroso de perderlo á viva fuerza , y no necesitando ya pastora, me arrojó á la calle, sin que le ablandasen instancias de la cortijera ni lágrimas mías; diciendo que sabia muy bien el riesgo que le amagaba de carecer de pan para sus propios hijos , y por tanto que no le hacia al caso el mantener los ajenos. Me marché y quise reunirme con mi hermano. Pero me salieron luego al encuentro infinitas jentes fugitivas del enemigo , y todas me disuadieron de ir mas adelante , pues iba á tropezar con el ejército ya cercano; y así tuve que cejar sin saber adónde irme. En esto, un honrad' campesino se condolió de mí y me tuvo una temporada de pastora , y por fin me proporcionó el venir al castillo.

CONDESA.

¡ Ay preciosos niños, cuán entraña-

blemente me ha enternecido vuestra historia ! Tambien tengo yo dos hijos desviados de mí por la guerra... (*Se lleva el pañuelo blanco á los ojos.*) Y ¡ay de mí ! hace seis años que ninguna noticia tengo de ellos.

FEDERICO.

Pero, vamos Juanita, vamos al padre.

JUANITA.

Sí por cierto; con el permiso de esta señora tan graciable, voy allá contigo, querido Federico.

CONDESA.

¿Cómo?... ¿qué es eso?... ¿Juana te llamas tú, y este Federico? ¡Ay Dios mio ! son cabalmente los preciosos nombres de esos niños míos que os he mentado. ¡Qué coincidencia tan estraña !... Ahora bien, querida muchacha, ¿me dijiste que tu madre se llamaba Margarita?

JUANITA.

Sí por cierto ; Margarita... Tengo muy presente cuán cariñosa y estremada estuvo con sus besos y lloros al separarse de nosotros y alzarnos al carruaje en busca del padre..... ¿ Mas qué os sucede , señora del alma , que ¡ ay mi Dios ! ahí os inmutais toda ?

CONDESA.

Tambien me llamo Margarita. ¡ Ay Dios ! ¡ qué corazonadas me atraviesan , á manera de relámpagos , toda el alma ! Decidme , queridos niños : ¿ Qué sabeis de vuestra madre ? ¿ Teneis mas hermanitos ? ¿ de qué edad son ? Vamos , hablad.

JUANITA.

Nuestros buenos padres teniendo que huir por la guerra , nos llevó mi padre á casa de su hermana Melina , y la madre con los dos menorcitos se albergaron en casa del tío Teodoro ; mas desde entónces nada heinos sa-

bido ya de madre ni de niños , por cuanto está todo el pais ocupado por los ejércitos enemigos.

FEDERICO.

Nuestros hermanillos menores se llaman Cárlos y Carlota, y nuestro padre Fernando Romero.

CONDESA.

*Dando alaridos y llorando copiosisimamente.* ¡ Ay mi Dios ! todo se despeja y todo concuerda. Ya no me pueden sostener mis rodillas , y el gozo me priva el aliento. ¡ Ay Juanita !... ¡ ay Federico !... Sois probablemente mis hijos... y yo... y yo... soy vuestra madre.

FEDERICO.

*Atónito.* ¿ Vos... preciosa señora, nuestra madre ?...

JUANITA.

*Estrechándose las manos.* ¡ Ay Dios mio ! ¿ es posible ?

CONDESA.

*Con pasos arrebatados y vacilantes , y como desmayada se arroja al poyo y clama con los brazos muy abiertos : ¡ Ay Juanita de toda mi alma !... ven... llega, llega á mis brazos. ¡ Ay , querido Federico , deja que te estreche.... ¡ ay amados hijos ! ¿ con que vengo á recobraros ? ( Mira al cielo , abrazando á sus hijos. ) ¡ Dios mio , Dios mio ! ¡ cuán feliz me acabas de hacer ! El llanto me embarga el habla... recibid estas lágrimas en tributo de gracias.*

JUANITA.

*Enjugándose tambien su lloro. No sé si estoy soñando ú despierta; ¡ poco ha tan desamparada , y ya en brazos de tan cariñosa madre !*

FEDERICO.

*Gozosísimo. ¿ Será sueño ? ¿ estoy en realidad despierto ? ¿ y sucede verdaderamente así ? ¿ Hasta seis nom-*

bres no cabe que coincidan así por casualidad ?

CONDESA.

Sí, mis queridos recién hallados... así es positivamente, asimismo. Cuanto mas os miro y vuelvo á mirar, tanto mas y mas recapacito vuestras facciones... Tu frente y tus ojos cariñosos, Juanita mia... tus ojos y tu boca, amado Federico... Ya, ya no me queda la menor duda. Habeis crecido muchísimo, desde que os ví la última vez, y ¡qué briosos y lozanos estáis ! ¡ Ay Juanita ! tu primera mirada me encarnó hasta el alma; los recuerdos enmarañados que iba recapacitando se despejaban mas y mas por instantes, aunque no me cabia soñar tantísima dicha.

FEDERICO.

Madre de mi corazon, dejadme ir al vuelo á participar al padre nuevas tan venturosas.

CONDESA.

Espera un poquillo , Federico mio, que Juanita y yo irémos allá contigo... Mas no puedo todavía, pues tiemblo de piés á cabeza, y tengo antes que llamar á Cárlos y Carlota que están por esa cañada abajo.

FEDERICO.

Voy á llamarlos. (*Va dando arrebatadamente algunos pasos, mira á lo lejos y grita.*) Cárlos, Carlota... venid volando, porque están aquí vuestros dos hermanitos... Ya los veo venir. Carlitos brinca allá cuanto puede, y Carlota viene tambien de priesa.

JUANITA.

¿Con que la linda señorita y el señorito tan gallardo son hermanitos míos. ¡ Ay mi Dios ! ¡ qué alborozo !

FEDERICO

Pero me queda acá cierta duda, madre mia, y es que mi padre se llama Romero, y vos la señora del Soto. ¿Cómo es eso ?

CONDESA.

Es muy obvio, Federico, porque mi hermano y tío vuestro Teodoro habia comprado esta posesion hermosa del Soto ameno, por eso nos apellidamos ahora del Soto; y no ya Romero, que nos quitaron los enemigos; y allá Dios fué quien, llamándonos Romeros, nos hizo luego del Soto. Bien haya mil veces su nombre.

## ESCENA XII.

CARLOS Y DICHOS.

FEDERICO.

*Abalanzándose á Carlos.* Dios te bendiga, querido hermano.

CARLOS.

*Estrañándose mucho.* ¿Cómo? ¿hermano?... ¡No sé quién ha podido fraguar esa hermandad mia contigo!

FEDERICO.

Pues no trato de una de aquellas hermandades postizas. Soy tu hermano muy verdadero y positivo. *Va á abrazarle.*

CARLOS.

Menos llanezas, ya que me haces hablar, hijo del montero. Soy el dueño y señor del Soto ameno.

FEDERICO.

Yo acabo de serlo en este punto, y tú eres mi hermano Cárlos. Me regocijo en el alma de haberte hallado. Alégrate tu tambien, Cárlos, y me estés ahí hecho un poste.

CARLOS.

Y vos, mamá mia, ¿qué decis á todo eso? ¿Estará el monterillo en su juicio?

CONDESA.

Sí, querido Cárlos, es positivamente cierto cuanto dice. Federico, de quien tanto me hablabais, es tu

hermanito; y un excelente muchacho.

CARLOS.

Pero ¡válgame el cielo! ¿el monterillo, como le llaman los campesinos, ha de ser el señor del Soto y hermano mio? ¡El mismo á quien ayer compraste una liebre, y ni á uno ni á otro le sobrevino tal ocurrencia! ¿por donde habeis venido á caer en la cuenta de que sois su madre, y por consiguiente yo su hermano?

CONDESA.

De todo quedarás enterado; por ahora basta el que sea así; con que ya puedes como á tal agasajarle.

CARLOS.

Corriente; bajo la palabra de mi madre, habré de creerlo; sea pues mil veces enhorabuena, mi hermano Federico. (*Lo abraza.*) Tú eres un muchacho lozano y placentero; lo celebro en el alma, ya me honro con llamarte hermano.

FEDERICO.

Sí, hermanito Cárlos, lo hemos de ser de corazon; y de corazon hemos de ser buenos muchachos, y así merecerémos la aceptacion de Dios y del mundo entero.

CONDESA.

Y ahora mira, querido Cárlos, esta mocita ahí tan preciosa y halagüeña es tu hermanita Juanilla.

CARLOS.

*Dando un paso atrás por el asombro.* ¿Cómo?... ¿la zagala que andaba pastoreando las ovejas por encinar? No cabe eso; ya la chanza va pasando de la raya. (*Se acerca con suma confianza á la madre y le ase la mano.*) ¿No es verdad, querida mamá? esto es ya embromarme hasta lo sumo.

CONDESA.

No, Carlitos, aquí no hoy asomo de chanza; mira estas lágrimas y cree á

tu madre ; esa es tu hermana.

CARLOS.

Pues no alcanzo cómo puede ser eso , y así no me avengo á creerlo.

CONDESA.

¡ Ay Cárlos de mi alma ! ¡ cuántos y cuántos acaecimientos se rodean en el mundo , que , hasta saber sus circunstancias , aparecen increíbles y aun repugnantes ! Mas no por esto dejan de ser ciertos , y procederíamos neciamente . si tan solo porque no los alcanzáramos quisiéramos descreerlos

CARLOS.

Pues ya lo creo , y por tanto , Juanita , te alargo fraternalmente la mano.

ESCENA XIII.

CARLOTA Y DICHOS.

CARLOTA.

Aquí ocurre alguna novedad.

JUANITA.

*Abalanzándose á ella en ademán de abrazarla.* ¡Ay, señorita del alma! Sois mi hermana, y ¡cuánta es mi dicha en tener una hermana tan preciosa!

CARLOTA.

¿Qué ocurrencia es esa? ¿Tú... mi hermana? Eso sí que es lindo. Mi hermana es una señorita fina, y no una zagaleja pobretona con esa traza tan cerril.

CONDESA.

Pásmate cuanto quieras, querida Carlota, pero así sucede, y la ropada supone. Es tu hermana, y her-

mana recatada , bondadosa y amabilísima. Aquella Juanilla descarriada, mientras tú estabas viviendo regaladamente en el regazo de tu madre , andaba la infeliz vagando , lejos de sus padres, por los ámbitos del mundo, teniendo que ganarse el pan entre hombres desconocidos, y padeciendo infinito ; permaneció sin embargo recatada , pura y temerosa de Dios , y así se hace mas merecedora de aprecio que tú ; con que regójate con tu hermanita , que es mejor que tú.

CARLOTA.

*Abrazando gozosa y entrañablemente á Juanita.* ¡ Ay querida Juanita ! Muchísimo habrás tenido que padecer. ¡ Cuánto me conduelo ! pero sosiégate ; ya mejoras de suerte y has de vivir con nosotros. El tío nos franquea aquel grandioso castillo con sus jardines magníficos, y en fin mu-

chas riquezas , y todo te corresponde á ti al par que á nosotros , y allí viviremos todos en holganza perpetua, queriéndonos entrañablemente..... pues yo partiré contigo muy gozosa cuanto tenga.

CONDESA.

Así debe ser, Carlota mia , y me complazco en el alma de que prorumpas en esas palabras tan placenteras para con tu hermanita; pero te está todavía esperando otro agasajillo de su parte. (*Mostrándole a Federico.*) Mira, el monterillo lozano es tu bien tu hermano Federico.

CARLOTA.

¡Mi hermano ! Ya eso es demasiado para que pueda tambien creerlo. ¡ Cuánto lance asombroso y peregrino ! Pero diciéndomelo tú, mamá, no puedo menos de creerlo. A Dios pres, mi querido hermano Federico.

FEDERICO.

¡Ay señorita mia! ¡cuán espresiva y cariñosa estáis conmigo! ¡y cuánto me alegro de que seais nuestra Carlota! ¡y cuánto se va á alegrar nuestro padre!

CONDESA.

*Levantándose.* Sí por cierto; sumo será su gozo, como me lo está diciendo el que rebosa en mi pecho. (*Coje con una mano á Juanita, que está junto á Carlota, y con la otra á Federico, y se abraza á Carlota, teniéndose de las manos.*) Indecible es mi dicha, al verme, tras tanto tiempo, en medio de mis cuatro hijos; y así cercada de mis queridos niños, voy volando en busca de vuestro padre y consorte mio del alma.

**ESCENA XIV.**

ROMERO Y DICHOS.

FEDERICO.

*Señalando al bosque.* Allá viene el padre.

ROMERO.

*Entra de modo que se encare con la encina y la imájen coronada de guirnaldas.*

¡Ay, ahí está la guirnalda tímida-rosa!

JUANITA.

*Abalazándose á él con un alarido de júbilo y los brazos abiertos.*

¡Padre! ¡Padre! ¡Así Dios te conserve! ¡Yo soy Juanilla, tu hija perdida!

ROMERO.

*Absorto y atónito.* ¿Tú? ¡Dios mío! ¿es posible?

FEDERICO.

Sí, padre mio; positivamente es ella. La conocí á la primera mirada, y tambien ella me ha conocido á mí; y es la que ha colgado ahí la linda guirnalda.

ROMERO.

*Clava la vista desencajada en Juana, y luego con rostro placentero.* Voy haciéndome cargo de tus preciosas facciones; y tú eres ella efectivamente, ¿é fineza tan portentosa del Amor!

CARLOTA.

*Se abalanza á él y le abraza.* Padre, me estáis ahí mirando, pues soy vuestra hija, vuestra Carlota.

CARLOS.

*Asiéndolo por el otro brazo.* Y, yo soy hermano de Federico.... vuestro hijo Cárlos.

ROMERO.

¡Ay, hijos míos! Si lo sois en rea-

lidad, sedlo con miles de parabienes. Pero apenas doy crédito á mis ojos... ¿quién es capaz de persuadírmelo?

CONDESA.

¡Fernando!

ROMERO.

*La mira entónces. ¡Margarita! (Quiere tambien abalanzarsele, pero se lo imposibilitan los niños que lo cercan y estrechan, y tan solo puede estender ambas manos). ¡Ay esto es ya dicha muy descompasada para un solo momento!. ¡hallará un tiempo.. madre y tres hijos! El gozo me trastorna, y me mudezco ya con tanta felicidad.. (La estrecha con un brazo, y con el otro á Juanilla, se entremete Carlota, la madre da un brazo á Federico, forcejeando Carlos por incorporarse. ¡Ay Dios! estoy fuera de mí ¡Yo, no ha nada en tanto desamparo y desdicha, y ahora ya tan opulento y venturoso! ¡Ay, Margarita mia! ¡ay, esposa del alma!*

¿Con que te recobro positivamente? Pero, decidme ¿son efectivamente esos nuestros hijos, ó es un sueño embelesante todo esto?

CONDESA.

Todo es muy positivo, y Dios ha venido á ponernos en estado de juntarnos y engrandecer vuestra situacion. Nuestra es la grandiosa hacienda de Soto-ameno; mi hermano Teodoro la compró para nosotros y para nuestros hijos. A nuestra patria, poco ha teatro de la guerra, está acaso en mano de los enemigos para siempre; pero acá lograremos una morada pacífica y segura. Disfrutaremos nueva patria con pingües rentas.

ROMERO.

Portentoso es en todo el Altísimo. Estábamos tan cerca, adorada esposa, sin saberlo ni soñarlo, ni menos presumir que una condesa de Soto-ameno, tan celebrada ya entre los campe-

sinos por su señora muy graciabla, habia de ser mi propia consorte. Me daba por dichosísimo en ser un vecino suyo, tributándole mil respetos. Tan solo porque de oficial bien nacido habia parado en montero, me desazonaba el tener que visitar á una persona esclarecida. Vivía separado del mundo entero, emboscado ahí por esos rincones montaraces.

CONDESA.

Y yo habia despedido á nuestra preciosa Juanita, sin la menor razonada de que fuese hija mia; y estando tan cerca, íbamos á desviarnos por larguísimo trecho. La guerra, que allá el Señor misericordioso se dignó alejarnos por ahora, nos imposibilitaba mas y mas el juntarnos. Quizás nunca mas nos viéramos; pero Dios supo rodear mejor los lances, pues inspiró á la bondadosa Juanita el pensamiento de venir á entretejer á la

imájen una guirnalda; movió tu corazón con la vista de la guirnalda, me condujo con Cárlos y Carlota á su halagüeña presencia para verla realzada con la hermosa guirnalda. ¿Cómo cabe desconocer aquella prevision sacrosanta en estos resultados tan patentes?

ROMERO.

Si, niños de toda mi alma; dispuso Dios este trance de nuestro reconocimiento. No evitó el quebranto de nuestra separacion, y me descargó el razon de amarguísimos afanes.

Ay, amada Margarita, mis hijos del alma, celebrémosle por tan suma fineza y alabémosle de continuo.

CONDESA.

*Estrechándose las manos.* Sí por cierto, tributémosle gracias; pues de nuevo estamos palpando aquella verdad antigua y grandiosa: Dios es graciable y su bondad es sempiterna.

*Todos los niños espresan con ademanes y demostraciones sus gracias entrañables á Dios, mirando enternecidamente al cielo.*

ROMERO.

Sumo Dios, tiende acá tus miradas graciabiles á una familia que estás haciendo feliz, y que consagrará gustosa su vida entera á tributarte rendidas gracias. Bendicela mas y mas; y has que estos niños y que todos los niños y adultos sigan disfrutando tus paternales finezas.

CONDESA.

¡Ay Juanita, bien haya la hora que viniste á entretejer esa guirnalda. Anda y traémela.

JUANITA.

*Coje la guirnalda y se la trae.*

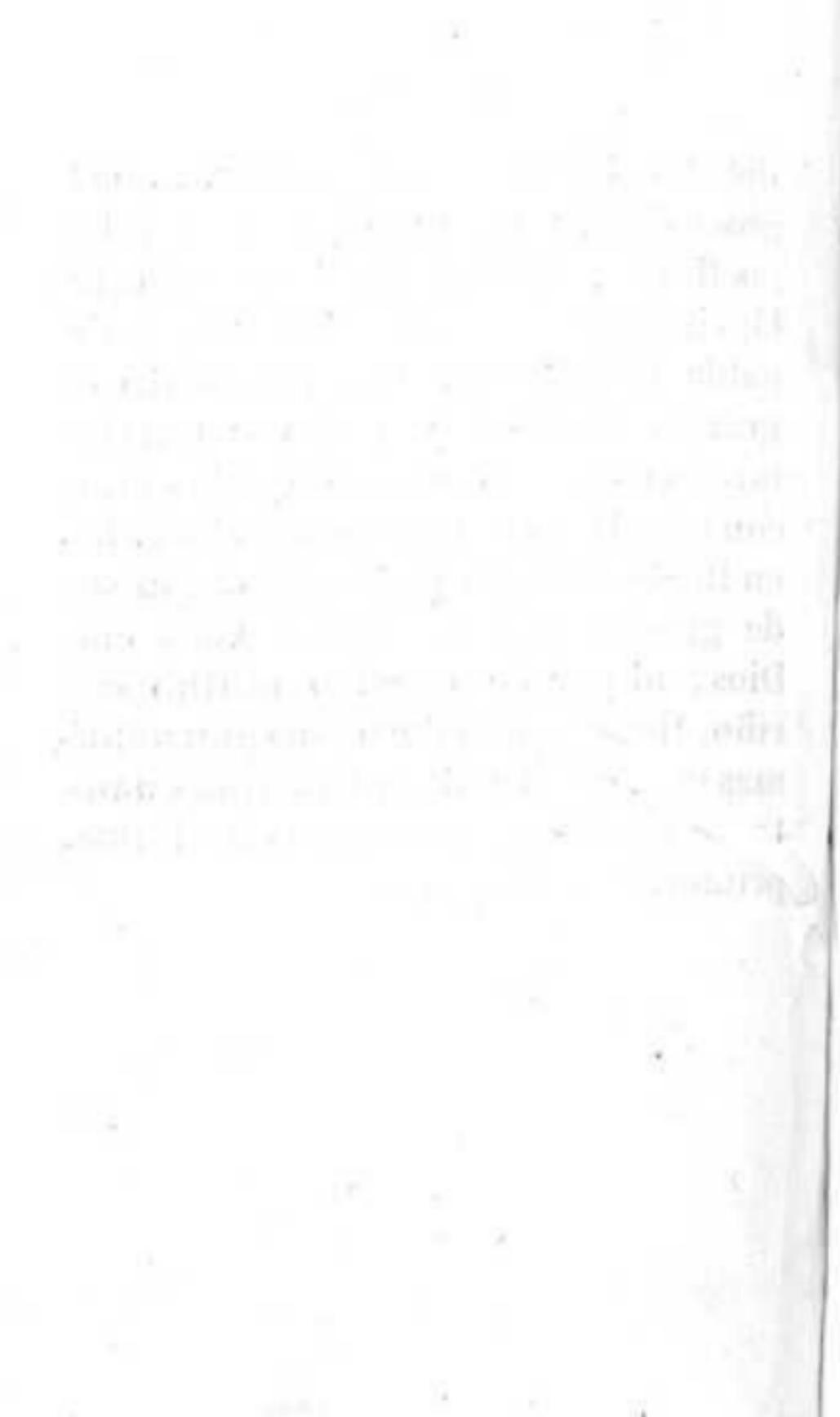
CONDESA.

*Muy conmovida al tomar la guirnalda.*

¡Así pudiera yo empaparla en ar-

dientes lágrimas de gracias..... esta guirnalda! ¡ Así nunca se marchiten las flores , ni se lleguen á secar estas lágrimas que derramo! ¡ así la guirnalda florida con nuestro llanto de gracias campee y renueve nuestra funcion conceptuosa ante estas aras, con nuestros ojos mas y mas bañados en lloros de regocijo! Estos impulsos de gracias y de confianza para con Dios, al par de nuestro mutuo cariño, tienen que labrar una guirnalda mas preciosa y duradera que cuanto se puedan componer con el mas primoroso ramillete.

*Cae el telon.*



EL RATERILLO DE HUEVOS.



## EL RATERILLO DE HUEVOS,

ENTREMÉS.

— —

PERSONAS.

EL SR. DEL PRADO, hacendado.

LA TIA P<sup>a</sup>, posadera en el Ganso dorado.

LUCAS, hijo de un huevero, como de doce

años.

*La escena representa una campiña; á un lado asoma la posadera, por el otro un gallinero, y debajo de un árbol un poyo y una mesita.*

ESCENA I.

LUCAS.

*Sobre el gallinero, por el interior,*

*hay una tabla que llega de arriba abajo, con un bulto metido de costado, y Lúcas está mirando por la abertura.* ¡Ola! ¡Qué callado está todo! y todo salteador anda á caza por ese mundo á esta hora. Cabalmente la posadera del Ganso dorado se está haciendo su café, y hasta despues de tomarlo no hay cuidado que asome por acá. Seguros estamos; con que al avance, como una zorrilla por su agujero. (*Gatea y salta afuera.*) S' cierto, soy un zorrillo pintiparado, aj. astuto, pues en punto á travesura, ¡ga jente... Pero ahora hay que poner en salvo la presa. (*Saca por la abertura su capote lleno de huevos, y repone la tabla en su lugar. Se para á mirar los huevos.*) Gracias, gallinitas. Precioso nido de huevos es mi capote. Viva el tortillon capaz de hartar al mismo Goliat. Tan pronto como pueda hacerlo á mi salvo, me

¡mamo mi media docenita de huevos, á me los cuezo en manteca. ¡ Ay qué regalo ! y los demás me los compra la misma posadera , como suele hacerlo con otros ; y así me redondeo mi par de pesetillas , que para esa posada es una fruslería. Pero alto , que viene ella misma , pues suena ya su llávero ; pero aun me cabe el ponerme en salvamento. *Se escurre , á lo raterillo , detrás del gallinero.*

## SCENA II.

### LA POSADERA.

*Vestida á la antigua, con un lio de llaves en la mano y una cuerda debajo del brazo.*

Hoy sí que voy personalmente á registrar mi gallinero , pues cuento con un abasto muy jentil y voy á ser dichosa. Llenaré mi canastillo, y la muchacha me ha traído ya el cesto

grande colmado del campo. Es todavía de madrugada , y una mujer hacendosa ha de ser madrugadora , para que no haya desman en la posada. (*Abre el gallinero con su llave y se mete allí dentro.*) Todo está corriente y con arreglo á mi policía. Todos los ponederos están numerados, como las casas en la aldea... Pero ¡cielos!.. ¿qué es esto? ¿el número 1 está vacío? Vaya que la tal gallinita me es harto floja ponedora... ¿Cómo? el número 2 tambien vacío? de poco provecho es sin duda esa dama. El número 3 es otro desempeño , pues todos los dias me regala su huevo. ¡Ay! ¿cargó con él la abubilla? ¿con qué tambien vacío? ¡Ay desdichada de mí! (*Se desazona y enardece mas y mas.*) Número 4 , nada; número 5... otro tanto; número 6... nada y mas nada; número 7 , siempre nada; 8... sigue la na-

da; 9, lo dicho nada; número 10, igualmente nada. Esto es una desesperacion; la ira se me sube á la cabeza como al pavo grande. (*Con voz sosegada y dolorosa.*) Mas desventuras, la pollita del alma está ahí agachada, solitaria y mohina, como si estuviese mudando. No acierta á menearse; voy á sacarla á buenas luces. (*Sale con ese intento.*) ¡Ay, animalito mio! enfermilla estás; no vives tú dos dias. Pues corriente; ¿masoma por ahí algun huésped se la planto asadita en la morra, y nada vamos á perder.

Pero sigamos con nuestra reseña de los nidos. (*Se vuelve con la gallina al gallinero, y va siempre encolerizándose mas.*) Números 12... 13... 14... 15... todos vacíos; igualmente 16... 17... 18... 19... los... números patentes y aventajados; no hay escepcion entre tantísimos nidos; nada han perdonado; ya va por tercera vez en este

mismo mes (*saliendo fuera.*), que salgo escueta; ¡ me arrancaría todo el cabello ! ¡ voy á rebentar de coraje ! para nada necesitaba yo por cierto aquí todo este canasto. *Lo arroja.*

Ahora que me digan cómo puede ser esto; no cabe acertarlo. Sin embargo despues de echar el resto en todos los medios imaginables para descubrir al malvado raterillo de mis huevos; nada, todo ha sido en balde. Tengo dadas una docena de pesetillas á mi anciano pastor Félix por conjurarme el ratero, y me dice... ya lo ha hecho; y en resumidas cuentas volaron los huevos y el dinero. Pero tú, rabadán del diablo, espera, embustero, engañoso... preséntateme si te atreves... que llevarás un coscorron con todo mi llavero; y te enseñaré á decir verdad por todos los días de tu vida. Bribon, estafador. *Está amenazando á diestro y siniestro con su lió*

*de llaves, y al asomar el señor del Prado entre la cerca, á poco mas le descarga junto á la nariz.*

### ESCENA III.

PRADO Y LA POSADERA.

PRADO.

*Vestido de verde con su escopeta, siendo de traza aseñorada, y aun cuando habla acalorado, guarda decoro.*  
 ¿Qué es este señora? ¿qué traeis contra mí? Este es un saludo y un agasajo muy malo para personas bien educadas. Siempre os habia conceptuado por mujer arreglada, atenta y fina. Con que tendré tambien que mudar de temple, y quedaremos pagados.

POSADERA.

¡Ay cielo santo! (*dando un bote*).  
 ¿Sois vos? Medio muerta estoy (*se le inclina muchísimo*). Ya podeis perdo-

nar , señor mio... Juro y perjuro á la faz de todos los cielos , que no las tenia con vos, sino con Félix, el zagal vuestro.

PRADO.

Pero , aun cuando sea así , que las hayais con Felix , no venia al caso el tratarlo con esos dichos tan honoríficos ; pues no corresponden tales acaloramientos á las hembras , de suyo mas apacibles. Y tampoco me cabe en la cabeza que un mozo tan cuerdo os haya podido agraviar en vuestros términos ; vamos á ver en qué se da ese arrebató.

POSADERA.

*Toda azorada.* No , nada , nada absolutamente traigo contra él.

PRADO.

Pues ¿ á qué viene el injuriarle tanto ? Tengo que saber el motivo ; vamos , decidlo sin demora.

Temo el destemplanos , pues viene á ser un lance ajeno de vuestro carácter , pero me hago cargo de que me he puesto ya en la precision de referirlo. Han dado hace una temporada en robarme los huevos ; encargué á vuestro pastor que me descubriese al ratero ; me prometió hacerlo así , mediante el agasajo de una docena de pesetillas... el cumplirlo así. Me encargó que dejase á los ponederos los huevos de la víspera en un encerrado gran parte de esta noche en el gallinero consumiéndome mas de media libra de velas , hasta que por fin , aburrido con tanta centinela , se marchó diciendo : « Hacedos cargo , señora posadera , de que el raterillo ha caido en la cuenta , y no es capaz de llevarse ya mas huevos. » Lo creí y le gratifiqué de sobras ; pero ¿ qué sucede ? ahí es nada , que

volaron los huevos y el dinero tras ellos; y en cuanto al ladron, ni lo he visto ni oido... Por tanto tengo que suplicaros mandeis al pastor me devuelva mi dinero.

## PRADO.

Ante todo hay que aclarar el asunto; pero sosegaos entretanto... Por otra parte, llego ahora de la caza, y no he querido desayunarme sin tirar antes á alguna liebre ó cojer una zorra; y así tengo el estómago vacío; con que á ver si habria por ahí algo de provecho.

## POSADERA.

*Con fachenda y á voces.* De todo hay en mi despensa; con que vuestra boca será medida, pues cocina y bodega al par están surtidas. Todo el señorío que frecuenta la campiña para aquí. Primor y baratura se hallan aquí como en ninguna otra parte... sin que sea jactancia... ¡viva el Ganoso dorado!

PRADO.

*Con risa ladina.* Parece que os engreis con el dictado del Ganso de oro.

POSADERA.

No por cierto; yo apetecería que se intitulase el ángel de oro; (*inclinándose toda complacida*) pero no hay deseo cumplido... Mas entretanto me tengo por muy favorecida en que vengais por primera vez á honrar esta casa. Pero á ver, ¿en qué podemos servirlos?.. ¿Será alguna taza de café?.. corriente; nada de achicoria, de patatatas ni de zanahorias.

PRADO.

Sin embargo, me han dicho que con eso servis siempre lo mismo á vuestros huéspedes, variándolo tan solo de modo que dañe á la salud... pero en suma, ¿qué es lo que tenéis?

POSADERA.

Voy por un vasito de Málaga, que es muy especial para el estómago; ó si no, traeré un frasquillo del Rin, ó de otros vinos jenerosos, que todos celebran hasta lo sumo.

PRADO.

Cuantos vinos de acá he llegado á catar me han causado alguna desazon, poniéndome ajaquecado; cuanto mas que no pruebo el vino por la madrugada. Pero en suma; ¿qué es lo que hay en casa?

POSADERA.

Huevos no tengo, pero ya caigo un pollo asado será lo mejorcito; intento he cebado uno para la llegada de huéspedes de cuenta; está mechado y rebosa de enjundia como un capon; voy á asarlo, y con él pegará mejor el vasito de vino. Voy á legollar el pollo, asarlo, rezumarlo de limon, y estará delicadísimo.

PRADO.

Nada de todo eso , patrona , pues en vez del pollo, venga un par de huevos; refuerzo que agradecerá mi estómago mucho mas.

POSADERA.

Cabalmente es hoy el dia mas aciago de toda mi vida. No me cabe duda en que al salir de casa hoy , he movido antes el pié izquierdo del umbral de la puerta. Con suma vergüenza mia tengo que confesar como no hay un solo huevo en toda mi casa.

PRADO.

*Con acaloramiento decoroso.* Pues eso es lo que me hace al caso, y pues que teneis siempre cuanto cabe apetecer... ahora quiero un desdichado par de huevos , y no lo hay. Esto si que es hospedaje primoroso... Primero y último dia que pongo los piés en esta casa. *En ademan de irse.*

POSADERA.

¡Cielo santo ! ¿ Me hariais la afrenta de marcharos de mi casa sin tomar algo ? antes mil veces la sepultura. Me ha sobrevenido una desventura en<sup>o</sup> cuanto á mis huevos de que podeis estar ya enterado ; como que mi estrella me persigue de muerte sobre ese punto. Mas voy corriendo á la vecina... por mas que me sea este paso vergonzoso... para que me preste un par de huevos... Ma... ay que está aquí Lúcas, el muchacho de mi huevo, con su canasto de huevos

PRADO.

Haced pues vuestra compra tan oportuna, y voy entretanto á mirar un rato desde esa loma á mis segadores, por aquello de hacienda, tu amo te vea. Ya queda segada la segunda mitad del campo; así hubiera podido sembrar tambien la primera y tenerla en punto de siega.

**ESCENA IV.**

**LUCAS Y LA POSADERA.**

POSADERA.

*Voceando.* Vamos, Lucas, anda vivo.

LUCAS.

*Con un manojo de paja en la cabeza, y al hombro un varapalo, de donde le cuelga el cesto de huevo.* Buenos dias, posadera. ¿Me comprais algunos huevos?

POSADERA.

¡Egas muy á punto, como el lobo de la fábula.

LUCAS.

¿Y porqué no ha de ser mas bien como la fábula de la zorra?

POSADERA.

Corriente, si tus huevos son del baratillo, cargo con todos.

LUCAS.

¿Qué se entiende? Voy de camino

para la ciudad, y allí en el día de mercado semanal he de vender unos huevazos tan crecidos á precio muy alto. En fin no hay mas que verlos. (*Destapa el cesto.*) No los ponen seguramente vuestras gallinas tan gruesos y hermosos.

POSADERA.

¿Cómo no? esos vienen á ser huevecillos de paloma al lado de los que ponen mis gallinas... (*Coje algunos y los está mirando con ahir.*) ¿Supongo que serán frescos? y entonces tomaré media docena por real y me

LUCAS.

Están todos recién puestos, como que yo mismo los acabo de sacar de los ponederos; en fin cinco tan solos os daré por el real y medio.

POSADERA.

A ese precio en la ciudad los compraría.

LUCAS.

Corriente, andad á la ciudad y compradlos, pues lo merece el asunto, y os será muy provechoso el viaje.

POSADERA.

Si tales son tus ganancias, luego te enriquecerás con tu tráfico.

LUCAS.

Desde luego; es ciertísimo (*socarronamente*), como que robo mis huevos, y de cada real que saco me queda otro muy redondo de utilidad, como vos de cada azumbre de vino sacáis también una azumbre de provecho; pero acá de nuestro trato nada nos ha de quedar. Pasarle bien. *Se marcha.*

POSADERA.

Si yo no necesitase los huevos con tanta precision, ya se pudiera ir por la posta. (*Le vocea.*) Ola, Lucas, vuelve, y véndemelos. Voy á traerte el dinero. *Se mete los huevos en el delantal.*

LUCAS.

Con que ya tenemos el cesto vacío. Es un primor como va el mundo ; no hay como verse luego el canasto desocupado... (*Al soslayo*) y otros rabian cuando no hallan mas que aire en sus chismes.

**ESCENA V.**

PRADO Y DICHOS.

PRADO.

¿Con qué está ya cerrado el contrato? vengan pues cuanto antes a la mesa esos huevos.

POSADERA.

Tened un poquillo de paciencia, pues en dos padres nuestros están los huevos corrientes. *Se mete en casa.*

LUCAS.

*Se retira algunos pasos respetuosamente y está con el sombrero en la mano.*

PRADO.

*Después de mirar con algun ahinco á Lucas , prorumpe para sí. El tal muchachuelo se me antoja un perillan de cuenta. Cabe muy bien que él sea el raterillo consabido ; en fin allá veremos. ( Dando paseos. )* Pero me vuela esto de haber olvidado mi caja, pues he tanteado y revuelto mi faltriquera, sin poder dar con ella. ¡Qué necedad esta de esclavizarse con urgencias superfluas !

POSADERA.

*Saliedo. Vamos , Lucas , aquí tienes tu dinero. Ahí es nada ; un puñado llevas.*

LUCAS.

*Abulta á millares, como que es todo faramalla.*

POSADERA.

*Sin hacer alto al señor del Prado. Puedo serviros con tabaco , y de lo mas esquisito ( Con mucho rendimiento. ) en todo y por todo.*

PRADO.

Nada vale ese tabaco, y si no le sobrepujan los huevos, medrados estamos. Vamos, vengan del fuego cuanto antes.

POSADERA.

¿Me teneis por alguna cocinera de plomo? pues al contrario, me precio de ser en extremo espedita. Vendrán los huevos por la posta.

LUCAS.

*Mientras está contando el dinero.*  
Me faltan de la cuenta tres cuartos y medio.

POSADERA.

Vuelve á contar el dinero, y á fe que está cabal; que yo por supuesto á nadie doy un ochavo de mas, pero tampoco de menos. *Se mete en casa.*

PRADO.

Tú, Lucas, corre y sube al castillo; tráeme la caja, y habrá para un trago.

LUCAS.

Voy allá corriendo , como si fuese tras una zorra. *Echa á correr.*

## ESCENA VI.

PRADO Y POSADERA.

POSADERA.

*Con el mantel.* Luego están corrientes los huevos (*Cubriendo la mesa*). Vaya un mantelillo de damasco , con su servilleta; luego el salerico de plata de siete onzas ; su parejilla para la pimienta , con su cucharita de café y su hechura esquisita... cuchillo con su mango de ébano , y ahí su copa muy linda de porcelana para colocar el huevo.

PRADO.

¡ Válgame Dios, cuánto aparato ahí para todo un par de huevos ! como si se tratase del almuerzo de un príncipe... pero ¿ no se han de endurecer

los huevos no estando á la vista , y metiendo aquí tanta cháchara?

POSADERA.

*Marchándose y hablando las últimas palabras ya dentro.* Puedo andar yendo y viniendo, y ahí está la maestría en acudir á todo , guisando , poniendo la mesa y sirviendo , sin malograr un minuto. (*Sale con los huevos.*) Aquí están pintiparados.

PRADO.

Ahora vamos á ver la muestra de paño de ese primor cocinero. *Se sienta á la mesa y abre un huevo.*

POSADERA.

Siempre habeis de estar chanceando. eso de cocer un par de huevos al cabo es una fruslería; mas no los aciertan todos; á mí nunca se me desgracian.

PRADO.

Pues por esta vez conceptúo que no los habeis acertado. Durísimos están

los huevos, pero menos malos que blandujos. Pero.... con trescientos diablos, ¿qué viene á ser esto? ¿qué huevos tan pestíferos me traéis aquí?

POSADERA.

*Asustada.* ¡Cielo santo! ¿á ver qué es lo que les falta?

PRADO.

Venid y ved por vuestros mismos ojos; aquí hay un pelazo de á vara, de crin de caballo.

POSADERA.

*Aun mas atónita.* ¿Un pelo dentro del huevo? Vamos; no cabe eso, pues no he visto ni oído tal en mi vida. Voy á mirarlo... (*Se pone los anteojos.*) Cierto y muy cierto: ¡un pelazo negro, recio y larguísimo! Me estremezco. Que me vengan ahora diciendo que no hay hechicerías. A fe que está aquí bien patente; y si no, que me digan de donde viene á salir este pelo dentro del huevo; en verdad que

la chanza se pasaria de la raya. Vamos ; habréis metido ahí con vuestra habilidad el pelo en ese huevo abierto. Voy á experimentar con el otro, y ante todo miro muy de intento si está la cáscara intacta y cabalita; nada, muy corriente y moliente. (*Abre toda trémula el huevo y prorumpe gritando.*) ¡Así Dios me ayude, aquí hay otro pelo ! Este es un lance horroso.

## PRADO.

Mal haya quien pone los pies en esta casa. Ahora sí que voy creyendo ya en hechicerías... y aun me hab maliciado de vos que sin globos haciais algun viajecillo por los aires , y así voy creyendo que me habeis embrujado los huevos ; pero corriente , á ver cómo me hechizais tambien este par de huevos. (*Le planta junto á la cara un huevo colgando de un pelo.*) A ver , lucid vuestras habilidades.

POSADERA.

*Cejando y resistiéndose á voces y con ambas manos.* Ni por el mundo entero, ni aunque me maten. Ese huevo es capaz de barrenarme el corazón. No puede ser natural, sino diabólico; pero estoy en eso tan inocente como un recién nacido. No me acerco mas á semejante huevo. Aquí pudiera ver el incrédulo Tomás y desengañarse de como hay efectivamente hechicerías. Pero lo que es yo, no lo toco mas. Podrá ser aparente, *per* yo estoy toda temblando de piés y cabeza. *Se deja caer sobre un banco,* con los brazos descolgados está como desmayada.

PRADO.

*Riéndose para consigo.* En cuanto al parasismo, no hay que pasar mucho cuidado. (*Alto.*) Vamos, vamos, que esto de privarse, ó de morirse, no viene al caso. Si no quereis ma-

maros el huevo , voy á daros otro consejo.

POSADERA.

*Con voz apocada.* ¡Ay de mí!... ¡ay! ¡ay!... ¿ á ver qué consejo ?

### ESCENA VII.

LUCAS Y DICHOS.

LUCAS.

Aquí está la caja ; con que á ver si he ganado esos cuartos para un trago.

PRADO.

Corriente , perillan ; espera un puquillo. *Se mete en la casa.*

POSADERA.

*Levantándose y puesta de jarras contra Lucas.* Tengo que hablar dos palabritas contigo, pues eres para mí un precioso dije.

LUCAS.

Desde luego ; por tan primoroso

me tengo acá por mi parte como allá la preciosa posadera por la suya.

POSADERA.

Pero tú eres para mí un primito muy lindo.

LUCAS.

¡Con que sois mi prima del alma!

POSADERA.

¡Engañarme de semejante modo!  
¡torearme con tales huevos! y tú sabes muy bien quien soy.

LUCAS.

Ya, la posadera del Ganso dorado.  
(*Aparte*) Rica en pesetas, pero escasa de alcances.

POSADERA.

¿No me debeis mil finezas, así tú como todos los tuyos? Dime tú mismo, ¿qué es lo que tengo hecho con vosotros sino muchos beneficios?

LUCAS.

¿Tratais de ajustar cuentas conmigo, como las tendréis allá fraguadas?

en vuestra tabla negra? Vos lo sabeis, mas yo encomiendo al diablo la fineza vuestra que acierto á recordar.

POSADERA.

¿No he honrado siempre sobremañera á vuestro padre? con que siempre que ha venido en busca de cerveza, ¿no lo he agasajado con un polvo de mi caja de plata?

LUCAS.

¡De la caja de plata!... vaya que fué dádiva cuantiosa, mi posadera dorada (*Aparte*) del Ganso.

POSADERA.

Pues sí, sí: como que desde entonces siempre cargaba con su polvo, y como que se arrodillaba con los dedos... (*Lo remeda.*) tan tiesos, hincándolos en la caja, y tomando un sorbeton tremendo.

LUCAS.

Era á la verdad un obsequio de honra y provecho; y así hariais es-

tornudar á mi padre , cachit..... pero vamos á ver, ¿cuál es la fineza que tambien habeis franqueado á mi madre ? ¿ acaso el darle los buenos dias?

POSADERA.

A tú madre, mozuelo deslenguado, ¿ no le regalé mi vestido ya usado con su encaje de algodón finísimo ?

LUCAS.

Por supuesto , como que habia de ir á parar á manos del trapero; y como que estaba acribillado de modo que todos los gatos del mundo no agarrasen por él un ratoncillo.

POSADERA.

El infame y malvado raterillo tiene un hocico mas afilado que navaja de afeitar.

LUCAS.

*Aparte.* Por lo mismo , he madrugado hoy, para venir á desbarbar á la posadera... Vamos á ver ahora cuáles han sido vuestras finezas para conmi-

go ; ¿ será porqué del jornal que empleé en sacharos la hortaliza, me rehusasteis un tercio contra toda razon y conciencia ?

POSADERA.

*Enmudece y toma un polvo.*

LUCAS.

Con que no olvidar fineza alguna de las vuestras; y ante todo á ver, venga acá un polvito de esa caja de plata, y así luego podréis cacarear en extremo tan precioso agasajo. *Quiere tomar.*

POSADERA.

*Le aparta la mano.*

## ESCENA VIII.

PRADO Y DICHOS.

PRADO.

*Con un látigo debajo del brazo.* Por lo visto, voló felizmente ya el desmayo, y pronto os habeis recobrado;

pero, posadera, no saldréis bien librada con este malvado muchacho. (*Con muchas veras.*) Ven acá, mozo, y respóndeme. Ponte aquí; mírame á los ojos. Vamos pronto... y si no... (*Enarbolando el látigo.*) Cuidado; respóndeme. De dónde has sacado esos huevos que acabas de vender á la posadera?

LUCAS.

*Atónito.* ¿Esos huevos?... ¡ santos cielos! ¿Pues qué no son frescos y buenos?

POSADERA.

¡ Lindos huevos por mi hermoso y sonante dinero! ¡ Huevos de todos los infiernos! ¡ parto de alguna bruja!

PRADO.

Callad, posadera, y dejadme hablar... Tú allá en tu casa, aunque traficas en huevos, no tienes gallinas; me consta. Con que, ¿dónde has comprado los huevos? Dilo, para hacer llamar aquí al instante á la campesina vendedora.

POSADERA.

Así va bien; pues la mujer de quien el muchacho ha traído los huevos será alguna bruja, y habrá que quemarla.

PRADO.

En ese caso, hay que pegaros fuego á vos misma.

POSADERA.

¿Cómo?... ¿á mí?... ¿por dónde?... ¿yo quemada?... ¿por qué causa?... nada alcanzo de lo que me estais diciendo.

PRADO.

Luego quedaréis enterada; y vamos callando, parlanchina del diablo. Vamos, dí tú, ¿dónde has comprado los huevos?

POSADERA.

Los huevos embrujados que están ahí. (*Presentándole el plato con los huevos.*) Mira, mira; pelos largos como

el brazo y gruesos como un canto de peseta. ¡ Ay!... me horrorizan.

LUCAS.

Sean lo que fueren, yo nada tengo que ver en eso.

POSADERA.

Ola, ¿que te flaquea ya la maldad? Irás á parar al hospicio, ó á un presidio.

PRADO.

*Con enojo desviándose de ella.* ¿Con que el ganso ha de estar ahí mas y mas graznando? Callad, posadera. Vamos al intento. Dime, haragan; donde has robado esos huevos me consta; es asunto averiguado para mí. Vamos, confiésalo, ó si no, te azoto hasta que te clarees y te pongas trasparente. ¿De dónde has sacado esos huevos?

LUCAS.

*Todo lloroso.* De ahí... de ahí... del gallinero de la posadera.

POSADERA.

*Toda desatinada.* ¡ Ha, bribon re-  
matado! escapado de la horca; ratero  
infame de mis huevos. ¡ Robármelos;  
para luego venir á vendérmelos á mí  
misma! Devuélveme mis reales.... y  
si no...

LUCAS.

Ahí están; dejadme en paz.

POSADERA.

*Lo agarra por los cabellos.* Te he  
de arrancar los ojos; te voy á retor-  
cer el cuello; lo sacude.

PRADO.

No tanta furia; soltadlo.

POSADERA.

¿ Soltarlo? nada de eso. Se le debe  
azotar y sacar á la vergüenza, para  
luego ahorcarlo.

PRADO.

¿ No acabaréis con tanta chácara  
y tanto graznido? Os mando que ca-  
lleis; y nada hay que apuntarme pa-

ra disponer el escarmiento de este malvado, pues lo tomo á mi cargo.

POSADERA.

Por ahora me cobré de estos últimos reales. (*Encolerizándose mas y mas.*) ¿Y el dinero de los demás huevos robados? Pronto con él aquí; ahora mismo.

PRADO.

Os mando por la última vez que calleis.

POSADERA.

*Lamentándose.* ¡Ay qué mujer tan desventurada soy en todo! No me atrevo á recapacitarlo. ¡Los huevos son de mi gallinero. ¡Con que estarán embrujadas todas mis gallinas, una vez que ponen semejantes huevos, sin embargo de que estoy siempre escupiendo por mis cuabras!

PRADO.

Callad, mujer necia y disparatada; os voy á desengañar, descubriéndoos

el secreto del pelo que visteis pasmada dentro del huevo... Anduvisteis solicitando de mi mayoral Félix que os preservase las cuadras de toda hechicería. El discreto Félix no quiso comprometerse en semejante intento, que sabe aborrezco yo de muerte. Hace dos dias tuvisteis la ocurrencia de encargár á Félix que conjurase vuestras cuadras; y el honrado mozo me dió cuenta, manifestándome al propio tiempo que se maliciaba quien era el ratero de los huevos. Quiso antes cerciorarse, y luego entablar una trampa á fin de llegar descubrir al autor del robo. Le aconsejé que con una aguja delgada fuese agujereando los huevos, de modo que ni la vista mas perspicaz hiciese alto en el embuste, y luego pasase por los agujeritos un pelo de clin de los mas largos; pues conceptuaba yo que señalando cada huevo sin que el peri-

llan lo echase de ver , el comprador de los huevos, ya fuese la posadera ó cualquiera que llegase al mercado, alborotaria con la novedad ; por donde se descubriría el ratero, sin que pudiese negar su robo. Parecióle de perlas mi pensamiento al mayoral, se encerró en el gallinero, y fué señalando , con pretexto de conjurar al ladron, cada huevo con el artificio sobredicho. Con este antecedente madrugué y vine á pedir un par de huevos... esperando de que fuesen los huevos de los consabidos. El resultado ha sido cual yo apetecía, señora posadera, para desengañaros á vos de vuestra preocupacion y escarmentar debidamente al ratero de los huevos.

LUCAS.

*Rascándose por detrás de la oreja.*  
A ti. . á ti... esto ha sido á la zorra  
candilazo.

## POSADERA.

*Muy quedito.* ¿Con que hay todo eso? Vaya, vaya; no lo habia maliciado. Anduve sospechando por aquí, por acullá. Tan pronto me figuré que los criados eran mis rateros... tan pronto culpaba á la muchacha... acá en mi interior... del huevero. Y luego apenas vi el pelo en el huevo, tuve á mi maciza vecina, la molinera antigua... Dios me lo perdone... por una bruja. Puede una equivocarse, pues todas somos criaturas flacas. Pero les vuelvo el honor á todas.

## PRADO.

La ira y la preocupacion suelen darse la mano, y por tanto es tan perniciosa toda supersticion; pues no solo descamina el entendimiento, sino que malea, descasta y empederneck el corazon. Ya estais viendo, mas claro que el mediodía, que esas aprensiones de brujerías, conjuros y de-

más no son mas que necedades rematadas. En acercando la luz á todos esos historiones portentosos y artificiales, tras su embeleso y liviandad, queda el ánimo chasqueado con tanto engaño y descarrío. Ya quedais enterada.

POSADERA.

Eso sí, pero me alegro en el alma de que se haya descubierto al rate-rillo. Se tenía por mas astuto que una zorra, y supe que me andaba llamando gansa: pero ahora el ganso dió un alcance á la zorra.

PRADO.

Sí, pero con la ayuda de otros; y en fin vamos callando.. Mas tú, tramposillo y rateruelo, te has manejado torpísimamente; pero, aun malvado como eres, te estoy compadeciendo. A la verdad, es una lástima, pues así despejado como eres, si no tuvieses ya estragado el corazon, pudieras lo-

grar fortuna en el mundo ; mas por el rumbo que llevas , tu paradero ha de ser la horca ; con que así trata de enmendarte y de eufrenar tus apetitos , pues ya estás viendo cuan pronto salen á luz los robos , y como el ratero mas taimado queda con la menor cosilla descubierta ; como que un pelo ha sido suficiente para poner en claro ese robo tuyo tan solapado.

POSADERA.

Es muy cierto , y la verdad debe decirse ; y si el señor del Prado no quiere oirme , lo diré á voces á todas las jentes. (*Hácia el auditorio.*) No hay tejido tan fino , que al sol no se le vea el hilo.

PRADO.

Y tú , ratero , para que no olvides mi amonestacion , te voy á recetar un remedio , pues por la misma gatera de donde sacaste los huevos , tie-

nes que meterte de nuevo para escarmiento del robo.

POSADERA.

Ya estoy ansiando que lo haga, que yo tendré bien cerrado y guardado mi gallinero.

PRADO.

Yo quisiera que tuvierais todavía mas bien cerrados esos labios. (*A Lucas amenazándole con el látigo.*) Vamos luego, y si no, yo te pondré los piés...

LUCAS.

*Va andando despacio y cabizbajo hacia el gallinero, y pone la tablita soslayada.*

POSADERA.

¿Cómo?... ya está el perillan dentro... ¿mientras yo me guardaba la llave del gallinero debajo de la almohada?... vaya, ya veo que es forzoso llevar los ojos en la mano, y escu-

driñarlo todo, para que no la engañen y roben á una...

PRADO.

¿ Con que á ver ; (*A Lucas.*) ¿ despachas pronto ?... vamos dentro...

LUCAS.

*Gatea por el agujero y chilla por los latigazos que Prado le descarga.* No robaré mas... ¡Ay de mí !... ¡ay de mí !... no... no... nunca mas.

POSADERA.

*Palmoteando.* Eso me gusta. Los latigazos son sumamente saludables. Ahí no se da golpe en vago; á las mil maravillas... (*Repone la tabla.*) Y queda la zorra en la trampa.

## ESCENA IX.

PRADO Y POSADERA.

PRADO.

En tres dias no me ha de salir de ahí.

## POSADERA.

Corriente, y á mis gallinas, que ahora andan por el corral, yo les proporcionaré otro dormitorio, pues si no, este zorrillo se me mamaria los huevos crudos. Voy á clavar la tabla; y entretanto me estaré aquí de centinela con el lio de mis llaves para que el ratero no vuele de aquí. Asoma no mas la cabeza, que te he de hacer en ella mas agujeros que huevos me has robado.

## PRADO.

Duro en él, si es que intenta escaparse; pero no hará tal. Fuera de eso, posadera, no hay que darle mas que pan y agua; y es de esperar que tan escelente dieta le sea provechosa... y me alegrara de que en lo sucesivo á todo chicuelo raterillo se le aplicase esta misma receta, para desarraigarle propension tan malvada... En fin os ordeno y mando de nuevo que me

... tengais rigurosamente á pan y agua.

POSADERA.

No hay cuidado; tendrá su pitanza diaria de diez á doce rebanadillas de hermoso pan de salvado , con su linda racion de agua cristalina y fresca; y esta á discrecion. Irá para allá la cuenta de este desembolso con la del par de huevos consabidos.

PRADO.

*Para sí.* Vaya que es mucha tacañería. La codicia y el interés de esta mujer es mil veces mas insufrible que su charladuría. ( *Con muchas veras y retintin.* ) Oidme , señora. Malvadamente se ha portado el ratero; pero ese modo de pensar es todavía mas indecoroso y rastrero. ¿Cómo teneis osadía para ponerme en cuenta ese par de huevos que de nada me ha servido? Tanto afan por ahuchar mas y mas tendrá por paradero el desam-

paro; esa codicia y ese flujo de contar doble, segun aquello de dos de la vela y de la vela dos , aventará los huéspedes de vuestra posada ; pues ningun viandante segundará su mansion en ella.

POSADERA.

*Toda avergonzada.* Voy á dejar este trato , pues con rateros de huevos y de todo, es un disparate el tener posada.

PRADO.

Vos teneis la culpa , pues á viandantes y jornaleros los desollais con vuestra careza y mal servicio , y sea por enojo ó por desquite , procuran dañaros de mil modos. Jente hay muy vengativa ; pero vos, señora posadera , y todas las personas tan codiciosas, sois todavía mas criminales; y así desmoralizais á la jente, porque os portais immoralmente con ella, precisando á todos á obrar mal, dándoles tan pernicioso ejemplo.

Yo tengo que atenerme á lo que me trae cuenta.

Hasta ahí corriente; como que sois de los muchos que se atienen á sus ganancias , prescindiendo del bien ó del mal ajeno , pareciéndose al usurero que está ansiando carestías y hambres para vender sus jéneros mas altos , aprovechándose de la desdicha jeneral. Vos y otros muchos dais á los viandantes comidas perniciosas y vino agrio , convirtiendo en pesetas propias la sanidad y la vida del prójimo. Un discreto retrató al vivo semejante canalla , y aun se quedó corto: « El interesado incendiará la casa del vecino para cocerse un par de huevos con aquel fuego. » ; Mal-haya tan vil ralea!

**EMA,**

O EL

**AMOR FILIAL.**

AMOR ET VERITAS

AMOR ET VERITAS

---

---

# EMA,

O EL

## AMOR FILIAL.

COMEDIA EN TRES ACTOS.

### PERSONAS.

ALINA DE VERNES, madre menesterosa.

EMA, de unos doce años.

ENRIQUE, como de ocho. } sus hijos.

ROSA, de seis.

UN PEREGRINO.

UN MEDICO.

### ACTO PRIMERO.

*Pradera entre peñascos, césped loza.*

*no y matorrales, con varias plantas y un conjunto pintoresco. Por el extremo de un lado, despeñaderos tremendos que forman allá estanques y asientos, y por el otro lado una peña que ofrece un poyo con respaldo; por detrás de un peñasco un montoncillo de astillas.*

## ESCENA I.

### LA MADRE.

*Va recojiendo astillitas desparramadas y juntándolas en el montoncillo. Suena un rato la música, compuesta principalmente de cornamusas de los Alpes.*

Basta por ahora; estoy allá oyendo la cornamusa pastoril que llama sus hatos ya satisfechos á la sombra. Sube el humo de la chocilla, y se está cocinando la comida, y así tengo que disponer tambien su comida á mis que-

ridos hijos. *(Saca pan de un cesto, una jarra de piedra, una vasija de tierra, y lo lleva todo á una mesita natural, y desmenuzando el pan, tiende la vista al sesgo hácia la lejanía).*  
 ! Con qué afán Ema y Rosita están recojiendo yerbas por la cañada! ¡pobrecitas! es tal su ahinco, que ni siquiera apartan un punto la vista. Mas no asoma Enriquillo.

## ESCENA II.

ENRIQUE, MADRE.

ENRIQUE.

*Sale por la espalda con un brazado regular de leña.*

MADRE.

¡Ay que estás aquí, Enrique mio! ya es hora de comer. *(Vocea)* Ema, Rosita, vamos, venid acá, que es ya mediodía.

ENRIQUE.

Mirad , mamá mia ; aquí están las últimas astillitas que recojimos esta mañana. ¿Estais contenta ?

MADRE.

Contentísima , Enrique mio ; sois unos niños muy diligentes.

ENRIQUE.

*Sacando de su choza pajiza un ramito de arrayan.* Mirad , he cojido para vos este ramito tan primoroso.

MADRE.

Mil gracias , niño querido ; eres muy precioso , y te amo con toda el alma.

ENRIQUE.

*Colocando sus astillas con las otras.* Por fin ya tenemos leña , y luego arrostrarémos el invierno á nuestras anchuras.

MADRE.

Por supuesto , pero ahora estarás cansado ; vaya , siéntate un ratito.

que despues del afan se hace muy halagüeño el descanso.

ENRIQUE.

*Enjugándose la frente, se sienta sobre un haz de ramaje.* ¡Cómo va ya quemando el sol! y ¡qué fresca y agradable es la sombra!

MADRE.

Ya lo estás viendo, Enrique mio, ¡cuán bondadoso es aquel Dios que crió estas ramas! En los dias ardientes, logramos este ramaje verdoso y fresco; llega el crudo invierno, y nos franquea hojas y ramas ya secas para alimentar el fuego. Es sumo portentoso este de encerrarse el fuego con su resplandor y su calorcillo, así como preso, para que su llama, sin quemarnos, este á nuestro albedrío para soltarla cuando convenga.

ENRIQUE.

Cierto, Dios todo lo ha dispuesto en la mejor forma posible.

**ESCENA III.****EMA, ROSITA Y DICHS.****EMA.**

*Con un canasto colmado de yerbas en la cabeza, y Rosita sacando con la mano el canastillo que trae debajo del brazo.*

**MADRE.**

¡Cuánta yerba! ¡Ay Ema mia! tú no habrás descansado un punto, siempre afanada en cojer y mas cojer esas yerbas; y tú, preciosa Rosita, traes tu canastillo colmado. Pequeñito es él, pero harto crecido para tus escasas fuerzas; y así ambas habeis hecho mas de lo que podiais. Aquí se está viendo cuanto puede cada, cual en haciendo todo lo que alcanzan sus fuerzas.

**EMA.**

Hemos llegado á un sitio cuajado

todo de estas únicas yerbas. El facultativo para quien las cojemos se va á complacer muchísimo, y á vos, mamá, algunas monedillas os ha de valer su venta.

MADRE.

*Cojiendo el canasto y haciéndose cargo de las plantas.* ¡ Ay qué preciosamente huelen! y ¡ qué matices tan lindos! ¡ Ay mi Dios, siempre maravilloso! ¡ Quién se habia de figurar que estas yerbas atesorasen la virtud de proporcionar la lozanía perdida á las mejillas macilentas! ¡ como tambien la de rescatar á un moribundo de la orilla del sepulcro!

EMA.

Así sucede, mamá, como lo solleis decir. Dios está aun en la ínfima yerbecilla que florece y vamos hollando; mostrándose allí tan grande y asombroso como en aquellos pinos, cuya cima trepa por las nubes.

MADRE.

*Colocando el canasto de yerbas sobre un peñasco.* Dios está bendiciendo estas plantas olorosas. Su virtud curativa reentona y enlozana al padre mas doliente y desvalido, y las madres cariñosas las van administrando á sus hijuelos enfermizos, que recobran luego su robustez y gallardía.

EMA.

Tambien os traigo acá un ramito de frambuesas, las primeras que he podido hallar.

ROSITA.

Pues yo os traigo tambien mi ramillete de flores.

MADRE.

Infinitas gracias, niñas del alma (*prueba un par de frambuesas, y huele los ramitos*). Estas preciosas muestras de cariño filial exhalan con la fruta un ámbar mas y mas subido

que cuanto pueden tener de suyo; ellas son como una ráfaga de aquel Dios adorado que, además de lo necesario y saludable, nos franquea también lo halagüeño. Gracias, repito, y sentaos por acá á la sombra para comer al instante.

ROSITA.

No tendréis que decirnoslo dos veces, como que venimos hambrientas y sedientas; y así el pan y la leche serán un regalo esquisito.

MADRE.

*Al verter la leche del tarro en los platos.* El favor de Dios es también el que saca de las yerbas y del rocío del cielo esta leche. En las flores, el césped y las plantas, campean las finezas halagüeñas de Dios. Las yerbas por las praderas, por los arroyos, cañadas y cerros, y aun por esos áridos peñascos, nos están regalando con

manjares preciosos... leche y miel...  
vida y sanidad.

ENRIQUE.

Vamos á entonar la cantilena de la  
leche antes de comer.

MADRE.

Sí, cántala, querido mio. El canto  
esplaya el ánimo, templá y enternece  
el corazón, y agrada á nuestro Dios y  
Señor.

EMA.

Y un cantar conceptuoso es tam-  
bien una plegaria. Se sientan los niños  
con las manos juntas á la mesa don-  
de está la fuente de la leche, y ento-  
nan el cantar:

¡ Qué tierna caricia  
De Dios es la leche!  
Pues hace se estreche  
Su amor con delicia.

En plato bruñido,  
Cual nieve, blanquea,  
Y en valle florido,  
Cual trébol, verdea.

Como padre y sabio,  
El pan nos regala;  
Y así nuestro labio  
Mil gracias te exhala.

ENRIQUE Y ROSITA.

*Se sientan en un poyo de la misma  
peña y van comiendo.*

EMA.

Pero, mamá querida, sentaos y comed aquí con nosotros.

MADRE.

Come, querida Ema, y regálate con tus hermanitos, pues me complazco mas en estaros mirando que en comer yo misma.

EMA.

Nada de eso, madre mia; habeis de comer con nosotros, pues sin eso, nos es el manjar muy desabrido.

ENRIQUE.

Si mamá no gusta de acompañarnos, dejamos todos la cuchara. Ahí está la mia.

MADRE.

Comed, comed, niños del alma; si la leche es cabalmente para vosotros; como que nunca tomo una cucharada.

ROSITA.

Aquí tienes, mamá mia, mi cucharita nueva; ella es harto menguada, pero muy linda. ¡Ay cómo reluce! parece de plata.

EMA.

Come tú, querida Rosita; y vos mamá, tomad mi cuchara.

ENRIQUE.

Ahora me estreno, y así tomad mi cuchara; vamos, tomadla, mamá.

MADRE.

Con vosotros, niños míos, quiero también aññarme, y así tomaré de cada cuchara un poquillo. Dame tú, Rosita preciosa, la primera cucharada.

**ESCENA IV.**

**PEREGRINO Y DICHOS.**

**ENRIQUE.**

¡ Ay madre ! ahí viene un hombre con un traje muy extraño.

**PEREGRINO.**

*Ya de edad y muy cano, pero con las mejillas lozanas, vestido de paño pardo y su esclavina; el sombrero de teja, y empuñando un bordon blanco y largo. Tanto el sombrero como la ropa están cuajados de conchas, y al costado trae una calabaza afianzada con una correa que le sirve de ceñidor.*

**EMA.**

*Levantándose.* Madre, ¿ qué hombre es ese ? Jamás vi semejante traza.

**MADRE.**

Es un peregrino que va de romería, y sin duda viene atravesando estas sierras.

ROSITA.

*Corre á su madre y vocea.* ¡Ay mamá! yo estoy asustada con ese hombre; decidle que siga su camino.

PEREGRINO.

A la paz de Dios, queridos míos; así el Señor os bendiga; (*A Rosita*) y tú, linda niña, no tienes que gritar ni asustarte; yo soy un pobrecillo que á nadie hago daño. He venido á estraviarme por la serranía, y me muero de sed y de hambre. Dadme un mendrugo para aplacar el hambre, y un sorbo de leche para refrescarme un poco la lengua; pues la calabaza que traigo aquí al cinto está vacía.

MADRE.

Así os salude Dios, peregrino, y sed muy bien llegado de huesped: con que, niños, á ver, ¿qué os parece? Enrique, habla tú primero. ¿Qué hemos de hacer?

ENRIQUE.

Que coma con nosotros.

MADRE.

¿Y tú, Rosita, que dices?

ROSITA.

Que coma ahí con Ema y Enrique; pues yo no me arrimo á él, que me estoy aquí con mi madre.

MADRE.

¿Y podré preguntarte á ti, Ema?

EMA.

Se me antoja que os adivino el pensamiento, madre mía, y creo que mis hermanitos me acompañan. (*Toma el plato, luego una cuchara, y brinda con uno y otro al peregrino*). Tomad, hermanito, y recrearos.

PEREGRINO.

¿Cómo? ¿Me quieres regalar nada menos que la comida casi intacta? No cierto, eso no cabe, pues entonces, os traspasaba yo mi sed y mi hambre.

ENRIQUE.

No, ya tenemos ahí pan suficiente; y en cuanto á sed, ahí nos corre una fuentequilla fresca y cristalina.

PEREGRINO.

Por ningun caso he de venir á defraudaros; pues mi ánimo ha sido hacer una prueba de vuestra caridad... y ahora quedo ya muy enterado de vuestra sensibilidad benéfica.

EMA.

Hermanito mio, no hay que menospreciar lo que la caridad cristiana os ofrece. Nos dais un mal rato con no comer, vamos, comed... dadnos ese gusto.

MADRE.

Aun queda leche en el tarro; Enrique, tráeme el plato grande, sácalo del cesto.

ENRIQUE.

*Trae el plato y recibe en él la leche que vierte la madre.*

MADRE.

Refrescaos con esta leche, buen anciano. (*Le corta de la hogaza una rebanada*). Ahí teneis vuestro pan.

PEREGRINO.

Con mil amores; y tantísimas gracias por ese agasajo con un anciano forastero; pero estoy causadísimo.

ENRIQUE.

Sentaos en nuestro canapé de piedra.

PEREGRINO.

Corriente, voy á sentarme en ese peñasco, y á saborear vuestro regalo. (*Se sienta en el poyo natural y deja el sombrero á s lado.*)

MADRE.

Desahogaos cuanto querais; venga ese bordon. *Lo arrima á una peña.*

EMA.

*Reponiendo el plato de la leche sobre la mesa de piedra.* Vamos, niños, volved á sentaros, y sigamos comiendo.

ENRIQUE Y ROSITA.

*Se sientan junto á Ema, y comen con ella, mientras la madre está hablando con el peregrino.*

PEREGRINO.

*Mientras bebe, clava la vista en la madre.* No siempre habeis vivido con tanta estrechez, y habeis logrado otros tiempos mas afortunados; pues vuestra habla, traje y modales harto demuestran una educacion nada vulgar. ¿No estais mal hallada con tener que recojer, con esas manos finas, hastillitas para luego llevarlas al hombro hasta vuestra casa?

MADRE.

No por cierto, puesto que allá el Sumo Dios lo dispuso de este modo; y así entrego, sin quejarme, toda mi voluntad en manos de la suya.

PEREGRINO.

¿Y cómo habeis venido á parar en ese estado infeliz?..... Disimulad la

pregunta á quien se interesa muchísimo por vos.

MADRE.

Hallábase mi amado esposo de administrador en aquellas herrerías de allende esa sierra, y falleció en la última otoñada; sus cenizas descansan á una milla de aquí, en el cementerio de una aldea. Yo y mis niños dejamos regado su sepulcro con lágrimas, y siempre vamos á visitarlo. (*Se enjuga el llanto callando un rato*). Con su escasa renta, á pesar de nuestra economía, poco pudo dejarnos. Murió... debo así decirlo... pobre.

PEREGRINO.

Eso mismo está demostrando su honradez... Pero no puede menos de haberos quedado vuestra viudedad para subsistir con vuestros niños.

MADRE.

Es á la verdad escasísima, y tenemos que ayudarnos cuanto nos es

dable. Tuve que evacuar al momento, con mis niños, la vivienda del empleo, donde largos años habíamos vivido felices. ¡Ay! ¡cuántas lágrimas nos costó aquel paso! Con el residuo de mis escasas facultades, cercenadas todavía con la enfermedad, testamentaría y entierro, vine á comprar un cortijillo, ó mas bien chocita, con su prado y una vaca. No alcanzamos á comprar la leña precisa, por cuanto el consumo de la herrería la está encareciendo por cada dia; y así en el estío tenemos que ir agolpando las astillas secas que la caridad del guarda nos permite recojer. Mis niños arrancan tambien yerbecillas para un facultativo que suele andar de cuando en cuando por estas sierras. Hilamos en la invernada, pero el producto de la hilaza es reácidísimo por estas montañas.

PEREGRINO.

Os compadezco en verdad con toda mi alma.

MADRE.

No es sin embargo nuestra suerte tan cruda como aparece, por cuanto estamos bien hallados con ella. El asan, la conformidad y nuestra confianza en Dios, el cariño y la hermandad truecan en rica nuestra probrísima choza. Mis niños me acarrean mil recreos y me hacen trascordar todos mis quebrantos.

PEREGRINO.

*Todo conmovido.* Ya lo estoy viendo, pues desde luego he presenciado el cariño entrañable de vuestros niños. Este impensado extravío por tales serranías ha venido á proporcionarme tan precioso descubrimiento. Peñascos grandiosos y encumbrados y allá encastillados por mano del Tolopoderoso, con cañadas pintorescas

y floridas; derrumbaderos de agua en tela blanquísima contrapuesta á los matizados iris que la arquean, y por fin en la lejanía, cimas nevadas, que ya con el sonrosado de la aurora, ya con los dorados arreboles del ocaso, tramontan los ámbitos del azulado cielo.... pero la naturaleza entera no atesora perspectiva mas sublime que la de este mutuo cariño maternal y filial que estoy aquí presenciando. Sois madre venturosa, pero yo... (*suspira estrañablemente*) soy, en co-tejo vuestro, un menesteroso, un desdichado.

## MADRE.

Os compadezco, pues se hace doloroso el tener que ir en la ancianidad vagando por ese mundo; pero puesto que abarcais con vuestro ánimo grandioso los primores y la inmensidad de las maravillas del Señor en la naturaleza, no debe encarna-

ros tanto en el corazon esa pobreza.

PEREGRINO.

¿Pobreza?... esa es mi menor angustia; pero puesto que sois tan bondadosa y caritativa, voy á franquearos de par en par las interioridades de mi pecho. Soy un padre desventurado... (*llorando amargamente*) el hijo mio único me fué ingrato... En estremó doloroso es para un anciano con tanta cana el estar derramando tales lágrimas... Era yo rico, y tras pasé á mi hijo cuanto tenia; y luego tan solo me correspondió con maldades... Apenas el ingrato se posesionó de mis bienes, me miró con desvío, mostrándose ajeno de todo cariño y miramiento. En la mesa me estaba contando los bocados, llegando su crueldad á arrojarme de mi propio albergue. ¡ Ah! ¡ cuán amorosos á porfía os son esos tiernos niños! pues rebosando de afecto, no

tratan de comer por acudir á vuestro apetito. Ese cariño con vos me está penetrando hasta lo íntimo de mis entrañas : extremo opuesto al de aquel malvado hijo mio.

ENRIQUE.

*Se levanta, y adelantándose á la madre.* ¿Quereis que mientras el huésped se está comiendo el pan y la leche le entonemos sus alabanzas? con eso volverémos luego á nuestra faena.

PEREGRINO.

Sí por cierto, niños preciosos; ese cántico lozano é inocente despejará mi ánimo angustiado. Harto halagüeño me sonó vuestro cantar por esa cañada, y fué el iman que me guió á este paraje.

MADRE Y NIÑOS.

*Cantan vueltos hácia el peñasco donde está el plato vacío.*

Gracias, Dios clemente,  
 Que este gran presente  
 De leche y de pan  
 Colma nuestro afan.

De leche en un trago,  
 Tras su dulce halago,  
 Hallo yo vigor;  
 Gracias, Criador.

Haz, Dios, que ese don  
 Cuaje el corazon,  
 Y el rostro la grana  
 De salud lozana.

PEREGRINO.

*Mete á hurtadillas de los niños y la madre, mientras cantan, oro en la jarra; se encarama á un peñasco, y acabada la canturia, se marcha.* Bien, á las mil maravillas; pero vamos con el bordon adelante. Mil gracias, noble señora, y dos y tres mil, niños del alma. Cuerpo y espíritu me habeis recreado: ¡así el Señor os lo premie!... Ahí está la jarra (*apuntando con la mano*). Felicidades, buena ma-

dre y amados niños... y tú tambien, querida Rosita, felicidades, y así Dios esté siempre con vosotros.

## ESCENA V.

DICHOS MENOS EL PEREGRINO.

EMA.

¡ Ay qué hombre tan atento y bondadoso! ¡Cómo se enterneció á la despedida! se le arrasaron los ojos.

MADRE.

El pesar tiene atravesado el corazón al buen hombre. ¡ Así Dios le dé consuelo!

EMA.

Así lo hará Dios, como que es el manantial de todos los consuelos.

ENRIQUE.

No le dejará Dios al pobre en tanto desamparo... Pero nosotros volvamos al punto á la tarea.

EMA.

Pero tengo yo antes que ir á lavar ahí en la fuente esta jarra para luego colocarla en el canasto (*La toma del peñasco y prorumpe atónita*). ¡Ay, mamá, que es esto! hay en la jarra varias monedas de oro.

ENRIQUE.

*Brincando.* Voy á verlas. Por una pieza como esas daba allí nuestro padre querido una gran barra de hierro.

EMA.

¡Ay! desde su muerte no he vuelto á ver oro poco ni mucho.

MADRE.

*Toma las monedas de la jarra.* Con efecto... diez doblones... agasajo de príncipe. ¿Quién puede ser ese forastero? ¿Muy misterioso es el caso.

ENRIQUE.

Vamos allá trás él, para alcanzarlo y darle las gracias.

MADRE.

Nada de eso apetece y prescinde por supuesto de gracias, y por lo mismo se alejó precipitadamente. Tomó un atajo, (*mirando hácia él*) para emboscarse, y así no se le divisa por parte alguna. Dios es el que dará luego con ese nuestro bienhechor desconocido, y le recompensará su rico regalo.

EMA.

Vaya que el escelente hombre se ha propasado en su correspondencia por el plato de leche que le hemos servido.

MADRE.

En extremo á la verdad, pero con creces infinitas se lo premiará el Señor.

ROSITA.

Quiero ver esos doblones.

MADRE.

Ahí los tienes; ¿no te parecen muy lindos, Rosita mia

ROSITA.

Y muchísimo; serán muy nuevos, según relucen todos. Regaladme uno, mamá mía, pues me lo voy á colgar al cuello con una preciosa cinta encarnada.

MADRE.

¡Ay niña, eso sería muy costoso. Estos doblones van á servirnos de socorro por algunos años. Me estremecían los asomos del invierno, y no chistaba sobre el particular por no apesadumbraros. Estamos desabastecidos de trigo, que todavía se mantiene muy caro; y luego todos vosotros iréis necesitando algún nuevo resguardo muy preciso contra el frío; como que desde ahora dispongo vestiros á todos; y á ti no menos, mi Rosita, que te voy á engalanar primorosamente.

ROSITA.

*Brinca y palmorea de alborozo. ¡Ay*

qué gloria! Eso sí que me alegra mas que el doblon.

ENRIQUE.

Pero escuchad , mamá , yo no acabo de entender al forastero , pues anda diciendo que es un pobreton , y luego se viene derramando á puñados el oro.

ROSITA.

¡Oh! no será verdaderamente necesitado... Yo creo que la calabaza colgada al cinto estará atestada de doblones.

ENRIQUE.

*Riendo.* No será tanto , pero seguramente traerá muchos en el bolsillo. Pero ¿cómo cuadra eso con su ponderada pobreza? Vemos que no dijo verdad , pues positivamente es riquísimo.

MADRE.

¡Ay Enriquillo! no se cifran la riqueza ni la miseria en doblones.

ni escaseces, sino únicamente en el ánimo. El reciénido es pobre de complacencia, pues trae el pecho apesadumbrado; y nosotros, en medio de tanta escasez, somos mas ricos que él.

ENRIQUE.

Pues recemos por ese pobre hombre.

EMA.

Y gracias al Señor que por su mano ha venido á auxiliarnos tan colmadamente.

MADRE.

Si, sí; con mil amores, niños de mis entrañas (*Mira al cielo, juntando las manos, y los niños hacen otro tanto*). Gracias infinitas te tributamos, por habernos deparado ese forastero que nos ha hecho tan suma fineza. Tú estás viendo todas las buenas obras, y cuantas lágrimas se derraman caen á tus sabiendas sobre la

tierra... Bendice, Señor, bendice á nuestro bienhechor, y enjuga, enjuga su llanto.

*Cae el telon.*

---

**ACTO SEGUNDO.****ESCENA I.****MADRE, EMA.**

*La madre entre las revueltas de los peñascos va recojiendo hojarasca y ramaje seco, y luego lo uta todo en haces. Ema, sentada, teniendo á su lado el canasto colmado de yerbas, las va colocando sobre la mesa natural, por especies, y entresaca esmeradamente algunas hojillas terciopeladas. Entre tanto entonan alternativamente las estancias de la cantinela siguiente, empezando la madre:*

Arrebolada la aurora  
 Cuaja en pimpollos y flores  
 Mis lindos alderredores  
 Madre y del jardin señora,  
 ; Cuánto matiz sobrehumano  
 Voy ostentando en ia mano!  
 ; Ay! la niña tierna esclama:  
 Madre, el cogollo luciente  
 ; Cuánta perla trasparente  
 A competencia derrama!  
 Y la flor, cuanto mas llora,  
 Mas me halaga y me enamora.

Niña mia, cada hojilla  
 Atesora su gotilla,  
 Y al asomar sus destellos,  
 Tan varios, vivos y bellos,  
 Ya la alegre primavera  
 Todo el orbe rejenera.

Cuando tu pecho palpita  
 Con desabrida zozobra,  
 Al punto recapacita  
 Y tu sosiego recobra;  
 Pues tras el llanto penoso  
 Viene el gozo delicioso.

MADRE.

*Mientras Ema entona su postrer*

acento , prorumpe en un alarido repentino y pavoroso. ¡ Ay Dios ! ¡ misericordia , Señor ! ¡ Muerta soy ! ( Cesa la música en medio del compás ; una culebra enroscada debajo de la leña se arroja al brazo de la madre y le muerde en la muñeca ).

EMA.

Corre allá , y esclama despavorida.  
 Ay Dios ! ¡ una culebra ! ¡ una culebra ! ¡ Ay ! ¡ madre mia de mi corazón !  
 Ay Dios de mi alma , ten compasión !

## ESCENA II.

ENRIQUE Y DICHOS.

ENRIQUE.

Arrebatadamente. ¡ Una culebra !  
 en dónde ? ¡ Ay Dios ! ¡ Madre , madre ! ( Ase la culebra , la estrella con el peñasco y la pateca ). Con tal

que no os haya mordido por la ropa.

MADRE.

*Se sienta en el poyo natural, y naci-  
lenta de muerte, deja caer los brazos.*

EMA.

Madre mia del alma... vamos á ver...  
¡ay!... me estremezco.. á ver, tendido  
ese brazo... ¡Quiera Dios que no sea  
penetrante la mordedura!

ENRIQUE.

*Lamentándose amargamente.* ¡Ay  
Dios, está sangrando!....

MADRE.

¡Ay hijos de toda mi alma! Esto es  
hecho.... Voy á morir... no hay re-  
medio para mí.

EMA.

¡Ay Enrique, corre, vuela, ve en  
busca del facultativo que compra es-  
tas yerbas!

ENRIQUE.

*Lava en la fuente las raíces que  
tiene recojidas. Voy allá volando. (Corre  
y desaparece).*

**ESCENA III.**

**MADRE, EMA.**

**EMA.**

¡Ay, madre, (*abrazándola*) querida madre! ¡cuán gustosa muriera yo por vos! (*arrodillándose*). ¡O mi Dios, siempre adorado! no te nos lleves, no arrebatas á estos pobres niños la madre tras aquel padre tan querido. ¡Ay! no quieras dejarnos dos veces huérfanos (*estendiendo ahincadamente los brazos hácia el cielo*). ¡Ay si pudiera abrazarte! que entónces no te faltara hasta que me dices la sentencia graciable « Que viva. » Mira esa niña desventurada, mírala ya de rodillas en ademan de víctima tuya... ¡Ay! llévate a mí, deja que viva la madre.

**MADRE.**

(*Con voz apocada.* Ese afán y ese

cariño embalsaman esta herida que me está abrasando; y así logro algún alivio. Tengo que alternar estos momentos últimos con los postreros que debo á Dios. (*Apoya el brazo en la peña, y se tapa la luz con la mano*).

EMA.

*Algo mas quedo.* ¡ Ay queridas flores y plantas saludables! Alguna de vosotras alcanzará á salvarla.... pero ¡ ay de mí, que las estoy mirando y no las conozco! ¡ O Dios mio! envíame un destello tuyo y haz que acierte con la que pueda auxiliarme. Voy á cocerlas y aplicarlas á la llaga. (*Mirando hácia lo lejos*). El médico aun no parece; se me hace una eternidad el rato que hace fué Enrique en su busca. (*Va andando angustiadamente en derredor como en busca de algo*). Ahi está el oro; quítate de mi vista, pues eres lo mas despreciable del mundo: como que nada

remedias cuando mas se te necesita;  
 y ni un momento alcanzas á alargar  
 la vida. ¡Cuán gustosa diera todos  
 esos doblones por una yerbecilla ena-  
 na y rastrera que quizás estoy pi-  
 sando..!

### ESCENA IV.

EL MEDICO, ENRIQUE Y DICHOS.

EMA.

*Corriendo al facultativo.* Amigo del  
 alma, ahí hay oro; tomadlo todo,  
 con tal que no nos dejéis morir á mi  
 adorada madre.

MEDICO.

¿Dónde está la culebra ?

EMA.

Ahí en la peña.

MEDICO.

*La levanta con su palo.* Aun cuan-  
 do me dieses mas doblones que esca-

mas tiene la culebra , no alcanzaria á daros consuelo. Vuestra madre en dos ó tres horas es cadáver.

EMA.

Haceos cargo por lo llenos de la herida.

MEDICO.

¿ A qué asunto? No quiero habérmelas con esa ponzoña; y aun todo fuera en balde; entretanto parece que duerme, y no trato de interrumpirle el sueño.

EMA.

¿ Con qué no queda ya ni rastro de remedio? Ahí teneis yerbas y medicamentos á monton, ¿ y no ha de haber uno al caso? Ensayad, probad. ¡ Dios mio , iluminadle , para que logre el acierto!

MEDICO.

Un arbitrio queda , y es que alguien se atreva á chuparle el veneno de la llaga ; tal vez se conseguiria el

intento. Pero á ver, ¿quién se arrojaría á tanto? yo á nadie se lo aconsejaría; pues el valiente que lo practicara, ya podía contar con la muerte cierta. ¡Ay qué asco!... la ponzoña de esta sabandija es pavorosa; pues antes tragaria la bava de un perro rabioso. No queda pues mas recurso que encomendarla á Dios, y rogarle que la ampare en el trance de su muerte. Ya es tarde para llamar á un sacerdote; pues antes que llegue el mensajero á la primera aldea y lo traiga, voló ya su alma á la eternidad. De nada sirvo yo aquí; pasarlo bien... y el Señor, desventurados niños, sea vuestro consolador. *Vase.*

---

**ESCENA V.**

DICHOS, MENOS EL MEDICO, Y LUGO  
ROSITA.

MADRE.

*Como adormecida hasta entónces y reclinada en la peña, abre los ojos.* Sí, Dios sea vuestro consolador, preciosos niños. Oí la sentencia de muerte de boca del médico, y quedo enterada. Cúmplase la voluntad del Señor. Aquí me teneis, Dios mio, y nada quiero ser mas que vuestra sierva siempre fiel... Pero á vosotros se encamina todo, queridos niños, y por vosotros voy á implorar á Dios. Quien cuida de las avecillas tiernas no ha de venir á desamparar sus propios niños. Venid pues por despedida á mis brazos; llega tú, amada Lma (*le alarga el brazo*). Ven tú ahora, Enriquillo... (*le presenta la mano*).

¿Y dónde para mi dulce prenda la Rosita?... ¡ah! ya viene allá.

ROSITA.

*Con su canastillo.* Otro canastillo traigo cuajado de yerbas... pero ¿qué es esto, mamá mia? ¡Estais sangrando! ¿será de alguna espina?... Aquí está el pañolito blanco que me comprasteis para la fiesta de mis dias. Voy, voy corriendo á taparos la llaga.

MADRE.

Ven por despedida á mi regazo, niña del alma. (*Se pone á la Rosita en la falda, y se la queda mirando con entrañable ternura.*) Niña desdichada... luego... luego te vas á quedar sin madre, pues quizás dentro de una hora estoy con Dios en el cielo.

ROSITA.

¡Ay, madre del alma mia! Estáte aquí con nosotros; ó llévate allá contigo, que bien estaremos en el cielo.

EMA Y ENRIQUE

*Lloran desesperadamente al oír á la niña.*

MADRE.

¿Llorais porque me estais viendo aquí atónita y desconsolada? No lloreis así, niños de mis entrañas; se os irá muy pronto la madre, pero se quedará aquí Dios con vosotros. Ya estoy caminando hácia él; y cuando vengais tambien vosotros, nos veremos de nuevo; y allí no hay lloros jamás, pues todo se vuelve gozo verdadero y perpetuo. Pero aun aquí por la tierra os hallaréis perfectamente. Siempre fuisteis buenos muchachos y cumplisteis sus mandamientos... Siempre habeis reverenciado á vuestros padres, y así os irá ciertamente bien.

EMA.

*Arrodillándose.* ¡ Ay madre mia de todo mi corazon; perdonadme por

las veces que os he desazonado.

ENRIQUE.

*Se arrodilla tambien.* Ema siempre fué dócil y bondadosa; yo soy el que me desazoné muchas veces; perdonadme, madre mia. Toda mi vida he de estar recordando vuestras palabras, sin olvidar una sola.

ROSITA.

¿No es verdad que me perdonais tambien, madre mia? Ya no me desmandaré mas.

MADRE.

Alzad, niños mios; que vuestras faltillas quedan allá muy olvidadas, como que no procedian de corazon dañado. Siempre os he tenido en mis entrañas por gozo y regalo único de mi vida... Pero se me turba la vista, y se me acerca la última hora... y así escuchad las palabras postreras de esta madre moribunda.

EMA.

¡ Ay quién pudiera morir con vos !

ENRIQUE.

Yo no puedo vivir sin ti ; y ahora  
ya nadie nos queda.

ROSITA.

Por Dios , mamá , no te mueras.

MADRE.

Ante todo , hijos de mis entrañas,  
amad y reverenciad á Dios vuestro  
amado Padre en el cielo. Miradme:  
es indecible el cariño que os profeso;  
pero aun es mayor el que os tiene  
Dios. Acudid á él en todo trance; pen-  
sad en él dia y noche , y hacedlo to-  
do como que estais en su presencia,  
y que os está viendo de continuo.  
Amadle pues , por cuanto este amor  
es el manantial de todos los bienes...  
Prometedme todos que amaréis de  
lo íntimo de vuestras entrañas á  
aquel amantísimo Padre que está en  
los cielos.

EMA.

Sí, madre mia, sí por cierto.

ENRIQUE.

¿Quién será el que no le ame?

ROSITA.

Siempre amé á mi Dios, aquí (*señalando al pecho*), aquí en mi corazón.

MADRE.

Sí, niños, repito una y mil veces, amadle; quered ante todo á nuestro amantísimo Padre allá en el cielo. Y por tanto... aborreced la culpa ante todo... Ahí veis como yace esa culebra; acordaos de que fué la matadora de vuestra madre; miradla.... Otra culebra viene á ser el pecado.... todo vistoso con sus matices y encubierto con flores, siendo mortal su veneno; y así es mas horroroso que la serpiente. La mordedura de ella nos acarrea la muerte acá temporal, pero el pecado la causa allá sempiterna. Con que prometedme no co-

meter, ni por sueño, maldad alguna. Lo que es la maldad... ¡ay que el habla se me hace por instantes mas trabajosa!... os lo estará diciendo vuestra conciencia, ó mas bien, la voz de Dios que estará resonando ahí en lo íntimo de vuestros pechos. Prometedme el huir de toda maldad mas que de una serpiente venenosa. Poned vuestras manos sobre esta mia... que luego... á la madrugada yacerá marchita en la huesa.

ENRIQUE.

Así te lo prometo, madre mia preciosa, adorada...

EMA.

Y yo con protesta sagrada y firme en presencia de Dios.

ROSITA.

Como yo tambien... tambien.

MADRE.

Amaos mutua y entrañablemente sin engañaros jamás. Tú, Enriquillo,

en creciendo , toma á tu cargo á las hermanitas ; y tú , Ema , desvívete por la Rosita. Si alguno de vosotros llego á ser feliz , cuidado con no olvidar á los hermanos , ni avergonzarse de su pobreza... ¡ Ay pobres , queridos huerfanillos ; no alcanzo á ver en el mundo todo quien os escude con su tutela ; y así os encomiendo á Dios y á su misericordia ! Dios vive y se desvela por sus criaturas , y con especialidad por toda horfandad desvalida. Cabalmente al asomar la hora de mi muerte , ha enviado por acá al bondadoso peregrino , bienhechor desconocido , y allá tendrá otros por la anchurosa tierra , muy semejantes. Estos serán vuestros consoladores ; y ahora arrodillaos , preciosos hijos de mis entrañas , para recibir... mi bendición maternal y postrera.

## LOS NIÑOS.

*Se arrodillan , sollozan y lloran levantando sus manecitas juntas.*

## MADRE.

*Mira al cielo y estiende su brazo sobre los niños. O Dios bueno , alzo aun hácia ti mi trabajosa y amortiguada vista , estiendo mi mano moribunda sobre estos desventurados hijos , encaminando hácia ti los postreros suspiros de mis macilentos labios. ¡ Ay Dios ! ¡ Dios de las misericordias.... óyeme , Señor ! Repara en estas criaturas ; sus miradas me están aquí traspasando el corazon.... Bendícelos... sí , bendícelos... No acierta á pronunciar mas y reclina la cabeza sobre la peña.*

## LOS NIÑOS.

*Siguen arrodillados y llorosos. Ema retuerce las manos y mira mas y mas hácia el cielo. Enrique solloza. lo se tapa el rostro. Rosita se enjuga las*

*lágrimas con su pañolito blanco.*

MADRE.

*Tras un ratillo. Enriquito, los labios me abrasan, tráeme un sorbo de agua.*

ENRIQUE.

*Voy volando. Toma la jarra y corre con ella.*

MADRE.

*Adormeciéndose.*

EMA.

Está durmiendo; ven, Rosita, vamos á dejarla descansar. El susto con la culebra, su conmocion y su conato por hablar, la tienen postrada.

ROSITA.

Su madrugada al amanecer, el afan por arreglar la comida y el dolor de la mano la han atropellado. Y tambien estoy yo cansada.

EMA.

Ma cha, Rosa mia, á la capilla donde por la mañana hemos estado re-

zando juntos; anda, y ruega por mamá. Entretanto me estaré yo á su lado. Anda , ve y reza; reza de todo corazón , por la mamá y por mí.

ROSITA.

Sí, allá voy á rogar fervorosamente al Dios del cielo paraque le sane la llaga. *Vase.*

## ESCENA VI.

EMA x MADRE.

EMA.

*Se mantiene un tanto desviada, mira á la madre y prorumpe con voz afectuosa, pero comedida. ¡Ay madre, adorada madre! ¿con que estoy viendo ese rostro... que luego va á quedar sepultado en la tierra? ¡Esos ojos tan despejados y cariñosos, que me estaban siempre mirando tan expresiva y entrañablemente, van á quedar*

cerrados sin recurso , y aun quizás ahora mismo ya no se abrirán mas. Esos labios , que me besaron tantísimas veces y prorumpieron en palabras ajuiciadas y amorosas , y me estaban siempre llamando querida Ema, ¿ han de yacer consumidos en la huesa? ¿Y ese pecho tan noble y tan sensible..... se ha de ir desmoronando y deshaciendo en polvo inmundo? ¡ Ay Dios! ¿ con que ya no tienes misericordia?... ¿ ni queda arbitrio alguno ?

*Va y viene estrechándose las sienes en la mano, haciendo altos y parándose al fin.* ¡ Ay ! recuerdo aquel dicho del facultativo... Estoy tan fuera de mí... Pero ya caigo ; dijo « que en chupándole la sangre de la llaga, quizás se le quitaba el veneno y sanaria.» Sí , sí , eso dijo , y al oírlo , relampagueó aquel destello en toda mi alma para ejecutarlo... y ahora mismo el

trance es favorable, pues duerme madre... y ¡ con cuánto sosiego! despertó á Enriquillo, como ve reservadamente á Rosita. El mismo Dios me está ofreciendo la coyuntura. ¡ Ay Dios! Nunca mamá se aviniera á que la salvase yo por este medio, pues ama entrañablemente á su Ema.. pero vamos allá; antes que despierte... Dios mio, ya que me iluminas con este pensamiento, fortalece mi pecho hasta el punto de ejecutarlo.

*Se va acercando pausadamente, se arrodilla junto á su madre, le estiene el brazo, y al aplicarle los labios en la llaga, se retrae y se levanta.*

¡ Ay Dios! ¿ qué será de mí? Me estremezco; un pasmo yerto me está helando las venas; toda mi esencia se trastorna, y estoy viendo por ahí ráfagas azules, encarnadas y amarillas. Batalla la vida con la muerte cercana como el agua con el fuego...

la vista sola de una serpiente me causaba un susto mortal... pero el chupar su ponzoña... ¡ Ay Dios de mi alma!... no me es posible... me traspasa el corazon.

*Anda inquieta en derredor, se arrodilla, reza, mira al cielo con voz suplicante :*

Fortaléceme tú, Dios fuertísimo, dame ayuda ; ven y robustéceme á mi, tan débil criatura , para pelear contra este asombro y sobresalto , y arrollar el temor de la muerte. ¿Cómo? ¿ no he de dar desaladamente la vida por quien me la tiene dada ? En enfermando yo, pasa la noche entera junto á mi lecho en solícito desvelo, y aquel afan maternal me rescató allá de la muerte ; y yo debo... sí , debo salvarla á todo trance... ¿ la dejaré espirar ahí desamparada ? No, no ; miles de vidas que tuviera las sacrificara todas gozosísima por ella.

*Se arroja arrebatadamente y resuelta, y antes de acercarse á la madre, levanta una mirada al cielo*

Por fin en nombre de Dios, ahora pronto... pronto... prontísimo, antes que me horrorize, y me retenga la náusea. Poned, ó Dios, virtud y sanidad en mis labios... dadle la vida, y á mí la muerte.

*Arrodíllase de nuevo junto á la madre, aplica los labios á la llaga, le chupa el veneno y se levanta.*

Ya está hecho... y queda desahogado mi corazón. Muero gustosa con tal que madre quede viva. Haz sin embargo, ó Dios, de modo que no se conduela en demasía de su querida Ema, ni bañe y riega con lágrimas mi sepulcro... ¡ay que conozco los extremos de su cariño! y que nunca sepa mi sacrificio... sino allá en la eternidad, pues quizá no le traspasará tanto mi muerte, atribuyéndola por

ahí á cualquier otro fracaso. ¡ Ojalá que solo Dios esté sabedor de mi hecho ! En tus manos pongo, Señor, mi vida, y estoy esperando con sosiego cuanto pueda acontecerme.

*Se coloca en una quebrada de las peñas, donde la madre no alcance á descubrirla, y se encubre el rostro.*  
*Cae el telon.*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

*Alfaro del.*

## ACTO TERCERO.

### ESCENA I.

MADRE y EMA.

*La madre sigue durmiendo, y Ema en su mismo sitio, alzando á ratos sus miradas al cielo. Oyese luego música armoniosa de flauta pastoril y caramillo.*

MADRE.

*Despertándose. ¿Qué es lo que me sucede?... ¡Cesaron todos mis dolo-*

res ! ¡Fuego vivo me estaba abrasando la llaga , y no me la siento ! *Se hace cargo de la herida y se levanta.* ¿ Dios portentoso , qué es lo que estoy viendo ? Aquel encendimiento que , á fuer de llama se iba estendiendo , desapareció en términos que ni su rastro puedo ya discernir . ¡ Estoy tan ágil y tan sana ! ... Estaba allá soñando que un ángel del Señor , desprendiéndose de dorados arreboles , se llegó con su dedo á mi llaga , y aplacó de improviso todos mis dolores . Se cumplió mi sueño ; aquí media algun prodijio . ¡ Ay Dios misericordioso ! me has deyuelto los niños de mis entrañas , ¿ cómo cabe darte las debidas gracias : pero ¿ dónde paran ? extraño se me hace semejante desamparo ...

**ESCENA II.**

ROSITA , ENRIQUE Y DICHO...

ROSITA.

He estado rezando por ti con todo fervor en la capilla.

MADRE.

Y Dios , Rosita del alma , oyó tu plegaria.

ENRIQUE.

*Con una palangana de agua.* Está muy fresca, pues aquella de la jarra se ha calentado... Pero ¿es posible, mamá? ¡os veo ahí tan espedita y animosa, con tanto alborozo en esos ojos!... ¡Con que ya estais curada!... ¡O portento sin igual! ¡Ay Dios!... Tú solo has sido el auxiliador. Mi razon rebosa todo de gratitud; y entre alborozo y agradecimiento estoy como fuera de mí.

MADRE.

Si por cierto, hijos del alma, dadle todas las gracias á Dios. Pero ¿en dónde para mi Ema?... pues era estremada en sus cariños conmigo. ¡Ay cómo se ha de regocijar!

ENRIQUE.

*Anda mirando en derredor y vocea.*  
Ema, Ema: ven, ven, ¿y en dónde estás? Madre está ya buena. Vamos, ven, acude... (*La descubre por fin en su escondite entre los peñascos.*) ¡Ay! ¡si está ahí! Vamos, Ema, alégrate... Mamá ya no se muere... vive... y está buena.

MADRE.

*Abalanzándose.* ¡Cómo, querida Ema! ¡Tú ahí á solas! ¡y tan desconsolada!... ¿cómo es eso?... ¿con que no te regocijas?

EMA.

*Batallando con mil impulsos entrañables, mira al soslayo y suspira.* ¡Ay mi Dios!

MADRE.

¿Con que desvias tus ojos de mí? mírame, vamos. (*Despavorida y con voz trémula y reforzada.*) ¡Ay Dios, niña mia! ¿qué es lo que te pasa? ¡Estás ahí toda pálida y temblando como azogada! reparo ahí en tu garganta como gotas de sangre. Ema mia, vamos, habla... ¿qué es lo que te ha sucedido? Ven, ven á mis brazos, hija de todas mis entrañas. Manifiesta á esta madre que te idolatra todos tus quebrantos. *La madre la abraza y va á besarla.*

EMA.

*Dando un alarido.* No, mamá mia.. no... nada de besos. En mis labios está la muerte... la ponzoña... el veneno...

MADRE.

¡Dios de los cielos! ¡Qué desengaño tan pavoroso me asalta! Ema, ¿con que tú... tú misma, mientras yo estaba durmiendo, me has chupado la

ponzoña de la llaga?... ¡ay qué congojas de muerte me acosan! dime, Ema de toda mi alma, ¿no es así?

EMA.

No te enojas, mamá mia... Lo hice únicamente por salvarte... Tú sanaste, y yo fallezco.

MADRE.

¿Con que eso... eso mismo has hecho por mí? ¡Ay niña mía! este... este es el momento mas bienaventurado y mas pavoroso de toda mi vida. Infinitamente mas llevadero me seria el morir yo misma que el estar presenciando tu muerte... (*Abrazando á Ema.*) Pues, por mas que te vea aquí morir sin recurso entre mis brazos, y que este pensamiento me atosigue, me tengo por la madre mas venturosa del orbe... aquí, aquí me están alternativamente desgarrando mil impulsos encontrados de regocijo y de mortal desconsuelo.

EMA.

¡ Ay madre mia ! no llores , ni te estés ahí martirizando de ese modo , mientras yo me tengo por dichosísima . Gustosa muero por cierto ; pero me traspasa el corazon únicamente el verte , con mis ojos encendidos , llorar y llorar sin término . ¡ Ay no mas , no mas ! ¡ ay cielos , cómo me complazco ! ya os estoy viendo abiertos con los ángeles que vuelan gozosos á recibirme .

MADRE.

Así lo creo , Ema del alma ; tú fuiste el ángel que vino en sueños á sanarme . Ciertamente fuiste tú la mensajera de los ángeles y bajaste del cielo .

EMA.

¡ Ay , allí voy á ver de nuevo á mi padre amado que tan entrañablemente me queria ! ¡ Ay , cuál será su gozo al verme allí , al saber de vos , que-

rida madre , y de Rosita y de Enri-  
 quillo ! ¡ Cuánto no le contaré de  
 vos..! ¡ y cuántas, cuántas veces lo  
 saludaré de parte vuestra...! Y al ca-  
 bo , ¿ qué viene á ser el morir?... En  
 suma , un rato de congoja. Viene á  
 ser para mí , allá como cuando iba á  
 la ciudad allende la sierra , donde  
 teníamos antes la casa , y me volvía  
 á la madrugada. Allí en el cielo ,  
 junto al padre amado , y junto á Dios,  
 el Padre de todos , nos volverémos á  
 reunir. Por tanto , madre mia del  
 alma , no hay que llorar , sino rego-  
 ijarnos todos.

MADRE.

Sí , mi querida incomparable hija,  
 tienes mil razones. Muere pues , sí ,  
 muere , pues á la verdad este mundo  
 malvado no es merecedor de atesorar  
 esa preciosidad , ese corazon tan hi-  
 dalgo. Muere en esa tu anjelial ino-  
 cencia , puesto que todo se vuelve es-

collos en el mundo, y hasta los ángeles del cielo se estrellaron tambien para siempre. Mas vale así y fallecer intacta en mis brazos, aquí sintiendo los latidos de mi corazón, antes que el aliento ponzoñoso de la seducción te descaminase, abusando de esa ternura entrañable. Falleces con la muerte mas esclarecida, el sacrificio del cariño y de la inocencia, á ejemplo de aquel Salvador sacrosanto que se sacrificó por los intereses ajenos. Tu muerte es mi vida, como aquella fué la salvacion sempiterna. Oh Ema, holganza y festividad será para los ángeles tu llegada, apellidándote hermana. Ya van á ceñirte la corona inmarcesible, la guirnalda plateada y purísima de azucenas y de laureles siempre verdes.

EMA.

Complacida te esfoyo oyendo, madre de mi vida. Gracias sean dadas

al Señor, ya estás en salvo, y todo queda ya concluido. Pero has encarecido sobremanera tus alabanzas de esta niña pecadora. Nada maravilloso tengo hecho, antes bien conceptúo que todo hijo debe practicar otro tanto por una madre. Enriquillo se abalanzó arriesgadamente y destrozó la culebra, y Rosita hubiera positivamente hecho lo mismo que yo acabo de ejecutar.

ROSITA.

No, querida Ema, yo no me arro-para á chupar con la boca la ponzo-ña de la sierpe; ni soñara tampoco semejante intento.

EMA.

Tampoco á mi me ocurriera, si el alto Dios no me lo inspirara. Dios fué el que escitó mi pensamiento y el que fortaleció mi ánimo para llevar á cabo tamaña empresa; pues repug-aba á mi naturaleza al par que á la

tuya, querida Rosita; y á no corroborarme el Señor, desmayara yo de todo punto. Al Señor pues, á él únicamente corresponde tanta gloria.

ENRIQUE.

Ema mia, tú eres mejor que nosotros, pues tengo ya tan experimentada la bondad de tu pecho... mas nunca jamás como ahora. Perdóname pues de no haber seguido puntualmente todas tus advertencias cuerdas y cariñosas. Tú me perdonas, ¿no es verdad? ¡Ay que de arrepentido y avergonzado, estoy por espirar aquí á tus plantas!

EMA.

Enriquillo, hermanito mio, no digas tal, pues siempre me has querido... Mira, no me cabe el besarte por despedida, pero estrecha esta mano. Pórtate bien y reverencia en todo á nuestra mamá; no la desazones jamás con devaneos, sino hazte hom-

bre honrado y sirvele de arrimo en su vejez. Prométemelo , y cumple tu promesa.

ENRIQUE.

Así te lo ofrezco , y lo cumpliré puntualmente.

EMA.

¿Y tú tambien estás ahí llorando, querida y linda Rosita.? No llores, no; y sigue siendo tan ajuiciada , agradable y cariñosa como siempre , hasta que nos veamos allá arriba en el cielo. Ama con todas veras á nuestra adorada madre; y mas que nunca, por cuanto yo me separo, y no me cabrá el iros enseñando lo bueno acá sobre la tierra. ¡ Ay madre, querida madre!.. ¡hermanito mio!.. ¡hermana del alma!... vivid, vivid todas una y mil veces felices.

MADRE.

¡Así todos en este trance tan arduo falleciesen así mismo! ¡cuán ven-

turosa sería entónces nuestra muerte!

### ESCENA III.

PEREGRINO Y DICHOS.

MADRE.

¿Cómo? ¿vuelveis por acá? Pasad adelante, extranjero bondadoso, llegais en el punto mas lastimoso que cabe. ¡Mirad á esa niña que está espirando á impulsos de su cariño á la madre!

PEREGRINO.

*Se queda atónito.* ¿Qué es lo que estoy viendo? No lo alcanzo. Me ha referido el curandero que estuvo por acá que os habia mordido una serpiente ponzoñosa, y que á esta hora habriais espirado; y así me apresuraba, en cuanto mis piés ancianos lo consienten, para consolaros en vuestra agonía, y encargarme de vues-

tros hijos... pero yo os estoy viendo buena y lozana, y á esa preciosa niña toda macilenta: ¿á ver, qué es lo que ha sucedido?

MADRE.

Aquí mi Ema del alma... y es para mí una gloria el llamarla hija mia... me ha venido á chupar, mientras yo estaba durmiendo, la ponzoña de la llaga; y así yo vivo, y ella muere.

PEREGRINO.

¿Qué es lo que estoy oyendo? ¡Válgame Dios, qué rasgo tan grandioso y aun sobrehumano! Te agradezco acá con toda el alma, Dios inefable, que me haces presenciar sobre la tierra el hecho mas sublime, el extremo mas inaudito de cariño entrañable. Daba por desahuciada la humanidad entera, horrorizándome todo encuentro con los hombres; pero esa criatura peregrina me hermana ya con el género humano. Ya moriré consola-

do y gustoso, pues mis propios ojos me están diciendo que impulsos tan heroicos vienen á caber en el linaje nuestro... Pero á ver la culebra...

ROSITA.

*Enseñándosela.* Allí la podeis ver, pues yo no me atrevo á mirarla, ni aun despues de muerta.

PEREGRINO.

*Coje la culebra con la mano, la levanta y esclama.* ¡Alabado sea el Señor! Niña preciosa, no vás á morir, no. El curandero mentecato, que carece de estudios y aun de esperiencia, os sentenció á ciegas. Estoy mas enterado que él acerca de estas culebras, habiendo en mis viajes atravesado pueblos donde se las comen. En las heridas es mortal su ponzoña, pero nada absolutamente dañina para la boca, y aun se puede tragar sin peligro de la vida. Probablemente sucede otro tanto con todas las culebras;

pero me consta en cuanto á las de esta especie. Creedme pues como á hombre muy experimentado; nada tiene que recelar vuestra hija por semejante envenenamiento.

MADRE.

¡Ay, es posible! ¡Con que te me rescatan de veras, Ema del alma!—Pero miradla, buen caballero, ahí yace pálida de muerte, trémula y con un sudor helado en la frente. Ese aspecto pavoroso, ¡ay de mí! está contradiciendo vuestras palabras.

PEREGRINO.

No, no, nada de eso. La fantasía allá descarriada de la niña, el horror de la ponzoña y el sobresalto y la congoja la tienen muy naturalmente sobrecojida. En fin, creedme, la preciosa Ema no necesita auxilios. (*Le ase llana y cariñosamente la mano*) Niña querida, Ema del alma; anjelito del mismo Dios, levántate, anda por

aquí con nosotros, y rie á tus anchuras. Salvaste á la madre, y tú no peligras.

MADRE.

Así lo creo, Ema mia, así lo estoy creyendo.—Por mas infernal que fuese esa ponzoña, no alcanzaria á penetrar en tu pecho, lleno ya de cariño filial. Ese tu afecto te sirve de preservativo jeneral, y te trocó la misma ponzoña en leche y miel. Mas sea de eso lo que fuere; en suma, Dios quiso salvarte, y tú me devolviste la vida.

PEREGRINO.

Así es; y por tanto sea Dios mil veces alabado y ensalzado.

MADRE.

*Alzando la vista y los brazos al cielo.* ¡Ay Dios! Rebotan plegarias y gracias en mi pecho. Sí, sí; gracias á miles te sean dadas, Dios bondadoso y adorado.—Ven pues á mis brazos,

amada Ema. Seas de nuevo celebrada y bien venida de nuevo con esa vida preciosa. Ven, llega á mi regazo, salvadora de mi existencia. Sobre mis palmas te he de estar llevando toda la vida, y te he de suavizar hasta el ambiente mismo que quiera soplar contra tí reciamente.

ENRIQUE.

*Rebosando de alborozo.* ¡Ay Ema! hermanita del alma, gracias y gracias al Señor, ya no te mueres. ¡Cuánto me alegro! El cielo y la tierra, que se iban enlutando para mí, resplandecen ahora mas que nunca. ¡Ay Dios, cuántas gracias te estoy dando!

ROSITA.

*Cruzando devotamente las manos.* Tambien yo te doy gracias, Dios mio; (*palmotea y brinca*). Ni se muere mamá, ni se muere Ema; y así viviremos otra vez todos juntos... Bendito sea Dios, tan graciabile como cariñoso.

EMA.

Muerta estaba yo verdaderamente; pero con el afán de mamá y de vosotros, hermanitos queridos, aquí permanezco todavía.

MADRE.

En este mundo, hija mía, te están esperando crudas peleas, y en nuestra humilde choza se agolparán luego amargas privaciones.

PEREGRINO.

No por cierto; pues yo mismo, después de Dios, estoy aquí para evitar todo eso. Nada tengo ya que ocultaros. Mirad—(*arroja á diestro y siniestro el traje de peregrino, y campea contellando de oro y escarlata, y con una venera en el pecho*). Soy el Lord Dorington.

ENRIQUE.

*Atónito y cejando algunos pasos.*

ROSITA.

¡Ola, qué vestido tan hermoso! ¡y

qué estrella tan relumbrante!.. habrá bajado del cielo. ¿No es verdad, mamá? ¿Serán aquellas mas lindas?

MADRE.

*Con acatamiento.* Milord, en vos está la culpa, si hemos cometido algun desacato...

PEREGRINO.

Chiton sobre el particular, pues aquí esta misma estrella está encubriendo un corazon acongojado. — Enterada estais, señora de la ingratitud de aquel hijo mio. Su correspondencia inhumana con los padres me apesadumbro mortalmente y precipitó á su madre en la huesa (*con suma conmocion*). Oh desagradecimiento de un hijo; ¡tú sí que eres siempre ponzoñoso, que envenenas la vida de los padres, les defraudas de todo recreo, y sepultas muy temprano sus canas en la tumba!

MADRE.

No cabe que el hijo de padre tan bondadoso sea un malvado perpetuo; y así confío que volverá en sí para mejorar de conducta.

PEREGRINO.

*Dolorosamente conmovido.* Yace enterrado, y lleva ya algun tiempo.. ¿Cómo habia de permanecer mucho sobre la tierra un hijo desmandado con sus padres? Sus devaneos le acarrearón una dolencia consuntiva, que lo mató con horrendo martirio (*llorando y suavizando su dolor*). Me consuela que al morir volviese un tanto en sí, arrepentido de su vida descarriada con amargo llanto, implorando perdón y prorumpiendo en los acentos del hijo pródigo: «Padre, pequé contra el cielo y contra vos.»

MADRE.

Con eso no está perdido para vos sin rescate, pues falleció confiado en

la misèricordia del Señor.

ENRIQUE.

Así lo espero. (*Se enjuga el llanto, y sigue su narracion consolada y comedidamente*) Con la muerte del hijo volvieron á mi poder el condado y las haciendas dilatadas que le habia yo cedido. Mas no me sirven de satisfaccion, y no teniendo mas hijos, las traspasé á mi hermano, en quien de todos modos debian recaer á mi muerte; y entretanto cobro una pension anual muy decorosa. Pero estaba yo muy quebrantado de salud, y me aconsejaron los médicos un viaje al continente para recobrarla; y la templanza del clima me ha sido provechosa. No podia volver á mi patria, donde me horrorizarian mil recuerdos, y compré á tres ó cuatro leguas de aquí un cortijo. Hace pocas semanas me sobrevino la aprension de hacer un viaje á pié por estas serranías,

para enterarme de las jentes, que se muestran officiosas; y para librarme de salteadores me disfracé de pobre peregrino. Así me trajo Dios por acá, donde he venido á conoceros, madre bondadosa, niños preciosos, y á ti principalmente, incomparable Ema (*volviéndose hácia ella*). Y tú, ángel primoroso.... pues no lo habrá en el cielo mas ayentajado... dí, ¿no te dignarías venir á ser hija mia? ¿podrias amarme, anciano como soy, en vez de padre?

EMA.

En extremo bondadoso os mostrais conmigo, desdichada criatura; pero no me es dable desamparar á mi querida madre.

PEREGRINO.

Nada de eso, preciosísima niña. Mi cortijo y cuanto tengo será absolutamente tuyo. En tu mano estará el habitar allí con tu madre y los her-

manitos y franquearles cuanto hubiere.

EMA.

*Gozosísima.* Bien, ¿me conformo, mamá mia? ¿á ver, qué hago? ¡Cuánto me alegrara, si me viese por fin libre de afanes y zozobras!

MADRE.

Atónita estoy, milord, con tanta magnanimidad. Me hallo tan enajenada, que no acierto á idear determinacion alguna; mas desde ahora recelo que las riquezas pudieran estragar á mis niños.

PEREGRINO.

No hay que mentar la jenerosidad; poco es cuanto puedo regalaros; pues le sobrepuja infinito lo que he de hallar en la linda Ema y en sus hermanitos. Su cariño, la vista de su inocencia y el esmero de su educacion, me van á enramar de flores el corto camino que media para mí desde aquí

al sepulcro. Yo soy el ganancioso, y no vos. No me cabe el temor de que pudieran las riquezas viciar á estos niños, pues no podia colocarlas en mejores manos. No quedarán desamparados los menesterosos del pais, y luego me bendecirán al acompañar mi entierro. Disponeos pues, señora, para el viaje.

MADRE.

Acepto pues, milord, tan jeneroso ofrecimiento en nombre de mi querida Ema; y vivo esperanzada desde luego de que nuestro afecto ha de amenizar la vida de tan noble bienhechor, proporcionando así á mis niños la educacion que no pudiera tener cabida por estas soledades. Disimulad que no me detenga mas, pues mi pecho rebosa todo de agradecimiento para con esta niña del alma que ha rescatado madre y hermanitos. Venid, niños de mi corazon,

demos miles de gracias al Señor, que, tras esta curacion asombrosa, trocó nuestro sumo desconsuelo en tan imponderable regocijo. (*Se arrodillan y rezan sosegadamente*)

PEREGRINO.

*Está contemplando á la madre y sus niños, que le rodean enternecidos: mira al cielo, calla un rato, y luego prorumpe afectuosamente. ¡ Así Dios franquee á todos los padres un corazón para con sus hijos como el de esta madre, y derrame á todos igualmente el gozo de esta madre con su niña, su nueva hija, la preciosa y tierna Ema!*



Los

**BUENOS NIÑOS,**

ó

*Examinaos á vosotros mismos.*

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

---

## Los buenos niños,

ó

*Examinaos á vosotros mismos.*

---

Dos muchachos andrajosos y de mala traza estaban haraganeando un domingo por la mañana delante de la puerta de la casa de un clérigo. Parecía como si desearan pedir alguna cosa, pero estaban medrosos. Habiéndolos observado el clérigo, abrió la ventana, y les preguntó qué era lo que querían.

MUCHACHO.

Nos han dicho que V. da algunas

veces libritos, y nosotros quisiéramos nos favoreciera V. con algunos.

CLERIGO.

¿Para qué los quereis? ¿Es que sabeis leer, ó los quereis para vender?

MUCHACHO.

Los queremos solamente para leer.

CLERIGO.

Así lo deseo: tomad, y el Señor os enseñe á entenderlos.»

El clérigo les dió entónces algunos libritos que ellos recibieron con mucho gusto. La misma tarde fueron á preguntar por el clérigo otros dos niños bien vestidos y de apariencia decente.

CLERIGO.

Hola, muchachos, ¿qué quereis? Decidme, ¿quiénes sois?

FRANCISCO.

Yo me llamo Francisco Blanco, y este se llama Jaime Turner, y venimos á pedir á V. el favor de darnos

algunos de sus buenos libritos.

CLERIGO.

¿Quién os ha dicho que yo tengo libros para dar?

JAIME.

Lorenzo Guillermo nos lo ha dicho.

CLERIGO.

¿Quién es ese Lorenzo Guillermo?

JAIME.

Es uno que vive á la orilla del rio; pero puede V. estar seguro de que no es compañero nuestro. Nosotros no somos de los que como él no son buenos para nada.

CLERIGO.

¿Para nada es bueno ese tal Lorenzo?

JAIME.

No, señor; todos saben su modo de proceder, y que es un ladronzuelo. El sábado pasado le quitó un cuchillo á su tia.

FRANCISCO.

Y lo dió á la frutera del puente por unas pocas manzanas ; es un gloton que nunca está contento sino cuando come.

CLERIGO.

¿Estás seguro de que Loreuzo ha hecho eso ?

JAIME.

Sí , señor , y no es esta la primera vez que ha obrado así ; no se pasa un dia sin que le castiguen por una cosa ó por otra. Sus padres hacen cuanto pueden para que sea buen chico ; el mártes, le ataron al pilar de la cama todo el dia ; pero todo es en vano, porque para nada es bueno, sino para hacer mal.

CLERIGO.

¿Podeis decirme porque Lorenzo se porta de esta manera ?

JAIME.

Todo está en las malas compañías,

y en ir vagando continuamente por las calles. Ayer le cojieron robando en un huerto.

FRANCISCO.

Y se ganó una buena paliza; el hortelano le dió de veras.

JAIIME.

Es verdad, una accion mala conduce á otra; por mi parte no robaria, ni por todo el mundo.

FRANCISCO.

Ni yo : en todas partes nos señalarian con el dedo. Cuando quiera que los muchachos de nuestra escuela ven á Lorenzo, le siguen inmediatamente gritando.

CLERIGO.

¿Os siguen tambien á vosotros dando voces ?

JAIIME.

No , señor : porque somos buenos chicos que no hacemos mal alguno.

CLERIGO.

« En tal caso, os diferenciáis totalmente de Lorenzo, ¿pero estáis seguros de que sois mucho mejores que él, y que nunca haceis cosa mala?»

Habiéndose quedado Jaime pensativo por un momento, como si le hiriera la conciencia, respondió: «No, señor, no quiero decir que nosotros no hacemos jamás cosa mala; sino que siempre, — no, señor, no siempre, — en una palabra, lo que quiero decir es que nosotros no somos ladrones, sino que vamos regularmente á la escuela, y no somos haraganes.

CLERIGO.

Dime, Jaime, supón que el muchacho que cuida de la tienda de tu padre hurtase algún dinero del cajón, ¿qué le sucedería?

JAIME.

¡Ah! sería despedido al instante, y

yo supongo que acaso le pondrían en la cárcel.

CLERIGO.

Es muy probable. Pero supon que el muchacho dijera: « Yo quisiera tomar este dinero , y lo tomaria á no temer ser castigado por ello. » Ahora bien , ¿ no te parece que seria ladron en realidad ?

JAIMB.

Sí , sí , señor , seria ladron en su corazon.

CLERIGO.

Dices bien , Jaime , porque es pecado á los ojos de Dios el *deseo* de obrar mal , lo mismo que el pecar de *hecho* , porque el Señor ve los corazones , y observa nuestras inclinaciones y deseos secretos.

FRANCISCO.

Sí , señor ; Dios ve todas las cosas , así en la claridad como en las tinie-

blas ; pues nada se oculta á su sabiduría.

JAIME.

Y yo estoy seguro de que Lorenzo , cuando estaba robando , no podia ocultarse á su vista.

CLERIGO.

Pero , Jaime , ¿ piensas que Dios ve solo á los que roban ?

JAIME.

No , señor ; á Dios nada se le oculta , todo lo tiene presente.

CLERIGO.

Ve tambien á los orgullosos , á los que mienten , y á los que desobedecen á sus padres y maestros , á los envidiosos y calumniadores. »

Jaime entendió lo que esto queria decir , y se quedó callado.

CLERIGO.

Mira á esos dos postes , dime ¿ cuál es el mejor , el verde que acaba de

pintarse de nuevo , ó el otro que parece tan despreciable ?

JAIMÉ.

El despreciable es la mejor pieza de madera.

CLÉRIGO.

Con que quieres decir , que como este del color verde tan vivo está roído de la carcoma y decaído , no es tan bueno como el otro , aunque *parece* tanto mejor por fuera.

FRANCISCO.

En esto no puede haber duda. Una pieza de madera de pino cuyo corazón está sano y bueno , es mucho mejor que otra de carrasca , si está podrida.

CLÉRIGO.

Pues bien , Francisco , considérate á ti mismo , y dime francamente y con verdad , teniendo presente que te está viendo Dios , ¿ tienes un corazón bueno ? Jaime y tú vais mas

bien vestidos que Lorenzo , y no sois de los que como él para nada sirven (segun vuestro modo de hablar); pero no debeis fiaros solamente de la apariencia exterior , ni fijar la vista tan solo en la viveza del color de fuera, sino que debeis examinar lo que es en realidad el interior. Dime, ¿te tienes tú por perfectamente bueno, tanto que te consideres sin mancha á los ojos de Dios? ¿Qué es lo que á tu parecer piensa Dios de ti? »

Francisco bajó la vista, sin decir palabra ; parecia haberse acordado de algo particular ; y cuando le vino á la memoria que Dios le estaba mirando, no se sentia tan satisfecho y tranquilo como en la apariencia lo estaba antes.

## CLERIGO.

Parece , Francisco , que no respondes á mi pregunta. ¿ Eres enteramente y en todos respectos buen chico, y

te consideras sin mancha á los ojos de Dios?

FRANCISCO.

No, señor, no hay nadie que sea enteramente bueno en este respecto; todos hemos hecho algo malo.

CLERIGO.

¿Qué faltas son las que has cometido? Vamos, dímelo de una vez.

FRANCISCO.

¡ Ah! tengo malos pensamientos, y algunas veces profiero malas palabras, y me enojo una que otra vez.

CLERIGO.

¿ Y jamás has faltado á la verdad, ni intentado engañar á nadie? ¿ No estás alguna vez ocioso, no codicias alguna cosa, ó tienes envidia, ni eres rencoroso ó vengativo? ¿ Y no has algunas veces pecado contra Dios?

FRANCISCO.

No, señor, jamás he pecado contra

Dios , aunque haya hecho cualquier otra cosa.

CLERIGO.

Pues bien , Francisco , ¿ cómo puedes decir que no has pecado jamás contra Dios , cuando estás confesando que algunas veces te enojas ? ¿ Con quién te has encolerizado , ha sido con el perro ó con el gato ?

FRANCISCO.

No , señor ; hay en mi casa algunas personas con quienes me he impacientado alguna vez. ¡ Me enfadan tanto !

CLERIGO.

No me maravilla esto , si solo estás de buen humor con los que te adulan y te acarician. Pero ahora ya ves cómo has pecado contra Dios ; que eres pecador delante de él , y que necesitas que te perdone tanto como al mismo Lorenzo , de quien has dicho,

hace poco , que es de los que no sirven para nada.

JAIME.

Sin embargo , si pregunta V. á alguno de los que nos conocen, recibirá V. mejores informes de nosotros que de él.

CLERIGO.

¿ Qué tiene que ver la opinion que los demás pueden tener de ti , con el estado de tu corazon ? ¿ No acabas de decirme que Dios mira al corazon ? ¿ Y no sabes que un asesino es peor que un ladron ?

FRANCISCO.

Sí , señor , es cierto , pues un ladron no mata la jente , al menos no siempre.

JAIME.

Seguramente , nosotros no somos asesinos.

CLERIGO.

Dime , Jaime , ¿ crees en la Biblia ?

JAIME.

Sí, señor, creo que es cierto cuanto en ella se nos dice.

CLERIGO.

Qué es pues lo que dices á estas palabras de nuestro Señor Jesucristo, « Quien dijere á su hermano, insensato, quedará obligado á la gehena del fuego. » (S. Mateo, v. ver. 22.) Y acuérdate tambien de la declaracion de San Juan, ( I S. Juan iii. v. 15. ) « cualquiera que aborrece á su hermano es homicida. »

JAIME.

Yo jamás habia fijado mi atencion en estas palabras ; hasta ahora nadie me las ha enseñado.

CLERIGO.

Pero no por esto son menos ciertas. El Señor prohíbe toda envidia, todo odio, toda malicia y falta de caridad ; y declara que los que están poseidos de ellos pecan contra Dios,

y no heredarán el reino del cielo. Esto lo declara positivamente, y por tanto digo que á los ojos de Dios sois pecadores como Lorenzo ; por cuya razon he sentido el oír, hace poco, alabaros á vosotros mismos, y hallar faltas en él. ¿ No os acordais de la parábola del hombre que vió la mota en el ojo de su hermano , y —

FRANCISCO.

Sí, señor ; no veia la viga en el suyo. Sobre esto he leído algo en la Biblia con estampas que tiene mi abuela.

CLERIGO.

Es necesario, á la verdad , que por nuestra parte lleguemos á conocer nuestros corazones ; y esto es lo que yo deseo hagais vosotros por la vuestra. No os ocupeis tanto , hijos míos, en pensar en Lorenzo y sus malas obras : vosotros teneis muchos motivos para estar agradecidos, porque

no sois tan malos como él en muchos respectos; pero considerad vuestra propia conducta, y tened cuenta con que hay muchas cosas en que ofendeis á Dios. ¿Quién habrá de responder por vosotros delante del Señor?

JAIME.

¡Ah! cada uno deberá responder por sí; y esto no hay que dudarlo.

CLERIGO.

Y tú, que por tu naturaleza eres inclinado al mal, y vives en medio de la tentacion, ¿puedes suponer que puedes guardarte de caer en el pecado? ¿No conoces que tu corazon se inclina á él?

JAIME.

Es verdad, tanto que cuatro veces he determinado no hacer uso de malas palabras, y aun he llegado á echar un nudo en el pañuelo para poder acordarme mejor; pero sea como quiera, he olvidado mi resolucion.

FRANCISCO.

Y por mi parte , no hace un mes que comí tantas empanadas , que al día siguiente estuve enfermo , y tuve que tomar medicina. Con este motivo prometí con la mayor seriedad acordarme de no comer otra vez tantas ; y sin embargo no hace mas de tres dias que estuve malo de lo mismo ; á la verdad eran tan dulces y delicadas que no pude contenerme de comer muchas.

CLERIGO.

A vosotros os parece dulce el pecado ; que es la razon porque os incita : así que , mientras *os deleiteis en él* , de nada servirán las buenas resoluciones , porque jamás las guardaréis.

JAIME.

¿Qué hemos de hacer , pues , si no podemos cambiar nuestros corazones ?

CLERIGO.

Dime, Jaime, ¿qué se hace con una cosa que se ha de limpiar? ¿Se pone solamente en el agua, y se dice simplemente que no puede limpiarse por sí?

JAIME.

No, señor, sino que debe buscarse alguien que lo haga.

CLERIGO.

Pues bien; ya que tu corazón no puede limpiarse á sí mismo de sus malas inclinaciones, preciso es que busques quien te lo limpie.

FRANCISCO.

¿Y cómo puedo yo hacer esto?

CLERIGO.

¿No está escrito en la Biblia que Dios purifica nuestros corazones, creyendo en nuestro Señor Jesucristo; y que la sangre de este Señor nos limpia de todo pecado? (I S. Juan, cap. i. ver. 7.)

JAIMR.

No sé cómo puede ser esto. No le entiendo á V.

CLERIGO.

Voy á hacer por esplicártelo , Jaime. Suponte un hombre que, debiendo mas dinero del que puede pagar, le enviasen á la cárcel por esta razon.

FRANCISCO.

Mi tio está en la cárcel por deudas, y yo fui ayer á visitarle.

CLERIGO.

Supon que yo fuera y pagase todas las deudas de tu tio por él ; ¿ seria deudor todavía á sus acreedores ?

FRANCISCO.

No , señor ; y entónces mi pobre tia y mis primas no necesitarian trabajar tanto como trabajan, y sin embargo temo que nunca podrán pagar sus deudas.

CLERIGO.

¿Y qué es lo que hubiera puesto en

libertad á tu tío , si yo hubiese pagado sus deudas ?

FRANCISCO.

El dinero de V.

CLERIGO.

De suerte que pudiera decirse que el dinero de un amigo habia cubierto las deudas de tu tío.

JAIME.

Ahora le entiendo á V.; y lo que quiere esplicarnos es que nuestro Señor Jesucristo ha pagado nuestras deudas.

CLERIGO.

Para esto vino al mundo. Todos los hombres son pecadores , todos han pecado contra Dios. No hay uno solo que haya guardado su santa ley. Ninguno de nosotros puede purificarse á sí de sus pecados ; ¿ cómo pueden pues borrarse ? Jesucristo nuestro Salvador, viendo que merecíamos ser castigados por haber infringido esta

santa ley , tomó sobre sí nuestros pecados , se hizo responsable por ellos , y ha sufrido por nosotros el castigo que merecíamos.

FRANCISCO.

¿Pero no serémos nosotros castigados tambien por ellos ?

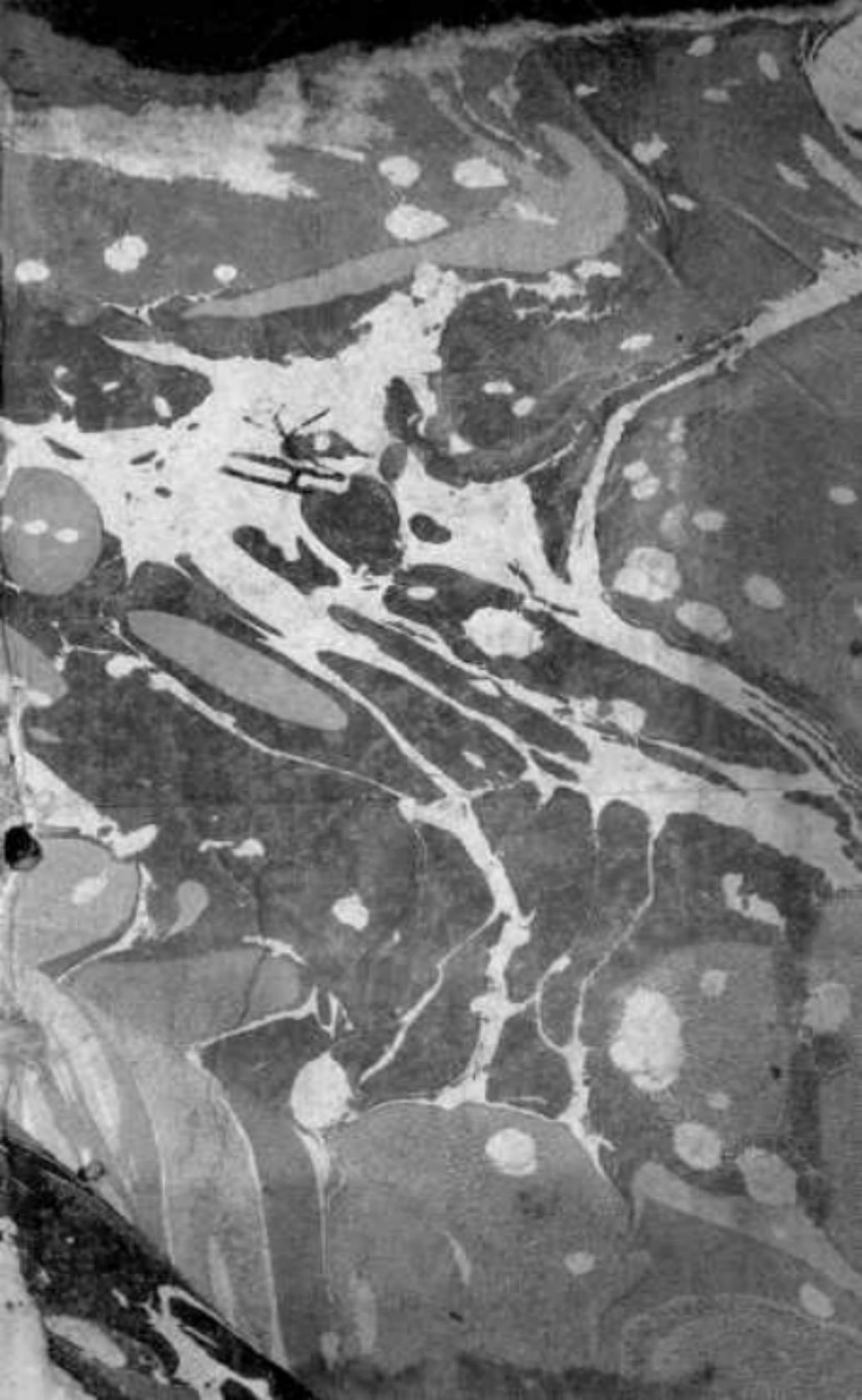
CLERIGO.

Dios ha declarado que el que crea que Jesucristo ha hecho y sufrido esto por nosotros , y *desea realmente* que se le perdone , por respeto á este Señor será perdonado. Pero cuidado con lo que voy á decir ; esto lo debeis vosotros desear de veras en vuestros corazones , y no meramente decirlo , sin cuidaros luego de ello , y solo porque así se os ha encargado lo digais.

JAIME.

Yo he oido frecuentemente hablar sobre el Salvador , pero nunca lo que V. acaba de decir.

Acordaos pues de esto , hijos míos. Confío que os habréis convencido de que lo que procede de vuestros corazones no es bueno. Vosotros habeis hallado muchas faltas en Lorenzo, pero os habeis olvidado que en algunos respectos erais tan malos como él. Esto no es justo : además de que habeis hecho otras cosas que no eran rectas á los ojos de Dios , aunque habeis dicho que jamás habeis hecho cosa alguna mala. Confío que entendeis que no podeis purificar vuestros corazones , y que antes de agradar al Señor , es necesario que os perdone , y os los renueve. Asi pues creed en nuestro Señor Jesucristo , hijos míos. Él mismo ha dicho , « Dejad á los niños venir á mí , y no se lo estorbéis. » ( S. Marc. x. 14. ) Confesadle vuestros pecados , y creed que puede quitároslos y perdonaros , y que para esto murió en la cruz.





THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

IN ANNUUM

1892

1892

1892

1892

1892

1892

1892

1892

1892

1892

1892

1892

1892

1892

1892